

W E Y L E R E N C U B A



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



Parte de la octava expedición de fuerzas llegó antes que Weyler y otra parte con él.

Ya Weyler en Cuba, arribó la novena expedición ordenada por real decreto de 20 de enero de 1896, ascendente a 21,463 hombres.

Dice Weyler () que al estallar la revolución en 24 de febrero de 1895 (el pone 25), siendo capitán general Calleja, el ejército estaba reducido a 15,900 hombres, sin contar voluntarios y guerrilleros.

Del 8 al 21 de marzo de 1895 se le enviaron en conjunto a Callejas 8,302 hombres, y se contrató el armamento, sustituyendo el Remington por el Mauser.

Por real decreto de 28 de marzo de 1895 se relevó a Calleja nombrándose a Martínez Campos, quien se encargó del mando el 10 de abril.

Desde 1º de abril a 12 de enero de 1896 se le enviaron a Martínez Campos en ocho expediciones 80,219 hombres.

El 17 de enero de 1896 cesó Martínez Campos y el 10 de febrero Weyler se hizo cargo del mando de la Isla, encontrándose que Martínez Campos "no sólo no logró dominarla (la revolución) con los refuerzos que llegaron durante el suyo, sino que ni aun pudo tenerla en Oriente, que es donde estuvo localizada en la primera guerra, extendiéndose a las Villas después de mucho tiempo de haberse aquella iniciado".

Según Weyler las fuerzas con que contaban los revolucionarios al hacerse cargo del mando de Cuba y que hacían gravísimo el estado

() El mando en Cuba, p. 21-25.

de la revolución eran ():

La insurrección fué extendiéndose rápidamente, lo cual no desconocía el general Martínez Campos, como puede verse por sus cartas; si bien creo que no era él todo lo pesimista que debía; en cambio lo eran en alto grado los españoles, y el desaliento cundió entre ellos por las noticias que circulaban de que Máximo Gómez se encontraba con 2,000 hombres montados en San Jerónimo, al N. O. del Camagüey, y también se decía que Antonio Maceo había salido de sus guaridas de Oriente, y que, unido al negro Quintín Banderas, con unos 2,000 de su raza a caballo, marchaban hacia Occidente para unirse a Máximo Gómez y penetrar en las Villas".

Relata extensamente la marcha de la columna invasora de Oriente a Occidente, siguiendo, según dice, los diarios de operaciones de los insurrectos. Que al salir de los Mangos de Baraguá contaba la columna con 500 ~~infantes~~ mandados por Quintín Banderas, ~~mandados~~ ~~mandados~~ y 700 jinetes por Luis Feria, todos a las ordenes de Maceo. El 1^o de diciembre se le incorporó en la zona de Holguín Miró y Santana con un total entre ambos de 500 jinetes. El 29 se les incorporó Máximo Gómez con Roloff, "reuniendo ya 2,600 hombres". Refiere los combates sostenidos, heridos que tuvieron y pertrechos que cogieron a los españoles, que el 26 de diciembre llegaron a la Yaya, límite de Santa Clara con Matanzas, "pasando allí revista 10,146 hombres".

Comenta Weyler: "La situación, pues, de Cuba, iba siendo gravísima y grande el pánico ~~que~~ y el desaliento que reinaba en la ciudad de La Habana al saberse en ella estas noticias y ver llegar los trenes procedentes de Matanzas atestados de familias...

El día 5 de enero, al entrar en Alquizar y hacer noche en Ceiba del Agua, "de donde habían huído los voluntarios", afirma Weyler

que "la alarma en La Habana era tan grande que en ese mismo día se publicó una orden general dictando prevenciones para el caso de que los insurrectos atacasen dicha capital, y su lectura prueba la grave situación de peligro en que se hallaba, como también lo prueba el haberse situado varias piezas de artillería en dirección a la parte de tierra".

El 6 de enero, ~~Weyler, al tomar Hoyo Colorado, "donde los voluntarios entregaron las armas, quedando en libertad... se celebró una gran parada en la que formaron 11,700 hombres, según afirman los diarios insurrectos".~~
continúa Weyler, las fuerzas de Gómez y Maceo entraron en Vereda Nueva y siguiendo su marcha, al tomar Hoyo Colorado, "donde los voluntarios entregaron las armas, quedando en libertad... se celebró una gran parada en la que formaron 11,700 hombres, según afirman los diarios insurrectos".

Relata el paso de La Habana a Pinar del Río y la llegada triunfal a Mantua, término occidental de la Isla. Dice que según los diarios cubanos, el total de armamentos tomados a los españoles en toda la marcha de la columna invasora fué de 2,120 y 77,000 cartuchos.

Numerosos pueblos fueron reducidos a cenizas por los libertadores en Pinar del Río y "en Mantua solemnizaron su entrada hasta con baile en el Casino"; y agrega: "Mientras tanto, Máximo Gómez organizaba la guerra en la provincia de La Habana".

Resumen Weyler el estado de la revolución en esta forma: "Al cesar, pues, en el mando el ilustre general Martínez Campos, la insurrección se había extendido de uno a otro extremo de la Isla... En las cartas del general Martínez Campos se refleja perfectamente el espíritu anormal que reinaba en el país. En efecto; los voluntarios se rendían, generalmente sin combatir y en muchos pueblos se recibía con vítores y aclamaciones a las fuerzas insurrectas, los trenes eran apresados por el enemigo, que destrozaba y quemaba

vías, puentes y estaciones, y cuando entraba en las poblaciones pagaba derechos al enemigo, el cual incendiaba los cañaverales y fábricas de los ingenios que no habían obtenido permiso para la zafra mediante crecida contribución y suscribiendo determinadas condiciones".

Del 20 de enero en que cesó Martínez Campos al 10 de febrero en que ocupó el mando Weyler, se encargó interinamente del gobierno el general Sabás Marín y González, dice Weyler que éste "hizo todo lo que pudo... sin que en este corto plazo variase el estado de la insurrección".

Cómo se vé, cuando Weyler aceptó el mando de la Isla ofrecido el 19 de enero, en Madrid, por el Presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo, Presidente del Partido Conservador, conocía perfectamente el estado de la revolución. Cánovas le hizo ver () "que la opinión pública me designaba y que el Gobierno lo había acordado". "Volví a expresarle mi reconocimiento, pues como no se me ocultaba la crítica situación de la guerra, no era el mando para deseado, pero sí para agradecido por la confianza que suponía".

Logró Weyler que lo acompañaran "el personal de generales que creí necesario y que fueron destinados desde luego, figurando entre ellos los tenientes generales Bargas, Ahumada y Ochando". Convino, además, con el Ministro de Ultramar en que se le ~~proporcionaría~~ ~~para~~ enviaría "el personal que creyese necesario para los gobiernos civiles", y así se le cumplió.

Se le dió carta abierta en el plan de operaciones a desarrollar:

() Ob. cit. p. 114-115.

() "ninguna instrucción recibí sobre el plan de operaciones".

Al pasar por Cadiz y contestar las operaciones que se le dirigían, "hube de manifestar que me proponía acabar la guerra en poco más de dos años".

Al desembarcar en La Habana el 10 de febrero en alocución dirigida a los habitantes de Cuba, declaró (): "traigo la honrosa misión de concluir la guerra".

Durante la navegación y "conocedor de la Isla, había formado ya, el plan de operaciones" () cuyo primer punto era "encerrar a Maceo, si era posible en Pinar del Río", por medio de la trocha que al efecto proyectaba ^{construir "para abatirlo y} aniquilarlo, venciendo y dominando allí la insurrección".

Logrado ésto - que no logró nunca - pensaba "hacer lo mismo hacia Oriente, por zonas sucesivas"; reconstruir la trocha de Júcaro a Morón; sacar de los ingenios las fuerzas regulares, sustituyéndolas por fuerzas de voluntarios, pero como sabía la bien probada incapacidad y cobardía de estos, "formando columnas que los protegiesen"; reorganizar los batallones y la caballería; formar el mayor número de guerrillas de paisanos que acompañasen a las columnas; e implantar la reconcentración de los campesinos en las poblaciones principales.

Después de exponer su plan de operaciones, insiste Weyler en manifestar que "la situación era gravísima y confieso que no pude imaginármela antes de pisar la Isla".

Confiese que estaba resuelto a hacer la guerra sin cuartel: "Preciso es comprender que este estado de cosas exigía medidas de rigor en que no había yo de cejar, y que pedían los buenos españoles, y a ello debían encaminarse mis esfuerzos".

() Ob. cit., p. 115.
 () Ob. cit., p. 112.
 () Ob. cit., p. 127-130.

Weyler publica (Mi mando en Cuba, t. X, p. 125 a 126, el no. de "hospitales y enfermerias existentes en 1895. "Suman 33, con 21,600 camas.

En 1896 y 97 se crearon 38 hospitales y enfermerias, con 20,000 camas.

Lo que arroja un total de 71 hospitales y enfermerias, con 41,600 camas.



EL GENERAL WEYLER Y LOS REFORMISTAS

- - -

CONTESTANDO EL GENERAL WEYLER EL SALUDO QUE LA COMISIÓN DEL PARTIDO REFORMISTA LE DIRIGIÓ EN LA VISITA QUE, SEGÚN DIJIMOS YA, LE HIZO AYER, DIJO ENTRE OTRAS COSAS:

"EN LO QUE A MÍ SE REFIERE, NO TENGO MÁS QUE REPETIR LO QUE YA DIJE EN MADRID AL CONDE DE LA MORTERA Y A LOS DIPUTADOS DEL PARTIDO REFORMISTA, Y ES QUE YO NO VENGO AQUÍ PARA HACER POLÍTICA, NI PARA QUE PREDOMINEN LAS IDEAS QUE COMO POLÍTICO PUEDA YO TENER; SINO QUE VENGO COMO UN SOLDADO DE LA PATRIA, RESUELTO A SERVIRLA COMO BUENO EN EL PUESTO DE HONOR QUE ME HA CONFIADO Y DESATENDIENDO CON GUSTO PARA ELLO TODOS LOS INTERESES PERSONALES QUE PUDIERAN ACONSEJARME NO HABER ACEPTADO ESTE CARGO.

VENGO, SEÑORES, DECIDIDO A CONCLUIR LA GUERRA Y PARA ELLO NO VEO NI QUIERO VER AQUÍ MÁS QUE ESPAÑOLES, QUE SON LOS QUE ESTÁN A MI LADO; E INSURRECTOS, QUE SON LOS QUE ESTÁN ENFREENTE.

YO NO HE DE SER OBSTÁCULO PARA QUE SI MAÑANA EL GOBIERNO DE LA NACIÓN QUIERE PLANTEAR REFORMAS, LAS PLANTÉE; PERO REPITO, QUE NO VENGO AQUÍ A HACER POLÍTICA, SINO A COMBATIR A LOS ENEMIGOS DE LA PATRIA. CLARO ESTÁ QUE PUEDE LLEGAR PRONTO EL DÍA EN QUE, DESPEJADA LA SITUACIÓN, VEA YO SI MIS IDEAS

ME IMPULSAN EN ESTE O EN EL OTRO SENTIDO POLÍTICO; PERO COMO EN ESTE CASO YA MI PROPÓSITO ESTARÍA FELIZMENTE CUMPLIDO, HARÍA DIMISIÓN; PUES COMO HE DICHO, YO VENGO AQUÍ ÚNICAMENTE A TERMINAR LA GUERRA."

EL PAÍS, HABANA, FEBRERO 11 DE 1896.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LA PAZ DE WEYLER

A su lado la paz famosa de Varsovia es una égloga. El artista que quisiera interpretar todo el horror de tal escena, hallaría en las siguientes líneas el boceto para un gran cuadro.

Un campo desolado que se pierde en el lúgubre horizonte, escombros y cenizas, huellas tremendas del paso del tirano, niños, viejos y mujeres muertos o estenuados por el hambre, chozas destruídas, fincas arrasadas, la luna en lontananza ocultándose triste e indignada trás el oscuro cortinaje de espesos nubarrones, como si negara el concurso de su luz suave y poética al tétrico paisaje y allá arriba, cobijando su obra de exterminio, el monstruo apocalíptico en forma de murciélago siniestro, de horrible catadura y alas negras como su conciencia, si la tiene.

Esta es la paz que ha dejado Weyler.

Cuba y América, New York, diciembre 1^o, 1897.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

WEYLER

Weyler es un caso psicológico.

Le falta mucho para merecer el nombre de tirano.

Nos resistimos a creer que mañana figure su odiado nombre al lado de Julio César, Pedro el Grande y Napoleón.

La tiranía ^{tiene} también su lógica y su estética.

Parécenos de perlas el sobrenombre de El Carnicero, con que le ha confirmado el instinto popular.

Impotente para matar libertadores, hizo la guerra a las cosas y a los pacíficos. Fiaba más que en sus bayonetas en el paludismo; hubiera sido mejor que soldado, microbio.

¿Queréis conocer a un hombre? Revestidle de poder, contesta Pittaco. Tuvo el poder y resultó un tipo de las clasificaciones de Lombroso. Como gobernante, su gestión fué desdichadísima. El ganado, el tabaco, el problema de las subsistencias, la cuestión monetaria, diéronle pié para exteriorizar en sendos bandos, en que no salía tan maltratada la sindéresis como la justicia, sus concepciones de gobierno; que sin cuidarse ni de la significación de las palabras, ni de los precedentes del derecho, no ponía mano en nada sin que resultase un adefesio en el conjunto y un disparate en los detalles.

Injuriado, justamente injuriado, por la prensa americana, dirige telegramas suplicantes, un día al World y otro al Herald, para captarse solapadamente su benevolencia. Oficia de mendigo y estos periódicos aceptan la deprecación, como magnífico reclamo, y siguen impávidos su camino. ¡Qué poca vergüenza! Diríamos en castellano.

Como militar resultó un ~~insignificante~~ infeliz. Tuvo de ninfa Egeria

al Coronel Escribano. ¡Si Vds. lo conocieran!

Ocupado en organizar servicios, a modo de covachuelista con entorchados, no sale a campaña hasta estos últimos días, y la Revolución triunfante, entre tanto, juega al gana-pierde con sus tenientes.

Concibe un vasto plan de estrategia. Quiere encerrar al enemigo ¡ah zorra! en un laberinto para vencerlo a mansalva e idea la Trocha. Pero no contó con la huéspedada, no contó con la bala loca del oscuro Cirujeda, que al quitar la vida a Aquiles habría de echar por tierra el castillo de naipes tan pacientemente y a costa de tantos sacrificios levantado.

Este fracaso le hubiera valido al Carnicero un proceso criminal en otra parte que no fuera entre beduinos. Pero mataba cubanos y odiaba a la tierra, circunstancias que siempre constituirán entre españoles un caso de exención de responsabilidad penal.

Por fin, ha sucumbido. No ha muerto por sus faltas, sino por la imposición del adversario. A la trágala. En esto estriba el triunfo de la Revolución e importa que esto se consigne y se entienda.

¿Pero de este vencimiento deriva la causa de Cuba, inmediatamente, beneficio alguno?

Difícil se hace la contestación y no es posible, hoy por hoy, darla acertada.

De todos modos, o su sucesor sigue sus huellas, lo cual sería una mera sustitución de personas o modifica la política de la guerra. En este caso ningún perjuicio sufrirá la causa, que no depende de lo accesorio, pero, al fin, se hará la guerra como la guerra, es, y saldrá ganando en el cambio la causa de la jus-

ticia humana, que es anterior para todo republicano y hombre de bien, al concepto de patria. Olvidemos al Carnicero y tengámos fé en los designios de Dios. ¡Oh, mentecato! ya tú no existes y Cuba sí. Trágala! Trágala!

G. Cauto.

Cuba y América, New York, noviembre 1º, 1897.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

RECUERDOS DE LA HIENA

Aunque Weyler es un caído, es bueno, de cuando en cuando, refrescar la memoria de nuestro pueblo, con las atrocidades cometidas por el Carnicero.

El Art. 7^o del Bando expedido, por Weyler el 29 de Mayo de 1896 decía así:

"Al facilitarse las raciones que se han mencionado, se excluirá a las mujeres e hijos de los que se encuentran formando parte de las filas insurrectas, obligándolos a que se vayan a donde éstos estén".

Lo que resplandece en este bárbaro decreto es el odio a los cubanos. Si permanecían a la sombra de la bandera española, se les condenaba a morir de hambre; si cumplían el bando, se veían comprendidos en los otros que decretaban la pena de muerte para los que militaban en las filas insurrectas.

¡Ah bruto!

Cuba y América, New York, febrero 12, 1898.

CRUELDAD ESPAÑOLA

Cuando el odio político enciende el alma española, difícil es hallar comparable con la suya. Los fueros de la naturaleza humana nada significan para esta fiera sin bozal que ve en la sangre derramada y en el exterminio sistemático, los instrumentos naturales de su obra. El siglo diez y nueve no ha podido dulcificar el temperamento histórico de la raza y así vemos centuplicarse en nuestra patria los horrores de la conquista y las tropelías y las abominaciones que en Flandes perpetraba el Duque de Alba.

Si fuese posible hacer una estadística verdadera de los horrores, anónimos los más, que el Gobierno español ha realizado o consentido en Cuba, la Humanidad quedaría petrificada por el espanto. Asesinatos y fusilamientos se suceden sin interrupción, y tras ellos, como negra cohorte, desfilan los desafueros más inauditos, las violencias más atroces y los ultrajes más odiosos.

Pero un Weyler no se satisface sencillamente con matar. Gústale hacer morir en formas nuevas, con la lentitud y los refinamientos de la agonía infamemente prolongada. Por eso ha inventado la concentración que es una de las originalidades de este monstruo. Allí el cubano, como el Conde Ugolino, se debate en el suplicio dantesco del hambriento que implora en vano piedad a corazones más duros que los paredones de la fortaleza en donde la barbarie de sus enemigos encerró al padre y los hijos.

Y como si esto fuera poco, rellénanse los buques de infelices deportados a los cuales se arroja en los antros oscuros de Ceuta y Chafarinas o en la inculta y malsana Isla de Fernando Póo, para que agreguen al martirio que les producen la ausencia del suelo nativo y la falta de calor de la familia, los rigores

de la miseria, las brutalidades del carcelero y cuantas angustias y tristezas engendran la prisión, y el extrañamiento sin término visible. Relativamente dichosos son los que mueren a la clara luz del sol de su país, pero estos desventurados languidecen sin mas compañía que su silenciosa desesperación. El suplicio está a la altura de la ferocidad de los verdugos que repiten, agravándolos, los procedimientos horribles practicados por ellos durante la guerra de diez años, para que se vea sin duda, que todo en el universo es susceptible de mortificación, excepto la índole perversa de un gobierno mas cruel e indigno aun que el de Turquía.

¡Ah, los dolores de Cuba son ya viejos y cada generación ha pagado su tributo al minotauro! Los sepulcros de hoy se cavan en los sepulcros de ayer y al ahondarse la tierra, los huesos ya mondados de los que perecieron en la pugna anterior parece que abren sitio a los huesos de los sucumben en la actual. Pasa lo mismo con los calabozos y presidios donde las víctimas del día hallan el rastro del compatriota que antes purgó en la misma tétrica mansión el delito de nacer en la colonia.

Pero esto prueba precisamente la tremenda energía de nuestro pueblo y su resolución irrevocable de romper para siempre la cadena que lo amarra a una metrópoli sin entrañas. Fracasaría, que no fracasará, la presente Revolución y las generaciones siguientes emprenderían su camino hacia el calvario con la misma enteraza, con idéntico heroísmo, con la sublime devoción de quien lo acepta todo; grillos, cadalso, destierro, hambre, miseria, menos la continuación del vergonzoso dominio español sobre una tierra consagrada por el martirio.

La herencia es espantosa, pero el cubano lo acepta complacido.

Cuba y América, New York, agosto 15, 1897.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

EL GENERAL "FRACASO"

(Weyler)

Cuando tuvo lugar la súbita e inesperada invasión de las Provincias Occidentales por las triunfadoras huestes de Máximo Gómez y Maceo, a principios del año 96, se consideró, por los españoles incondicionales de La Habana, decretada la política del General Martínez Campos y hubieron de manifestarlo así al Gobierno de Madrid, que resolvió relevarlo inmediatamente. Cuando Cánovas fluctuaba en la elección de sustituto, empezó a bullir y a agitarse y a escribir cartas en los periódicos () en contra de Martínez Campos y de su política blanda, un General fanfarrón, tan pequeño de cuerpo como de alma, que había dejado en Cuba durante la guerra anterior funesta huella de su paso, por su carácter cruel y sanguinario. En él recayó la elección, y Weyler al despedirse de la Reina le aseguró solemnemente que antes de dos años estaría la Isla como una balsa de aceite. Llegó a La Habana; se puso a organizar las fuerzas y pidió al Gobierno recursos en hombres y dinero, que no le faltaron. "Antes de tres meses, dijo, tendré pacificadas las Provincias de Pinar del Río y Habana y habrá zafra". Y ni hubo zafra a derechas, ni las Provincias se pacificaron entonces ni después.

() En El Mercantil Valenciano, Waleriano Weyler se hizo simpático a las pasiones iberas, presentándose como el Coronel que mejor había cumplido las órdenes del feroz General - Valmaseda matando mayor número de cubanos en la guerra de los diez años.

Dueño Maceo de la Provincia de Pinar del Río, creyó Weyler que con una Trocha de Mariel a Majana, que sería inexpugnable e im-
pasable, lo acorralaría y cogería allí como en una trampa. El fra-
caso fué estupendo. La Trocha, en la que se gastaron algunos millo-
nes de pesos, se robaron otros tantos y perdieron la vida muchos
españoles, no sirvió mas que para demostrar la ineptitud de Wey-
ler, pues la pasaban nuestros valientes cada vez que querían y
la pasaron también Banderas y Maceo cuando lo tuvieron por con-
veniente. La versión de que Maceo pasó por mar fué una miserable
patraña inventada por Weyler para encubrir su desacierto. Tras-
currieron los meses del verano y del otoño del 96 y el General
Weyler no salía de la concha del Gobierno General de La Habana.
Recordaba sin duda que una gitana, cuando era cadete, le anun-
ció que moriría de un balazo siendo General y al frente de un
ejército. Instigado por el Gobierno tuvo al fin que salir al -
campo y para que no se cumpliera la profecía de la gitana, lle-
vó consigo un ejército de ocho o diez mil hombres para ir a pa-
cificar la Vuelta Abajo y apresar a Maceo. Aquello fué un paseo
militar, una especie de simulacro en que no hubo mayormente ba-
tallas, porque la táctica de nuestras tropas consiste en dise-
minarse a tiempo y hacer el mayor daño posible al enemigo con
la menor pérdida de hombres y de parque.

Entonces empezó la reconcentración de los pacíficos, es de-
cir, la condenación a muerte por el hambre y las enfermedades,
de las mujeres, los niños, ancianos y desvalidos que no podían
empuñar un fusil; pero entonces fué también cuando se reforzó
más nuestro ejército con los que podían blandir un machete.

Murió gloriosamente Antonio Maceo, cuando menos se esperaba,
del lado oriental de la trocha, sin que en ello tuviese mucha

ni poca parte el General Weyler que se hallaba a muchas leguas de distancia del suceso. Sin embargo, dos días después de ese desagradable acontecimiento hizo el General Weyler su aparatosa entrada en La Habana, ginete en brioso corcel, a manera de vencedor, a recoger los laureles de la victoria. Ese fué el colmo del ridículo y de la farsa. Weyler no ha tenido un solo encuentro personal con el ejército libertador; no ha dirigido una sola batalla, no ha olido siquiera la pólvora y su espada está en el estado de completa virginidad. Numerosas veces ha sido desafiado por nuestros valientes jefes a sitios determinados y no ha aceptado, recordando el cuento de la gitana. Pasaba el tiempo, aumentaba la desconfianza del Gobierno de España y Weyler para sostenerse en el puesto que tenía, tuvo que apelar al engaño y a la falsedad, dando por pacificadas las Provincias de occidente sin que así fuese.

No se recuerda época en que haya estado la prensa bajo una censura más severa que desde que Weyler reina en una tercera parte, cuando más, de la Isla, porque las otras dos terceras están bajo el pabellón de la Estrella Solitaria. En la prensa española todas son victorias, en el papel. Seguirán así los españoles ganando todas las batallas menos la última.

Pero en donde el fracaso de Weyler ha sido más marcado, es en su excursión por Vuelta Arriba en busca del Generalísimo Máximo Gómez: infantería, artillería y caballería, formando unos veinte mil hombres para derrotar a un gefe cuyo paradero se sabía y que sólo contaba proporcionalmente con exiguos elementos de defensa. Todo ha sido inútil. Y allí estaba Máximo Gómez, en la Reforma, esperando el empuje del valiente que sólo tiene bríos para matar pacíficos, mujeres y niños inocentes y destruir siempre, quemar edificios y desvastar el país.

Se ha tachado a los nuestros el haber que quemado caña y algunos edificios y haber empleado la dinamita para descarrilar trenes; esos son recursos de guerra empleados en todos los países y en todas las épocas; pero no así la destrucción realizada y recomendada por Weyler a los jefes de columnas, que ha sido extraordinariamente mayor; pues ha tenido por divisa desbaratar a los cubanos y sus pertenencias y cuanto con ellos se relaciona, es decir: para acabar la guerra, destruir el país. De este modo el paso de las tropas españolas ha inspirado siempre mucho más temor a los pacíficos e indiferentes que el paso de los nuestros. El sistema de guerra de Weyler no es el de los pueblos civilizados, sino el de un pueblo salvaje.

Por esa razón Weyler en lugar de sumar fué restando voluntades y el número de insurrectos ha ido engrosando más, y por eso es hoy tres o cuatro veces mayor que cuando él puso la planta en el país. Las facultades omnímodas de que ha disfrutado le han convertido en un déspota cuyos procedimientos políticos y militares han levantado tempestades de odio contra la tiranía española en Cuba.

Si alguna prueba fehaciente se necesitara para justificar las quejas de los cubanos contra el Gobierno de España se tendría en el General Weyler cuya administración es el tipo del robo y del pillaje. Nunca con más impunidad se ha robado en loterías, aduanas y los diferentes ramos de la administración Militar. Weyler ha llevado su parte en el botín y hoy cuenta en Inglaterra con una fortuna colosal. Eso es en lo único en que no ha fracasado.

La mordaza de la prensa ha servido admirablemente para cubrir tantos desafueros.

Se cumplirán los dos años de plazo dado a la Reina para acabar la guerra, y la guerra estará entonces más pujante que nunca; resultarán fallidas todas sus promesas y defraudadas todas sus esperanzas. El nombre de Weyler pasará a la Historia lleno de execraciones, y mientras unos le llaman el cobarde, otros el ladrón y los mas el sanguinario o el carnicero etc., nosotros creemos que el nombre de que mejor le cuadra es el de "General Fracaso".

(Remitido de La Habana).

POMPEYO

Cuba y América, New York, agosto 1º, 1897.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

PAGINA NEGRA

Entre los grandes crímenes que el Gobierno español perpetra en Cuba faz a faz del siglo XIX, ninguno tan horrible como la concentración ordenada por el bárbaro caudillo que ha enviado a su colonia. Los infelices campesinos son llevados por fuerza a los recintos fortificados en virtud de un úkase que les obliga a vivir y morir como animales.

No hay lugar del occidente de la Isla que no presencie estos horrores dignos de que una pluma dantesca los relate. Los concentrados acampan como pueden; unos al aire libre o en carretas, y otros en chozas improvisadas cubiertas con lienzos y ramajes donde se encajonan como arenques. Comer, para los más es un bello ideal de realización casi imposible. ¿Qué le importa al tirano este detalle? En Matanzas, dos mil de ellos pidieron al Alcalde que los dejase salir fuera de poblado para recoger yerbas y frutas con el objeto de nutrirse. Un periódico afirma que dos murieron en presencia de aquella autoridad.

Lo que el hambre perdona, las enfermedades lo toman por cuenta. En la misma ciudad han fallecido setecientas personas en dos semanas. Güines es casi una necrópolis. Desde el 1 al 15 de Marzo murieron 274 individuos. En Bejucal, Santiago de las Vegas, Jaruco, etc., la proposición es, también, espeluznante.

Hasta los animales se convierten en reos de las bárbaras penas que gravitan sobre el hombre. Los españoles los exterminan cuando no pueden concentrarlos. A nadie se dá cuartel, ni siquiera a los gatos y los perros. Todo ser animado sirve de ejercicio a la espada de Pelayo. En un solo día, según confesión de un oficial, sus soldados mataron más de trescientos

caballos en Guanamón, cerca de Güines. Junto a la villa de Jovelanos y en pocos minutos, una columna despachó 76. He aquí cómo los matan; dos o tres soldados con bayoneta calada, se colocan a un lado de la bestia y otros tantos, en la misma disposición, al otro lado. A una señal, las bayonetas se cruzan a través del vientre de la víctima.

Tal es la guerra que el General Weyler hace a las puertas de esta libre República, cuyos hijos se indignan con razón al oír las narraciones de lejanas tropelias cometidas por los turcos. Y bien! Esos crímenes horrendos son tan enormes como inútiles. Sobre huesos y escombros Cuba será libre.

Cuba y América, New York, abril 15, 1897.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

"Mi Mando en Cuba"

La política de Weyler puede condensarse en breves palabras: Desolación, deportación, reconcentración,

Segismundo Moret.
(Discurso Zaragoza).

Así titula el que fué General en Jefe del Ejército de operaciones de Cuba, don Valeriano Weyler, el primer volumen que parece dedicado á justificarse de los justos cargos que se le hacen.

El libro está plagado de errores, sobre todo en fechas. Nada de esto nos importa.

Aquí creíamos que el General iba á hacer revelaciones que nos dieran más luz sobre el período de su funesto mando. En este primer tomo no lo ha hecho; veremos si se decide á hacerlo en los sucesivos. Mientras tanto sería curioso que nos dijera cómo fueron robados todos los dueños de ganado, repartiéndose el dinero entre los socios del hampa ganadera, que más luego tramaron la combinación del "Nuevo Matadero", compendio vergonzoso de aquellas desventuras.

La situación creada por Weyler, que se enardecía con las emanaciones de la muerte, era defendida aquí en Cuba por no pocos de los que hoy llegan á tener la audacia de llamarse patriotas ó auxiliares de éstos, desempeñando ahora cargos lucrativos en nuestro gobierno.

Don Valeriano, como le llamaban los serviles, necesitaba pisotear los sentimientos de la solidaridad humana, no con el brillo de la victoria de las armas, sino con el terror de su nombre y la crueldad de sus hechos; terror y crueldades que levantaron las airadas protestas de los gobiernos extranjeros.

La sombra de Weyler la hallaremos en Cuba aún en las más tenebrosas horas de la noche. Ha dicho un gran escritor francés: "Es una desgracia para un hombre dejar en pos de sí la sombra que tiene su forma"; y la del Marqués de Tenerife se proyecta sobre la oscuridad más negra con la silueta de un espectro, y tal parece que resuena en nuestros oídos la voz que desde ultra-tumba lanzan sus víctimas maldiciéndole en medio de ayes que hieren el alma.

Hagamos historia:

En los primeros días de Septiembre de 1897 la prensa de Madrid y la extranjera (periódico "Le Nouveau Monde de París") publicó el siguiente telegrama transmitido por el cura de la Esperanza al Obispo de esta capital:

"Desde 1° de Julio todos los establecimientos están cerrados por orden del general Weyler. Ruego á su eminencia, en nombre de Dios, implore del Gobernador General de la Isla la derogación de dicha orden, pues de lo contrario todos los habitantes morirán de hambre.—JESUS MENDEZ."

Esos mismos periódicos añadieron:

"El Alcalde de la Esperanza ha telegrafado al Gobernador Civil de Santa Clara, manifestándole: "Los enfermos están amenazados de morir de hambre y en situación gravísima. Centenares de mujeres y niños acuden á pedir de comer. No tengo recursos."

Por esos mismos días, "La Patria" de Santiago de Cuba, al dar cuenta de un baile efectuado en el palacio del célebre Gobernador Don Federico Ordaz Avecilla, decía:

"La concurrencia fué espléndidamente obsequiada por nuestro Ayuntamiento, que hizo verdadero derroche de cerveza, cidra, vinos, helados, dulces y emparedados."

Los sacerdotes pedían pan para el hambriento y miles de manos descarnadas se alzaban implorando piedad, mientras un flamante gobernador se divertía en su palacio, profusamente iluminado, donde tocaba una orquesta para alegrar los concurrentes, todo lo cual pagaba una Corporación popular mientras morían de hambre los reconcentrados.

El Alcalde Municipal de Güines, en vista de la difícil situación por que atravesaba el Municipio, sin tener recursos para dar algunas raciones á los infelices reconcentrados, vino á la Habana y se presentó al Gobernador General, exponiéndole lo ya referido. La contestación de Weyler fué lo siguiente: "Dice Vd. que los reconcentrados mueren de hambre? Pues precisamente para eso hice la reconcentración."

Con esta respuesta regresó el Alcalde á Güines, contando, asombrado, á militares y paisanos que no había esperanza alguna de socorrer á los reconcentrados, porque el Gobernador General le había expresado lo ya expuesto.

Porrúa era su ómulo, que, con la Barrera, el gran cojedor, proponía al carnicero las deportaciones y asesinatos... Ariza y Pastoriza fueron de esas víctimas. Los hogares quedaron á merced de esos esbirros azuzados por los que los secundaban en privado, que no eran pocos.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

Los que carecieron de recursos para emigrar, ó de valor para ir á la manigua y conquistarse el derecho de vivir en Cuba con la inmunidad del "presentado", buscaban la garantía de su persona en el delito: preferían la cárcel de su tierra á la libertad de Fernando Poo ó Chafarinas.

Les pareció estrecho el campo de las relaciones políticas para desplegar sus eminentes facultades. Los ñáñigos les ofrecieron este campo. Inocentes y pecadores quedaron confundidos, bajo un mismo anatema, con la única diferencia de que algunos criminales se quedaron aquí, y no pocos inocentes mandados con verdaderos criminales, fueron enviados á las prisiones de África.

La Barrera, que por su conducta anterior de connivencia con los bandidos de Guanajay, había merecido los rigores del Código Penal Militar, fué el director de escena en todos los casos de deportaciones y asesinatos.

Actos de esta naturaleza y otros más abominables aún, son los que figuran en la cuenta corriente del autor de "Mando en Cuba".... del que decretó la Reconcentración, el incendio, la guerra sin cuartel, del que permitía que sus soldados murieran de hambre, porque, "al serrucho" con la Administración Militar, se quedaba con la mayor parte del dinero de las contratas, según públicamente se decía en Cuba y en España.

En contubernio con sus amigotes —de todos conocidos aquí en Cuba— nombró una Comisión para la compra de caballos en New Orleans, y todos se hicieron ricos. Entre ellos había cubanos que hoy son hombres de pro.

A medida que se iban condensando las sombras del terror, despertábase sobresaltado el instinto de todos los cubanos. El espíritu de reconcentrada ferocidad que respiraba cada "Bando", no dejaba lugar á dudas: el Carnicero estaba resuelto á restablecer la paz, destruyendo las propiedades y matando á los nativos. Cada hora que transcurría era un nuevo peligro para los cubanos que no querían envilecerse.

Entonces vino la expatriación voluntaria. Los vapores no podían dar cabida á los que buscaban refugio en el extranjero. Viéronse las filas mambisas reforzadas, huyeron á las montañas mujeres y niños, y los hombres pacíficos, y en ellas las guerrillas y columnas españolas los macheteaban, trayendo algunos cadáveres á las poblaciones, como trofeo de guerra, y haciendo alto en la plaza pública les desataban las cuerdas que los asían al lomo del caballo y los dejaban caer sobre el pavimento, dándoles algunas veces puntapiés y dejándolos allí á la especulación pública. Estas eran instrucciones privadas que á viva voz se daban á las autoridades militares de toda la Isla, órdenes dimanadas del mismo Weyler.

Las cárceles y los presidios no eran suficientes para contener á los cubanos sospechosos. Los habitantes del campo fueron violentamente arrojados de sus míseros bohíos, para morir en informes montones, como cerdos en matadero mundo, en tanto que la estela enrojecida y el humo que, ennegreciendo el cielo, señalaban la extrema retaguardia del General invicto, que— ¡vergüenza da escribirlo!—aún tiene aquí admiradores.....

¡No es extraño! El se vió aquí rodeado de una corte de adúladores en su Palacio y en la Prensa. Estos tenían miedo y codicia, y por eso de rodillas incensaron al ASESINO manchado de sangre cubana.

¡Cuán diferente procedía el general Blanco en Filipinas!: allí redactó él una Memoria, cuyos párrafos son un juicio acerca de la misión de la autoridad en situaciones excepcionales, como las de la guerra.

Decía:

"La misión de la autoridad en estos casos, es, á mi juicio, bien clara. Castigar duramente á los traidores convictos de su crimen, nunca sacrificar sin pruebas, ni sentencias, á los que acuse la pasión ó el extravío de entusiasmos ardientes, que pueden ser hasta nobles, pero equivocados en sus juicios. Para ciertas gentes las pruebas de carácter y energía se dan fusilando á diestro y siniestro, á gusto del público, que suele ser apasionado, cuando es precisamente lo contrario: resistiendo todo género de imposiciones, y esa más que ninguna. Fusilar es muy fácil; lo difícil es no fusilar.

"En el calor de la lucha se puede ser sanguinario y hasta cruel; pero terminada ésta, no cabe otra cosa que la aplicación estricta del Código, que para eso se ha escrito. Ahí es donde se prueba la fortaleza y la energía."

Turena fué adorado por los suyos porque toleraba el pillaje, y le llamaron "el Bueno" porque dejó entrar á fuego y sangre el Palatinado. A Weyler le aplaudía la intransigencia, porque era émulo de Turena con los cubanos indefensos; pues con los que se batían en la manigua, con esos.... jamás trabó combate de verdad, y tanto es así, que mi ilustre amigo Rafael Fernández de Castro, al ser depuesto por Weyler del mando, le dedicó, en carta que dirigió á un alto personaje de la Corte de España, el siguiente párrafo:

"Al fin salió de aquí corrido y burlado ese esbirro, tiranuelo, "mal torero de invierno", que sólo ha gustado de lidiar con perros y banderillas de fuego á la res mansa, dando galletazos á traición á esta infortunada sociedad y dejándome con el deseo de saber si tenía bríos y coraje para algo más honroso que hacer presa en masa de inocentes y sangre en carne de infelices."

E. UBIETA.



INSTITUTO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA DE LA HABANA
PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Weyler confiesa bien pronto sus iniciales fracasos (): el primero respecto a Maceo: "claro está que si yo hubiera podido impedir a Maceo su vuelta a la provincia de La Habana, empujándolo con Gómez a Oriente, hubiera sido un gran éxito para la campaña, pero no lo pude conseguir a pesar de mis esfuerzos"; el segundo, el arribo de expediciones: "desgraciadamente los insurrectos que contaban con los recursos que les había proporcionado, la contribución que imponían a los ingenios antes de mi llegada para permitir sus conservación y para consentir la molienda en aquella zafra, lograron desembarcar en la Isla varias expediciones de armas, municiones y hombres, una el 17 de marzo en el Friendo, otra el 19 en el Comodoro con Braulio Peña, y otra con la cual desembarcó Calixto García en Maravía (Baracoa)."

Y "los insurrectos seguían incendiando pueblos con auxilio del petróleo, quemando campos de caña y los bateyes o fábricas de los ingenios que no les pagaban la contribución que les exigían... contaban las líneas telegráficas, levantaban los carriles de las vías ferreas, destruían puentes, alcantarillas y estaciones y hasta hacían descarrilar y destruían con dinamita trenes de pasajeros indefensas". No podía Weyler dejar de cargar ^{a la} cuenta de la revolución, asesinatos, violaciones de mujeres, etc., en todo lo cual él sí era maestro consumado.

Todo esto de 10 de febrero, fecha de su llegada, a 20 de marzo, en que termina lo que él llama la primera época de su mando en Cuba.

() Ob. cit. p. 158, 166.

La segunda época abarca de 20 de marzo a 10 de octubre de 1896.

De ahora en lo adelante siempre considerará satisfactoria la marcha de las operaciones, hasta su relevo... debido a su total fracaso, para dominar la revolución, aunque () "los leales patriotas" de Cuba "creían conmigo en el fin próximo de la guerra"; aunque se le escapen confesiones tan contradictorias como la de que () "no bastaba encerrar a Maceo en Pinar del Río, era preciso perseguirlo dentro de aquel territorio, cerrándole los principales puntos de donde podía sacar recursos" ... lo que nunca logró; o la de que "en cuanto a Máximo Gómez, seguía ignorándose su paradero"; o la de que () "Máximo Gómez continuó su marcha a Oriente (desde las Villas) después de atravesar la línea (la trocha) de Júcaro a Morón por cerca de este punto"; o la de que "lo que no podía menos de apenar mi ánimo era la facilidad con que salían expediciones de los Estados Unidos y desembarcaban en Cuba, por efecto de la perfecta organización que tenían los insurrectos con prefecturas, subprefecturas y casas de postas".

() Ob. cit., p. 7
 () " " p. 278-282.
 () " " , t. II, p. 17, 20.

La tercera época comprende de 10 de octubre de 1896 a 4 de enero de 1897.

Todo marcha bien... pero en noviembre de 1896 se halla () "impaciente... por empezar las operaciones y temeroso siempre de que Máximo Gómez emprendiese nueva invasión a occidente, por no haber logrado aún cerrar la trocha de Júcaro a Morón". De Maceo... "suponia que... quebrantado en las últimas operaciones y cerradas para el aquellas importantes salidas, debía haberse reconcentrado en el Rabí". Después se atribuye la victoria en el combate del Rubí, la muerte de Maceo en San Pedro, aunque declara (): "pero la muerte de Maceo, si bien no determinó la terminación inmediata de la guerra, resolvió, por decirlo así, en parte, este problema" (). Y tiene el descaro de agregar: "muerto Maceo, poco trabajo costó el acabar con las partidas que quedaban... o sea todo el Ejército Libertador, del que tenía tan cabal conocimiento de su situación y movimiento, que poco después dice: "suponiendo a Gómez todavía en el Príncipe y temeroso de que Calixto García se hubiese dirigido a probar suerte atacando a las Tunas..."

() Ob. cit., t. III, p. 6-7.

() Oc. cit., t. III, p. 39, 64, 68.

Cuarta y última época: 5 de enero a 31 de octubre de 1897.

Sigue ignorando la verdadera situación de Máximo Gómez (): "con motivo de las noticias de Máximo Gómez que suponían avanzada a las Villas... era ya indispensable renunciar y no podía pensar en detenerme en La Habana", por lo que preparo "mi movimiento a Oriente..." mientras se enteraba que Máximo Gómez "el paso de la trocha lo verificó con 400 hombres del Camagüey y un convoy de armas y municiones", achacándolo, como en los anteriores cruces, al "retrazo en terminar la trocha", debido "a Varias causas y principalmente a dificultades y dilaciones que experimentó el capitán de Ingenieros, comisionado para adquirir en París los aparatos de iluminación y otros efectos" (1).

Y sin haber batido a Máximo Gómez ni a Calixto García, regresó a La Habana. Para Weyler la situación seguía mejorando en todas las provincias... aunque los revolucionarios campeaban por sus respetos en todas ellas.

El asesinato de Cánovas fué un golpe mortal para Weyler, pero del que echó mano para esgrimirlo como única causa de su posterior relevo, y rechazar la verdadera: su incapacidad como estratega y fracaso consecuente.

Azcarraga, nombrado Presidente del Consejo de Ministro, ratificó a Weyler, el 22 de agosto, en su alto cargo() "disfrutando la misma confianza que hasta ahora ha merecido y que hace esperar pronta terminación de la campaña", y Weyler comentándole, dice: "pero confieso que, si bien convencido como estaba de acabar la guerra, sentía dejar aquel mando perdiendo la gloria que confiaba alcanzar", y tenía que "el gobierno del general Azcarraga, conclui-

() Ob. cit., t. III, p. 287, 289, 290, 304.
 () " " t. V., p. 25, 26.

ría por sacrificarme".

El 16 de septiembre () dice Weyler al Ministro de la Guerra, contestando telegrama del mismo sobre celebración sin estorbo alguno, de la Asamblea Revolucionaria de la Yaya y extrañase partes de muertes de rebeldes, sin señalar combate: "en año y medio que llevo mandando en esta Isla queda reducida la insurrección a Oriente" (1) y en larga carta del día 20, le hace la historia de cómo encontró la insurrección al llegar a Cuba y los grandes éxitos alcanzados... en el papel de los partes de guerra, aprovechando la oportunidad para desacreditar a Martínez Campos, que en el congreso ataca su actuación, lo que motivó la reposta de aquel, con el resultado de que el público peninsular se convenció de la incapacidad de los dos para poner término a la revolución.

Pero... siempre el pero atomizador de sus triumfos, en septiembre de 1897, el propio Weyler acepta () que "las divisiones de Puerto Príncipe y Holguín no se comunicaban conmigo mas que por los vapores que salían periódicamente de La Habana por la costa N., que tocaban en Nuevitas y Gibara cada ocho días" y que "Calixto García se movía con crecidas fuerzas provistas de cañones, habiéndose dado a conocer poco antes en Cascorroy Guaimaro, de la división del Príncipe, con lo cual parecía natural suponer y esperar que había de probar fortuna en Victoria de las Tunas, y que el comandante general de la división, con este ejemplo de cuidar de impedirlo", declarando que "las divisiones de Puerto Príncipe y Holguín... como

() Ob. cit., t. V., p. 110-128.

() Ob. cit., t. V., p. 128 y sgts.

las de Bayamo y Manzanillo, tenían fuerzas suficientes para sostener la defensiva-ofensiva, llevar convoyes de raciones a los pocos puntos ocupados y batir a las fuerzas que podían reunir Calixto García y Cebreco". "Pero (este ^{pero lo escribe el mismo} Weyler) no sucedió así... el general Luque "se enteró el 5 de septiembre que Victoria de las Tunas se había rendido, habiéndolo durado el asedio desde el 14 al 29 de agosto, con la circunstancia agravante de tener 300 hombres de guarnición, más de 80 cajas de municiones y armas abundantes, contando ~~en~~ su recinto con once fuertes, si bien decían que el enemigo hizo uso de cinco cañones que disparaban con dinamita y que utilizaron los de la guarnición".

De este terrible descalabro que echaba por tierra sus mentirosas afirmaciones sobre el aplastamiento de la revolución, lo califica Weyler de "desagradable suceso, que tan grave daño me causó en Madrid, en aquellos días en que tanto se me censuraba", y trata en sulibro, inutilmente, de buscarle justificación o explicación.

Al participarle el Ministro de Ultramar en 29 de septiembre que el Gobierno había presentado la dimisión, () "consideré terminado mi mando en Cuba, después de 19 meses y 20 días de ejercerlo, no llegando por lo tanto a los dos años que declaré que necesitaba por lo menos al ser nombrado para dominar y vencer aquella insurrección".

El autojuicio que hace de su actuación es ~~en~~ ^{el} siguiente: "En el periodo expresado, no sólo creo que hice todo cuanto era dable para conseguirlo, sacando todo el partido posible de los elementos de que disponía, sino que apliqué por completo mi celo e inteligencia

se supo en La Habana la constitución del nuevo Gobierno, "seguros y convencidos como estaban de que yo había de cumplir lo ofrecido, terminando la guerra en el breve plazo que había señalado hasta fin de abril, entonces próximo", y sintiendo "por mi verdadero entusiasmo" trataron de impedir su relevo, empleando "todos los medios para evitarlo": reuniones, manifestaciones, recogida de firmas, artículos en los periodicos, y ^{hojas sueltas} envío de telegramas ^a ~~Madrid~~ Sagasta. El día 6 se realizó "la gran manifestación con que se me obsequió", refiriéndose a la cual dijo La Lucha, en su edición del día siguiente: "Resulta, pues, que la opinión y el sentimiento español de Cuba viven completamente distanciados del sentimiento de una parte de la prensa política de Madrid y de una gran parte de los políticos que allí tienen la dirección de los negocios públicos, ya de una manera directa, unas veces, ya en forma indirecta en otras ocasiones".

La manifestación fué iniciada y organizada por el Centro de Detallistas y los índices de los gremios. La Unión Constitucional hizo ascender a 20,000 el numero de manifestantes "y nos quedamos cortos",.

La Voz de Cuba, ante las censuras que los periodicos de Madrid dirigían a Weyler, llegó a comparar estos con los periodicos revolucionarios cubanos, lanzando una hoja suelta que decía así: "¡Españoles! Todo el que se tenga por patriota, debe abstenerse de comprar aquellos periodicos de Madrid que directa o indirectamente ataquen al general Weyler, como se abstendrán de recibir Patria o El Porvenir, organos separatistas de Nueva York. Porque para la causa de España en Cuba, tan perjudiciales son aquellos como estos: es más, estos son menos perjudiciales que aquellos".

Según Weyler, ^{todos} ~~en~~ los periodicos habaneros ~~que~~ ponderaron el éxito de la manifestación, "a excepción del Diario de la Marina, que como reformista y adicto a Maura y a Moret, con quien estaba en correspondencia telegrafica por conducto del Sr. Amblard, trató de desvirtuar

la con terminos injuriosos ~~xxxx~~ para los manifestantes, a lo que contestaron los demás duramente y algunos de ellos, como La Voz de Cuba, en artículo firmado, se dirigió contra el director verdadero del Diario de la Marina, Sr. Rivero, en forma muy dura".

Weyler, el mismo día 6, envió cable a Sagasta tratando de hacerle ver que la manifestación no tenía carácter político, sino "de personal sentimiento de cariño y afecto", al que ~~xxxxxx~~ contestó este, "significando su disgusto por haberla ~~xxxxxxxxxx~~ tolerado y expresando que confiaba que evitaría en adelante actos que solo pueden producir complicaciones y contrariar los propósitos del Gobierno que, como V. E. dice, representa a la patria y el principio de autoridad". Weyler ratificó al Gobierno su obediencia mientras ~~xxxxxxxx~~ estuviese el mando de Cuba aclarando que en su expresión de gratitud a los manifestantes "dije ~~era~~ ~~xxx~~ partidario ser generoso donde insurrección estaba vencida, energético donde enemigo es potente (confesión de su fracaso como pacificador) afirmando que de no acabarse en esta forma guerra Cuba, era senta jalones para tercera ~~xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx~~ insurrección".

El 31 de octubre embarcó en el vapor Monserrat, ofreciendosele otra manifestación, de despedida. Weyler les hizo, ^{entre otras,} las siguientes declaraciones: "He hecho cuanto he podido - y eso lo saben ustedes muy bien - para terminar la guerra cuanto antes. Marcho con placer por haber interpretado la política de los verdaderos españoles y solo siento que las exigencias políticas me hagan abandonar la Isla, pues si nó en breve os la hubiera entregado pacificada y reconstruida. La política seguida en Cuba hasta mi llegada, ha traído a la Isla al estado deplorable en que hoy se encuentra. La guerra exige rigores insoportables los cuales han tenido también que sufrir hasta los mismos que están en el campo leal. La concentración - esa disposición que se ha tomado con que más me han atacado mis enemigos, calificandome de bárbaro - fué pedida unánimemente por todos los es-

pañoles y hasta por el sentido común, para restar al enemigo una de sus fuentes principales: el servicio de espionaje y la comunicación con las ciudades... Mi relevo no me ha extrañado. Yo lo esperaba desde la muerte del Sr. Cánovas, pues los laborantes de los ~~Estados~~ Estados Unidos y mis enemigos de Madrid lo trabajaban y en España no hay un jefe político capaz de resistir a unos y a otros ni de sostenerme en la Capitanía General de Cuba."



(Carta del general Polavieja.

San Sebastián 4 de agosto, de 1896—

Sr. D. Gonzalo de Reparaz.— Mi querido amigo: Mucho me alegro que tenga usted su libro impreso (La Guerra de Cuba) y no solo por usted cuyo presente y porvenir tanto me interesan, sino también por lo útil que será a los Jefes y oficiales que están en Cuba, y a los que van a marchar con los refuerzos.

Desde hace más de dos meses se de manera positiva que el general Primo de Rivera es el que ha de relevar a Weyler, por ofrecimiento formal y sin consultar que nadie que le tiene hecho el Presidente del Consejo de Ministro.

En año pasado, desde junio tenía ya hecha la resolución de que Weyler fuese el sucesor de Martínez Campos. ¿Qué sucesor, el año que viene preparará al Primo de Rivera?...

Pareceme que no habrá tela para tanto y que don Fernando por presertarse la índole de sus ambiciones y su temperamento es el que tiene destinado a poner a España la hojita parra de despedida por supuesto nuestra la autonomía con el ejército colonial formado por ellos o con otras condiciones que les conducirían al mismo fin.

Ya sabe usted que a mí no me han querido ni me quieren en Cuba, ni los liberales ni los Conservadores es decir ninguno de los dos partidos de gobierno, y que solo me querrán cuando el mal haya cerrado el camino a toda solución, y tenga cura. Me ofrecí con el mayor desinterés al general Martínez Campos, y este tampoco quizo llevarme ni luego pedirme.

Dios ciega a los que quiere perder y sobre los ojos de nuestros hombres de gobierno y sobre los de los partidos políticos hace años que con relación a Cuba, tienen puesto tupidísima venda.

A mí a tantos desdenes, sírveme de consuelo el haber tenido y tener aquí y en Cuba en mi favor la opinión de los buenos, que como siempre sucede, siendo los más están dominados y mandados por los malos, que son los menos. Pero me duele y mucho, como soldado ver como su general en Jefe y de E. M. G. tratan el heroico y sufrido ejército a sus ordenes y a sus glorias y prestigios, y como español los males que los dos están causando a la Patria y el terrible porvenir que le preparan. Las cartas que vienen de allí son muy desconsoladoras, lo mismo las de los militares que las de los paisanos, y lo peor del caso es que cada correo, y sin la menor excepción, las noticias son peores y más tristes que las del anterior.

Ya es tarde, muy tarde, para dominar la rebelión y tener en Cuba una paz sostenible, una paz que nos permitiera hacer lo que exigen nuestros intereses y nuestra honra.

Hoy nuestros esfuerzos debieran consagrarse a salvar el honor de nuestras armas, y para ello no hay que contar con nuestros estadistas, ni con los Partidos Políticos. Ya ve us-

ted que, para mí no hay faena, como diría un andaluz.

Deseo llegue pronto el día quince, para tener el gusto de verle por aquí y entonces hablaremos de si ya es conveniente o no, para nuestra política en Cuba y con los Estados Unidos, que escriba usted algo sobre mi último mando en Cuba. Desde hace años tengo el destino de estar obligado a sacrificar mi personalidad a los intereses de la Patria ya sentimientos de amistad y gratitud.

¿Qué me dice usted de los instintos conservadores de Weyler Ochoando bien tranquilos y seguros en la Habana? Podrán tener sangre torera, pero de soldados ni una gota sola en sus venas.

Con que prontitud y habilidad para sacar mejor partido de ellas, saben mover sus fuerzas ¿Han caído en la cuenta de que en absoluto y con toda seguridad disponen de las comunicaciones por mar?

Tienen a las columnas con todos los elementos necesarios para causar más daños que los que reciban. ¿Se mueven con libertad de acción dentro de un plan general...? se vigorizan sus fuerzas morales por la confianza en la superioridad de la dirección y por la justicia en las recompensas...?

Contestan negativamente a estas preguntas las infinitas cartas que llegan de Cuba. Incluyo a usted la copia de muchos párrafos de una que en ella ha recibido un amigo mío.

¿Qué labor tan bien hecha la de Máximo Gómez y de esos jefes políticos de la insurrección y que labor tan torpe la nuestra por todos conceptos.

Nuestro ejército a la defensiva en todas partes. Máximo Gómez moviendo sus fuerzas y moviéndose él como y por donde quiere, sin cesar en su labor de aumentarlas, armando y organizando la mucha gente que le da el país.

Estará preparando su campaña de invierno y ya verá usted como han poco menos que estériles nuestros refuerzos, contando por supuesto con nuestra habilidad.

Camilo G. de Polavieja.

La carta que hace referencia Polavieja tiene párrafos reluciosos, que transcribo para gozo y orgullo de los del Monumento a la Raza.

"Tienes aquí (Cuba), Jefes y oficiales que cuentan con 25 o 30 acciones y las recompensas son menciones y cruces rojas y en campo aquel es el valiente, amigo o muy recomendado un General, sube como la escuadra por acciones que ni el ruido de los tiros oyó. Mientras que hay un soldado que se bate a diario que no asciende a Suárez inclán le hacen general en los pocos meses de llegar por un combate que fué un desastre, al perdido de Ruiz lo hacen Jefe de Brigadas de Luque, por las barbaridades de Camdelaria en donde no fuimos copados por milagro de Dios lo ascienden por telegrama...

En el cobate de mal tiempo los oficiales tenían que enseñar a la tropa ya combatiendo, como se cargaba el fusil. Añadele al Ministro que aquí



2

se inventar las acciones se ocultan los desastres dándoles el nombre de victorias, que son mentiras a todo bicho viviente....."

....Y nos envían a Weyler en una historia fué aquí tan deshonrosa y en Filipinas tan censurable por la manera descarada como se llevó a la Península más de un millón de pesos y para compañero viene Ochoando, el mismísimo que fué echado de Filipinas y claro es aquí solo se ocupa con Weyler, de hacer lo que ya hizo con Arderius: **ROBAR ESCANDALOSAMENTE**".

"Mientras que aquí nosotros que vivimos en el presidio que se llama Trocha de Mariel, careciendo de todo, abrasados por el sol, diezmados por las calenturas y el vómito, sabiendo que Maceo está fortificando en Caibarien todos los días recibe, no ya coñones, carajícara, sin que se le ataque, que fusiles y cartuchos, sino viveres de boca".

La segunda carta más interesante que esta verá la luz el próximo domingo para darle tiempo a nuestros eternos enemigos de reflexionar acerca del tiempo, perdido, de rechifla ganada y de la próxima llegada de otro ridículo barquichuelo de guerra madre del anterior según los nombres con que se les bautizó.

Justo S. Matiz.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

EN LOS JUEGOS FLORALES DE HUELVA



LA SOMBRA DEL APOSTOL:—; Y luego cantarán en Cuba: “Martí no debió de morir”!

1897. — Argumentos contra Weyler y contra la pacificación. — "El Heraldillo" se tomó el trabajo de recopilar los "partes oficiales" referentes á Pinar del Río, enviados por el general Weyler desde 31 de Diciembre último hasta la fecha.

Entonces dijo el Capitán General de Cuba:

"Mi recorrido y combates sostenidos me prueban que sólo quedan en Pinar del Río "unos 500 hombres", divididos en dos grupos, mandados por Rius Rivera y Ducassi".

"Pues bien; añadía "El Heraldillo": desde 1° de Enero á 30 de Junio, según los partes del propio Weyler, en Pinar del Río han muerto 1,836 rebeldes; han sido heridos 25; han sido aprisionados 146, y se han presentado 395. Total: 2,402".

La aritmética no estaba mal aplicada.



EL DESASTRE MILITAR DE WEYLER

Por Juan Luis Martín

Policia, julio 1943.

En estos tiempos, cuando tantas naciones luchan por su libertad, hay que recordar la gesta grandiosa de nuestra Patria para obtener su independencia y ganar la libertad. El dolor de la guerra, el sacrificio realizado por las generaciones de la emancipación, no puede ser comparado, por su grandeza, con ningún acontecimiento de la historia. Los datos numéricos que contiene este interesantísimo artículo de Juan Luis Martín demuestran los gravísimos errores políticos cometidos por Weyler y son, con el rigor de la estadística, un cuadro exacto de la gran tragedia cubana por alcanzar la democracia, en tiempos de la colonia.

El general Valeriano Weyler recibió en La Habana, el 20 de Agosto de 1896, un cablegrama de Madrid, suscrito por el general Azcárraga, ministro de la guerra, que decía: «Vapor "Montevideo" lleva primer envío de los 40,000 hombres».

El mensaje estaba redactado en una forma sensacional, pues se evitaba decir el número de los componentes de la expedición del "Montevideo", con objeto de insistir en manejar esa cifra: «Cuarenta mil hombres».

La agitación noticiosa continuó durante muchos días. El general Azcárraga, por la extraordinaria proeza de enviar a Cuba un ejército de 40,000 hombres, fué considerado por algunos como persona indicada para relevar al señor Cánovas del Castillo, en la presidencia del Consejo de Ministros, Azcárraga era, desde luego, protector de Weyler, protector incondicional y también se le consideraba partidario de una acción más enérgica hacia los Estados Unidos.

Pronto, la fama de Azcárraga se construyó con timbres que para los modos de aquella época, en que tanto se manejaba el tema heroico, eran gloriosos, el mayor prestigio del ministro con la frase: «40 batallones en 23 barcos y 23 días». Tal era la fuerza con que Weyler contaba para imponer una resolución a la guerra de Cuba. La frase «cuarenta batallones» pasó al lenguaje corriente de las ciudades cubanas, en donde los irrespetuosos no titubeaban en hacer burlas, de las esperanzas que se habían

erigido sobre tales fuerzas. Ibase más lejos todavía que sustentar la esperanza de que con las expediciones del ministro de la guerra se acabaría la lucha en Cuba; esa menguada mentalidad, hecha a la propaganda, movida por la prensa más irresponsable e incompetente que haya tenido jamás algún pueblo, tratando de restar justicia a la causa de la libertad de Cuba, atribuía a intrigas y envidias de los Estados Unidos las condiciones de la colonia y no reparaban en declarar que si los norteamericanos adoptasen de verdad una resolución en el problema, en Cuba se gozaría de octaviana paz. No atinaban a comprender que si la Revolución no tomaba un incremento decisivo, arrollador, se debía precisamente a que no hallaba en los Estados Unidos todo el calor que se necesitaba para imponer el triunfo. La política de «la guerra por la guerra», mantenida ardorosamente por Cánovas, Azcárraga y Weyler, con el sostén de esa opinión, llevaba a trastornos internacionales que no querían ver; y lo inadecuado de sus procedimientos, la impotencia de sus métodos, cuando no la mala fe, quedaban fuera del alcance de su examen. Estaban contra las reformas, en favor de la ruina total de una colonia que ellos mismos explotaban; a las consecuencias de sus injusticias, llamaron «rebelión de negros»; sus fracasos los atribuían a la «perfidia yankee» y no cesaban de pasar de una provocación a la otra. «Los 40,000 hombres en 23 días» fué hecho que tomaron como demostración de pujanza, no tan sólo para acabar con la revolución cubana, sino también para provocar a la Unión Norteamericana. Un momento hubo en que los periódicos de Madrid publicaron, a coro con cierta prensa de La Habana, que no importaría que se tuviesen que disminuir las fuerzas de Cuba, a fin... de enviar un ejército de invasión a los Estados Unidos.

Su propaganda sobre la naturaleza del conflicto la llevaron a tal candencia, que lograron obtener una declaración de León XIII (dada en 1898), diciendo que «el triunfo de España en Cuba es el triunfo de la civilización cristiana». Esto era consecuencia de las anteriores descripciones del jefe de gobierno, para quien en Cuba sólo había una insurrección del instinto salvaje (declaraciones del 18 de noviembre de 1896). El establecer tales inculpaciones al adversario contenía la justificación de la política de «la guerra por la guerra», y, por añadidura, permitía hacer creer que la lucha no sería duradera y que el adversario sería sofocado (Pasa a la pág. 48)

con un esfuerzo intenso, de incesante acción militar. El plan de operaciones preparado por Weyler, que exigía formidables contingentes, se proponía desmembrar la insurrección, separando a los núcleos principales. Weyler creyó tener encerrado a Maceo en la provincia de Pinar del Río, y por esta causa, le concedió a él toda la importancia, todo el elogio, porque suponiendo que era quien más seguro estaba en sus manos, no tardaría en vencerlo y ganar así los más altos prestigios, proclamando la pacificación de la Isla. Sus aparatosas salidas en el «Legazpi», para el Mariel, acreditaban las ambiciones militares del Capitán General, a quien, Maceo muerto, el mismo día de su muerte, estuvo a punto de ganarle una batalla... en Madrid.

Las fuerzas cubanas, contra lo que se apreciaba en los centros militares españoles, tenían un aliado positivo en el «stegomya». De haber los gobernantes apreciados en toda su significación el descubrimiento de Finlay, la dominación española habría contado con 30,000 combatientes más, para arrojarlos en persecución de las fuerzas revolucionarias. En Pinar del Río, Maceo escogía el terreno que era más azotado por la fiebre amarilla precisamente, entre la Sierra de los Organos y Bahía Honda. Las bajas invisibles que los insurrectos causaban al Capitán General, en las operaciones de esos distritos, fueron quizá uno de los motivos que permitieron prolongar la lucha en esas regiones imposibles, verdadero bastión de la libertad cubana. Forzar a Weyler a combatir allí, con acumulación de grandes recursos, era ya, por las consecuencias sanitarias, un hecho estratégico de la mayor importancia. Según la «Revue Scientifique», de París, (Octubre 16 de 1897), las bajas españolas en la guerra de Cuba, ascendían al 521 por mil, distribuidas así:

Muertos en campaña	10.7	(por mil)
Fiebre amarilla	66.00	
Otras enfermedades	201.3	
Enfermos evacuados a España.	143.00	
Bajas quedados en Cuba.....	100.00	

Oficialmente se reconoció en el ministerio de la Guerra que habían muerto de la terrible enfermedad, 319 oficiales y 13,000 soldados; de otras enfermedades, 127 oficiales y 40,000 soldados, hasta fines de 1897. Se admitía que en operaciones de Cuba habían tenido: un general muerto y tres heridos, que causaron baja. También entre los muertos se contaban 13 oficiales superiores y 108 subalternos, además de 2,018 muertos y 8,627 heridos entre la tropa.

La reconcentración, dispuesta gradualmente por Weyler, hizo aumentar el número de bajas por enfermedad en todas las guarniciones, debido a las condiciones sanitarias de las trincheras y zanjas de fortificaciones que ponían junto a los poblados. Contribuyó no poco a estas condiciones generales de salubridad el que el mismo Capitán General dispusiera que las tropas acampasen en los mismos teatros de la lucha, con el fin de hacer más continuada la batalla. Pero acampaban... sin raciones apenas.

Llegó a ser tan obvio el conocimiento de los peligros que aguardaban a las tropas mal aclimatadas en el terreno, que cuando alguna fuerza libertadora se batía duramente con las columnas, al anochecer, los jefes revolucionarios decían: «¡Basta, muchachos! No gasten más balas. Dejen que acampen y coman nuestras frutas. Las enfermedades acabarán con ellos». El paludismo, la disentería y las viruelas, eran, sin duda, «cabecillas» de las fuerzas libertadoras.

Para fines de 1897, los contingentes tan pomposamente enviados a Cuba por el general Azcárraga quedaban tragados por la manigua cubana. Según los datos oficiales, publicados en Madrid, desde el mes de noviembre de 1895 hasta mayo de 1896, se habían enviado a Cuba 40 generales, 6,261 oficiales y 181,738 soldados. En otras palabras, España

había enviado a la Isla contingentes militares hasta un total superior al 10% de la población de Cuba, y, por tanto, superior a la capacidad de movilización del país. A estas fuerzas había que agregar los tres tercios de guerrilleros y los batallones de voluntarios.

La lista de bajas, publicadas el 31 de diciembre de 1896, hacía un total de 16,007 hombres, además de 52 civiles servidores de España, muertos en acciones que se reputaban de guerra. No se contaban en esta estadística las bajas de voluntarios y guerrilleros.

La distribución de tales bajas era la siguiente:

Generales	4
Jefes	66
Oficiales	483
Soldados	15,454

Hasta esa fecha, el ejército costaba \$9,000,000 por semestre, sin contar \$6,000,000 mensuales que costaba el mantenimiento de esa fuerza tan formidable, que, sin duda, no podía sostener la economía insular.

Frente a esa cifra, por esa misma época, los periódicos de Madrid, haciendo cálculos sobre los partes oficiales, decían que la insurrección había experimentado 15,795 bajas, cifra reconocida por el ministerio de la guerra como casi exacta, aunque se hacía la salvedad de que las bajas españolas en acción de guerra eran inferiores. La distribución de las bajas cubanas, según tales informes, era la siguiente:

Cabecillas muertos	210
Cabecillas heridos	41
Individuos muertos	12,076
Individuos heridos	3,468

Por la política que se seguía por la Capitanía General de La Habana, se puede asegurar que el número de las bajas españolas era superior y que el de las que se atribuían a la insurrección era inferior.

Dos meses antes de la muerte de Maceo, el corresponsal de «El Imparcial», Domingo, informaba a Madrid que habían llegado a La Habana procedentes de Pinar del Río, 2,225 soldados enfermos. En la capital colonial ya habían 12,000, a los que había que añadir 1,500 en San Antonio de los Baños y otros 1,000 en Santiago de las Vegas. Weyler, en aquellos momentos, poco después de las acciones de las lomas del Rubí, no podía, sin embargo, prometer la inminente pacificación de Pinar del Río, que, según él, no se obtendría sino para fines de año, como se lo dijera a Luis Morote.

La opinión pública española comenzó a alarmarse extraordinariamente por el sesgo que tomaban los acontecimientos. Después de tantos sacrificios, no podía presentarse ni siquiera la esperanza de que la guerra estuviese próxima a terminarse. El Capitán General anunciaba para dentro de unos cuantos meses la terminación de la campaña de Pinar del Río... después quedaría La Habana; después Matanzas; posteriormente, Las Villas; y, más tarde, luego de mejorar la trocha, Santiago de Cuba, en donde él esperaba operar en la región del Cauto, que decía conocer. En algunos grupos se había dicho que esta campaña llevaría dos años más y que Weyler se proponía dar caza a Máximo Gómez, batirse con él, hacerlo prisionero y ganar la Cruz Laureada de San Fernando. Mas, dos años era mucho tiempo.

Se insinuaron protestas en España. Los partidarios de Silvela, que habían producido un cisma en las filas de Cánovas; los adictos de Sagasta, demandaban el relevo del general, bajo el dictamen de que

había fracasado. Cánovas declaró entonces a «El Día», de Madrid, que no tenían con quien reemplazar a Weyler. Alguien había pensado en el general Azcárraga, pero éste quedaba en reserva para reemplazar a D. Antonio, con un gobierno autoritario. En realidad, Weyler era insustituible: el partido españolista de Cuba no aceptaba a más nadie.

El regreso de Weyler a La Habana, llevado a la capital, según él había dicho, por los problemas económicos, insinuando que acaso faltarían pertrechos, sin haber logrado una victoria decisiva sobre Maceo, preocupaba tanto por los hechos en sí, como por lo que en ese suceso había probatorio de que las noticias optimistas del general eran falsas.

«El Día» había recogido así las manifestaciones verbales de Cánovas:

«El jefe de gobierno ha estado explícito en sus manifestaciones, afirmando que el gabinete acepta toda la responsabilidad de los actos del general Weyler, quien ha conseguido ventajas positivas y que adelantó algunos días su salida contra el dictamen de Arolas y otros generales, para calmar impacencias. Dijo también que siempre había supuesto que el general haría viajes a La Habana, pues su puesto no es siempre mandar una columna y —hasta para dar fuerza a sus argumentos— ha hecho elogios de la iniciativa del general Weyler en Mindanao, comenzando aquella campaña, cuando estuvo en las Filipinas.

«No relevará a Weyler sino en el instante de un fracaso, y entiende que en ocho meses ha adelanta-

do mucho; pues antes de ir, desde La Habana se veían los incendios ocasionados por los rebeldes, y ahora apenas quedan algunos grupos en esa provincia, que son perseguidos por la caballería.

«El señor Cánovas ha dicho, y esta afirmación hay que tenerla en cuenta, que fuera del general Azcárraga, cuyo nombre ha visto indicado en la prensa, no hay nadie a quien pueda enviar a Cuba, y que no ha hablado del asunto con el ministro de la guerra, porque hacerlo supondría alguna desconfianza suya en el general Weyler, que mermara el prestigio del hoy capitán general de Cuba».

Entre las palabras de Cánovas, que daba virtualmente por pacificada la provincia de La Habana, y todo reducido a destruir a Maceo, cuyo nombre contenía todo un plan político, y las de Weyler, había abierta contradicción; pero estaban destinadas precisamente a calmar los ánimos, inquietos por el número siempre ascendente de bajas.

Gonzalo de Reparaz, de quien no se podían tener dudas, porque había sido uno de los que habían abogado por el género de guerra que Weyler hacía, con un artículo publicado en el «Heraldo de Madrid», por el que fué arrestado y amenazado de ser sometido a procedimiento militar, había revelado las condiciones del ejército que España tenía en Cuba y como los que más ahincadamente defendían a Weyler lo hacían por interés pecuniario, por la tolerancia que se permitían sus abusos. Hablando de los soldados españoles: —«¿Sabe usted qué tienen? Extenuación y paludismo,

efecto del agotamiento por hambre y cansancio. El soldado padece hambre, mucha hambre, y fatigas sin cuento... y sin sustancia. Ayer me decía uno que se había pasado cinco días con una galleta. No se hace más que un rancho con carne palpitante cuando la hay, y de esta carne se le hace guardar a cada soldado un tajada para todo el día siguiente hasta la tarde».

Se extendía en otras reflexiones similares y decía, refiriéndose a las condiciones existentes en La Habana:

«En el fondo de esta inmundicia bahía y en almacenes lóbregos y sin ventanas, o en colgadizos expuestos al sol y al aire húmedo, y aún a la lluvia, se hacinan miles de hombres con o sin sábanas ni mantas. Poco a poco van llegando éstos, luego se hace la botica, luego la comida. ¿Y entre tanto? De allá, de otro hospital, les envían el alimento, y un día falta comida para cuatrocientos. Se manda a preparar sopa con huevo... y luego a las cuatro de la tarde. Al día siguiente, faltan doscientas raciones. Entretanto cada día que pasa el estado paga miles de estancias de hospital a duro diario. ¡Esto sí que es ración buena y saneada! En los almacenes de Regla, Santa Catalina y Hacendados se albergan unos seis mil enfermos. La mayor parte no llevan documento alguno ni los acompaña nadie, de modo que varios de ellos que allí pierden la vida, pierden también el estado civil. Se ha enterrado a muchos sin identificar y éste es el colmo del morir».

Estos hechos, sin embargo, se registraban después de la muerte de Maceo, cuando los ánimos estaban paralizados en todo juicio, porque las operaciones militares continuaban y el fracaso de Weyler era evidente. El desastre sufrido por el general Vara del Rey en Bueycito, probaba que las operaciones distaban mucho de terminar. Las censuras a la sanidad militar, al mando, a la política que Cánovas hacía, señalaban una tormenta.

Hasta el periódico «El Día», que se mostraba bastante objetivo en sus comentarios sobre los actos del gobierno, había dicho también, bajo el título de «Delitos contra el ejército»:

«Ayer recogimos graves rumores referentes a la deficiente alimentación del soldado en Cuba.

«Hoy tenemos que consignar más graves rumores, acerca del calzado y vestuario destinado a los valientes de aquel sufrido ejército.

«La prensa de La Habana comienza a formular censuras muy ásperas.

«No concreta aún los hechos, pero los señala.

«El periódico "El Ejército" dice que hay contrastista que sustituye con imitaciones el buen material exigido para el vestuario.

«La prenda que debía durar tres meses, sólo dura uno.

«Así el soldado gasta tres veces más lo que con una sola bastaría.

«No hay que añadir, que al dar la noticia. «El Ejército», declara que «le da vergüenza el hacerlo» y que con todo el rigor la ley debe caer sobre los culpables».

«El Imparcial» pidió el relevo de Weyler y el castigo de los jefes de intendencia y sanidad. Decía:

«Acaso se diga que al solicitar nosotros como primera e inmediata determinación el relevo del general Weyler y de los jefes de administración y sanidad militar, procedemos con poca justificación.

«Es causa suficiente del cambio que pedimos, haber demostrado incapacidad para impedir tan inicuos saqueos.

«A más de estos relevos deben enviarse a Cuba jueces cuya pericia y honradez sean proverbiales, para que instruyan una sumaria de verdad; y si los que han comerciado con vidas españolas no han conseguido borrar los elementos probatorios; si puede acreditarse quienes son los culpables, ¡ah! entonces no hay que hablar de relevos, sino de fusilamientos, por anchos que fueren los galones que hubieran de atravesar las balas del piquete encargado de la ejecución».

Si tales negocios se hacían con el miserable rancho del soldado español ¿qué no se haría en los poblados con las raciones de los reconcentrados? Si tal era la situación sanitaria de los enfermos españoles, de los combatientes, para quienes ellos tenían los mejores elogios ¿cuál no sería el estado de la población en general, de los campesinos?



Valeriano Weyler, quiso hacer «la guerra por la guerra». En toda la historia de América no hay páginas de mayor dolor que las que narran el mando del Marqués de Tenerife en Cuba. España mandó a Cuba 200,000 hombres y 40 generales, la mayor expedición militar que jamás haya cruzado el Atlántico, para sofocar la aspiración a la libertad y la democracia de una nación de 1.500,000 habitantes.



Antonio Cánovas del Castillo, jefe de gobierno de España, protector resuelto de la política del General Valeriano Weyler. Dijo una vez que él gastaría en Cuba «el último hombre y la última peseta». En efecto, los tres años de guerra costaron a España \$400.000.000 y más de 100,000 bajas. El pueblo de Cuba experimentó 700,000 muertos, contando con los que produjo la reconcentración y perdió mil millones de pesos en riquezas, pero conquistó la libertad. El dibujo inferior muestra uno de los fortines de Remedios.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

EL DESASTRE MILITAR DE WEYLER.

Por Juan Luis Martín.

El general Valeriano Weyler recibió en La Habana, el 20 de Agosto de 1896, un cablegrama de Madrid, suscrito por el general Azcárraga, ministro de la guerra, que decía: "Vapor Montevideo lleva primer envío de los 40,000 hombres".

El mensaje estaba redactado en una forma sensacional, pues se evitaba decir el número de los componentes de la expedición del Montevideo, con objeto de insistir en manejar esa cifra: "Cuarenta mil hombres".

La agitación noticiosa continuó durante muchos días. El general Azcárraga, por la extraordinaria proeza de enviar a Cuba un ejército de 40,000 hombres, fué considerado por algunos como persona indicada para relevar al señor Cánovas del Castillo, en la presidencia del Consejo de Ministros, Azcárraga era, desde luego, protector de Weyler, protector incondicional y también se le consideraba partidario de una acción más enérgica hacia los Estados Unidos.

Pronto, la fama de Azcárraga se construyó con timbres que para los modos de aquella época, en que tanto se manejaba el tema heroico, eran gloriosos, el mayor prestigio del ministro con la frase: "40 batallones en 23 barcos y 23 días". Tal era la fuerza con que Weyler contaba para imponer una resolución a la guerra de Cuba. La frase "cuarenta batallones" pasó al lenguaje corriente de las ciudades cubanas, en donde los irrespetuosos

no titubeaban en hacer burlas de las esperanzas que se habían erigido sobre tales fuerzas. Ibase mas lejos todavía que sustentar la esperanza de que con las expediciones del ministro de la guerra se acabaría la lucha en Cuba; esa menguada mentalidad, hecha a la propaganda, movida por la prensa más irresponsable e incompetente que haya tenido jamás algún pueblo, tratando de restar justicia a la causa de la libertad de Cuba, atribuía a intrigas y envidias de los Estados Unidos las condiciones de la colonia y no reparaban en declarar que si los norteamericanos adoptasen de verdad una resolución en el problema, en Cuba se gozaría de octaviana paz. No atinaban a comprender que si la Revolución no tomaba un incremento decisivo, arrollador, se debía precisamente a que no hallaba en los Estados Unidos todo el calor que se necesitaba para imponer el triunfo. La política de "la guerra por la guerra", mantenida ardorosamente por Cánovas, Azcárraga y Weyler, con el sostén de esa opinión, llevaba a trastornos internacionales que no querían ver; y lo inadecuado de sus procedimientos, la impotencia de sus métodos, cuando no la mala fe, quedaban fuera del alcance de su examen. Estaban contra las reformas, en favor de la ruina total de una colonia que ellos mismos explotaban; a las consecuencias de sus injusticias, llamaron "rebelión de negros"; sus fracasos los atribuían a la "perfidia yankee" y no cesaban de pasar de una provocación a la otra. "Los 40,000 hombres en 23 días" fué hecho que tomaron como demostración de pujanza, no tan sólo para acabar con la revolución cubana, sino también para provocar a la Unión Norteamericana. Un momento hubo en que los periódicos de Madrid publicaron, a coro con

cierta ~~para~~ prensa de La Habana, que no importaría que se tuviesen que disminuir las fuerzas de Cuba, a fin.. de enviar un ejército de invasión a los Estados Unidos.

Su propaganda sobre la naturaleza del conflicto la llevaron a tal candencia, que lograron obtener una declaración de León XIII (dada en 1898), diciendo que "el triunfo de España en Cuba es el triunfo de la civilización cristiana". Esto era consecuencia de las anteriores descripciones del jefe de gobierno para quien en Cuba sólo había una insurrección del instinto salvaje (declaraciones del 18 de noviembre de 1896). El establecer tales inculpaciones al adversario contenía la justificación de la política de "la guerra por la guerra", y, por añadidura permitía hacer creer que la lucha no sería duradera y que el adversario sería sofocado con un esfuerzo intenso, de incesante acción militar. El plan de operaciones preparado por Weyler, que exigía formidables contingentes, se proponía desmembrar la insurrección, separando a los núcleos principales. Weyler creyó tener encerrado a Maceo en la provincia de Pinar del Río y por esta causa, le concedió a él toda la importancia, todo el elogio, porque suponiendo que era quien más seguro estaba en sus manos, no tardaría en vencerla y ganar así los más altos prestigios, proclamando la pacificación de la Isla. Sus aparatosas salidas en el "Legazpi", para el Mariel, acreditaban las ambiciones militares del Capitán General, a quien, Maceo muerto, el mismo día de su muerte, estuvo a punto de ganarle una batalla... en Madrid.

Las fuerzas cubanas, contra lo que se apreciaba en los cen-

tros militares españoles, tenían un aliado positivo en el "stegomya". De haber los gobernantes apreciado en toda su significación el descubrimiento de Finlay, la dominación española habría contado con 30,000 combatientes, más, para arrojarlos en persecución de las fuerzas revolucionarias. En Pinar del Río, Maceo escogía el terreno que era más azotado por la fiebre amarilla precisamente, entre la Sierra de los Organos y Bahía Honda. Las bajas invisibles que los insurrectos causaban al Capitán General, en las operaciones de esos distritos, fueron quizá uno de los motivos que permitieron prolongar la lucha en esas regiones imposibles, verdadero bastión de la libertad cubana. Forzar a Weyler a combatir allí, con acumulación de grandes recursos, era ya, por las consecuencias sanitarias, un hecho estratégico de la mayor importancia. Según la "Revue Scientifique", de París, (Octubre 16 de 1897), las bajas españolas en la guerra de Cuba, ascendían al 521 por mil, distribuidas así:

Muertos en campaña	10.7 (por mil)
Fiebre amarilla	66.00
Otras enfermedades	201.3
Enfermos evacuados a España . .	143.00
Bajas quedados en Cuba	100.00

Oficialmente se reconoció en el ministerio de la Guerra que habían muerto de la terrible enfermedad, 319 oficiales y 13,000 soldados; de otras enfermedades, 127 oficiales y 40,000 soldados hasta fines de 1897. Se admitía que en operaciones de Cuba habían tenido: un general muerto y tres heridos, que causaron baja. También entre los muertos se contaban 13 oficiales supe-

riores y 108 subalternos, además de 2,018 muertos y 8,627 heridos entre la tropa.

La reconcentración, dispuesta gradualmente por Weyler, hizo aumentar el número de bajas por enfermedad en todas las guarniciones, debido a las condiciones sanitarias de las trincheras y zanjas de fortificaciones que ponían junto a los poblados. Contribuyó no poco a estas condiciones generales de salubridad el que el mismo Capitán General dispusiera que las tropas acampasen en los mismos teatros de la lucha, con el fin de hacer mas continuada la batida. Pero acampaban.. sin raciones apenas.

Llegó a ser tan obvio el conocimiento de los peligros que aguardaban a las tropas, mal aclimatadas en el terreno, que cuando alguna fuerza libertadora se batía duramente con las columnas, al anochecer, los jefes revolucionarios decían: "¡Basta, muchachos! No gasten más balas. Dejen que acampen y coman nuestras frutas. Las enfermedades acabarán con ellos". El paludismo, la desinteria y las viruelas, eran, sin duda, "cabecillas" de las fuerzas libertadoras.

Para fines de 1897, los contingentes tan pomposamente enviados a Cuba por el general Azcárraga quedaban tragados por la manigua cubana. Según los datos oficiales, publicados en Madrid, desde el mes de noviembre de 1895 hasta mayo de 1896, se habían enviado a Cuba 40 generales, 6,261, oficiales y 181,738 soldados. En otras palabras, España había enviado a la Isla contingentes militares hasta un total superior al 10% de la población de Cuba, y, por tanto, superior a la capacidad de movilización del país. A estas fuerzas había de agregar los tres tercios de guerrilleros y los batallones de voluntarios.

La lista de bajas, publicadas el 31 de diciembre de 1896, hacia un total de 16,007 hombres, además de 52 civiles servidores de España, muertos en acciones que se reputaban de guerra. No se contaban en esta estadística las bajas de voluntarios y guerrilleros.

La distribución de tales bajas era la siguiente:

Generales	4
Jefes	66
Oficiales	483
Soldados	15,454

Hasta esa fecha, el ejército costaba \$9,000.000 por semestre, sin contar \$6,000.000 mensuales que costaba el mantenimiento de esa fuerza tan formidable, que, sin duda, no podía sostener la economía insular.

Frente a esa cifra, por esa misma época, los periódicos de Madrid, haciendo cálculos sobre los partes oficiales, decían que la insurrección había experimentado 15,795 bajas, cifra reconocida por el ministro de la guerra como casi exacta, aunque se hacía la salvedad de que las bajas españolas en acción de guerra eran inferiores. La distribución de las bajas cubanas, según tales informes, era la siguiente:

Cabecillas muertos	210
Cabecillas heridos	41
Individuos muertos	12,076
Individuos heridos	3,468

Por la política que se seguía por la Capitánía General de La Habana, se puede asegurar que el número de las bajas españolas era superior y que el de los que se atribuían a la insurrección era inferior.

Dos meses antes de la muerte de Maceo, el corresponsal de El Imparcial, Domingo, informaba a Madrid que habían llegado a La Habana procedentes de Pinar del Río, 2,225 soldados enfermos. En la capital colonial ya habían 12,000, a los que había que añadir 1,500 en San Antonio de los Baños, y otros 1,000 en Santiago de las Vegas. Weyler, en aquellos momentos, poco después de las acciones de las lomas del Rubí, no podía, sin embargo, prometer la inminente pacificación de Pinar del Río, que, según él, no se obtendría sino para fines de año, como se lo dijera a Luis Morote.

La opinión pública española comenzó a alarmarse extraordinariamente por el sesgo que tomaban los acontecimientos. Después de tantos sacrificios, no podía presentarse ni siquiera la esperanza de que la guerra estuviese próxima a terminarse. El Capitán General anunciaba para dentro de unos cuantos meses la terminación de la campaña de Pinar del Río... después quedaría La Habana; después, Matanzas; posteriormente, Las Villas; y, más tarde, luego de mejorar la trocha, Santiago de Cuba, en donde él esperaba operar en la región del Cauto, que decía conocer. En algunos grupos se había dicho que esta campaña llevaría dos años más y que Weyler se proponía dar caza a Máximo Gómez, batirse con él, hacerlo prisionero y ganar la Cruz Laureada de San Fernando. Mas, dos años era mucho tiempo.

Se insinuaron protestas en España. Los partidarios de Silvela que habían producido un cisma en las filas de Cánovas; los adictos de Sagasta, demandaban el relevo del general, bajo el dictamen de que había fracasado. Cánovas, declaró entonces a El

Día, de Madrid, que no tenía con quien reemplazar a Weyler. Alguien había pensado en el general Azcárraga, pero éste quedaba en reserva para reemplazar a D. Antonio, con un gobierno autoritario. En realidad, Weyler era insustituible: el partido españolista de Cuba no aceptaba a más nadie.

El regreso de Weyler a La Habana, llevado a la capital, según él había dicho, por los problemas económicos, insinuando que acaso faltarían pertrechos, sin haber logrado una victoria decisiva sobre Maceo, preocupaba tanto por los hechos en sí, como por lo que en ese suceso había probatorio de que las noticias optimistas del general era falsas.

El Día había recogido así las manifestaciones verbales de Cánovas:

"El jefe de gobierno ha estado explícito en sus manifestaciones, afirmando que el gabinete acepta toda la responsabilidad de los actos del general Weyler, quien ha conseguido ventajas positivas y que adelantó algunos días su salida contra el dictamen de Arolas y otros generales, para calmar, impacencias. Dijo también que siempre había supuesto que el general haría viajes a La Habana, pues su puesto no es siempre mandar una columna y - hasta para dar fuerza a sus argumentos - ha hecho elogios de la iniciativa del general Weyler en Mindanao, comenzando aquella campaña, cuando estuvo en las Filipinas.

"No relevará a Weyler sino en el instante de un fracaso, y entiende que en ocho/^{meses}ha adelantado mucho; pues antes de ir, desde La Habana se veían los incendios ocasionados por los rebeldes, y ahora apenas quedan algunos grupos en esa provincia,

que son perseguidos por la caballería.

"El Señor Cánovas ha dicho, y esta afirmación hay que tenerla en cuenta, que fuera del general Azcárraga, cuyo nombre ha visto indicado en la prensa, no hay nadie a quien pueda enviar a Cuba, y que no ha hablado del asunto con el ministro de la guerra, porque hacerlo supondría alguna desconfianza suya en el general Weyler, que mermara el prestigio del hoy capitán general de Cuba"

Entre las palabras de Cánovas, que daba virtualmente por pacificada la provincia de La Habana, y todo reducido a destruir a Maceo, cuyo nombre contenía todo un plan político, y las de Weyler, había abierta contradicción; pero estaban destinadas precisamente a calmar los ánimos, inquietos por el número siempre ascendente de bajas.

Gonzalo de Reparaz, de quien no se podían tener dudas, porque había sido uno de los que habían abogado por el género de la guerra que Weyler hacía, con un artículo publicado en el Heraldo de Madrid, por el que fué arrestado y amenazado de ser sometido a procedimiento militar, había revelado las condiciones del ejército que España tenía en Cuba y como los que más ahincadamente defendían a Weyler lo hacían por interés pecuniario, por la tolerancia que se permitían sus abusos. Hablando de los soldados españoles: - "¿Sabe usted qué tienen? Exenuación y paludismo, efecto del agotamiento por hambre y cansancio. El soldado padece hambre, mucha hambre, y fatigas sin cuento... y sin sustancia. Ayer me decía uno que se había pasado cinco días con una galleta. No se hace más que un rancho con carne palpitante cuando la hay, y de esta carne se le hace guardar a cada soldado una tajada para todo el día siguiente hasta la tarde".

Se extendía en otras reflexiones similares y decía, refiriéndose a las condiciones existentes en La Habana:

"En el fondo de esta inmunda bahía y en almacenes lóbregos y sin ventanas, o en colgadizos expuestos al sol y al aire húmedo, y aún a la lluvia, se hacinan miles de hombres con o sin sábanas ni mantas. Poco a poco van llegando éstos, luego se hace la botica, luego la comida. ¿Y entre tanto? De allá, de otro hospital, les envían el alimento, y un día falta comida para cuatrocientos. Se manda a preparar sopa con huevo... y luego a las cuatro de la tarde. Al día siguiente, faltan doscientas raciones. Entretanto cada día que pasa el estado paga miles de estancias de hospital a duro diario. ¡Esto sí que es ración buena y saneada! En los almacenes de Regla, Santa Catalina y Hacendados se albergan unos seis mil enfermos. La mayor parte no llevan documento alguno ni los acompaña nadie, de modo que varios de ellos que allí pierden la vida, pierden también el estado civil. Se ha enterrado a muchos sin identificar y éste es el colmo del morir".

Estos hechos, sin embargo, se registraban después de la muerte de Maceo, cuando los ánimos estaban paralizados en todo juicio, porque las operaciones militares continuaban y el fracaso de Weyler era evidente. El desastre sufrido por el general Vara del Rey en Bueycito, probaba que las operaciones distaban mucho de terminarse. Las censuras a la sanidad militar, al mando, a la política que Cánovas hacía, señalaban una tormenta.

Hasta el periódico El Día, que se mostraba bastante objetivo en sus comentarios, sobre los actos del gobierno, había dicho también, bajo el título de Delitos contra el ejército.

"Ayer recogimos graves rumores referentes a la deficiente alimentación del soldado en Cuba.

"Hoy tenemos que consignar más graves rumores, acerca del calzado y vestuario destinado a los valientes de aquel sufrido ejército.

"La prensa de La Habana comienza a formular censuras muy ásperas.

"No concreta aún los hechos, pero los señala.

"El periódico El Ejército dice que hay contratista que sustituye con imitaciones el buen material exigido para el vestuario.

"La prenda que debía durar tres meses, sólo dura uno.

"Así el soldado gasta tres veces más lo que con una sola bastaría.

"No hay que añadir, que al dar la noticia. El Ejército, declara que "le da vergüenza el hacerlo" y que con todo el rigor de la ley debe caer sobre los culpables".

El Imparcial pidió el relevo de Weyler y el castigo de los jefes de intendencia y sanidad. Decía:

"Acaso se diga que al solicitar nosotros como primera e inmediata determinación el relevo del general Weyler y de los jefes de administración y sanidad militar, procedemos con poca justificación.

"Es causa suficiente del cambio que pedimos, haber demostrado incapacidad para impedir tan inícuos saqueos.

"A más de estos relevos deben enviarse a Cuba jueces cuya pericia y honradez sean proverbiales, para que instuyan una sumaria de verdad; y si los que han comerciado con vida españolas no han conseguido borrar los elementos probatorios; si pue-

de acreditarse quienes son los culpables, ¡ah! entonces no hay que hablar de relevos, sino de fusilamientos, por anchos que fueren los galones que hubieran de atravesar las balas del piquete encargado de la ejecución".

Si tales negocios se hacían con el miserable rancho del soldado español, ¿qué no se haría en los poblados con las raciones de los reconcentrados? Si tal era la situación sanitaria de los enfermos españoles, de los combatientes, para quienes ellos tenían los mejores elogios ¿cuál no sería el estado de la población en general, de los campesinos?.

Tanto crimen, tanto bandidaje, tanto lucro inmoral, era precisamente la causa del afecto de los voluntarios hacia el Marqués de Tenerife. Así él les pagaba su cariño. Pero... Cánovas no lo relevó. ¡Ordenó el proceso de los periodistas! .

Revista Policía, julio de 1943, número 20.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Los Gastos de la Guerra de Weyler

Por Juan Luis Martín

Se había calculado, al terminar el primer año de operaciones militares en Cuba, o sea, casi a la llegada del general Weyler, que cada hombre puesto en el país en guerra costaba anualmente a España un total de \$1,250. Hubo más de 200.000 hombres al término del mando de ese capitán general, lo que supone, para todos los egresos militares propios de la campaña, \$250.000.000. El gasto diario, de \$300,000, que había que sostener con el tesoro español, por la paralización total de la economía de la colonia, imponía un desgaste que no tenía paralelo en ninguna de las guerras coloniales modernas. Sin embargo de esos tremendos sacrificios, de los combatientes enviados de la Península, sólo la tercera parte podía entrar en operaciones; los 63,000 voluntarios de que se disponía se encontraban inmovilizados, por falta de adecuada preparación militar; gran parte de las guerrillas se mantenían en los fortines de los ingenios y poblaciones. De este modo, cuando estaban operando sólo 50.000 hombres, había el triple de soldados venidos de España, de ellos más del 50 por ciento que se contaban como bajas más o menos potenciales. En estas circunstancias, resultó, en la guerra de Cuba, que eran más importantes las reservas que los contingentes activos. Los gastos de armamento y transporte ascendían al 25 por ciento del total de los presupuestos.

Los fondos que se levantaron para la campaña, hasta el 24 de febrero de 1896, consistían en \$100.000.000, distribuidos así:

Banco de España	\$30.000.000
Empréstito francés	10.000.000
Pignoración de valores de Cuba	20.000.000
Venta de valores de Cuba	25.000.000
Recursos de reserva	15.000.000

No tiene nada de extraño que se produjese la emigración de capitales, de los propios españoles, cuando las dificultades financieras que planteaba esta situación dejaran anticipar la posibilidad de que el gobierno colonial procediese a la incautación de los fondos bancarios, a la circulación forzosa de billetes sin garantía y a cargas que se

reputaban irresistibles, por los mismos que pedían mayor violencia en la lucha, mayor actividad y energía en las operaciones. Se mostraban impacientes; demandaban "castigos ejemplares", el crimen, todo, creyendo que de esta manera acabarían más pronto las hostilidades. Engendraron el odio, se cerraron a toda concesión y no vacilaron en todo delito — contra sus propios soldados, por concusión; contra el cubano, por venganza. Pedían constantemente más y más fuerzas, aun en los momentos en que anunciaban la próxima y victoriosa terminación de las hostilidades. Bien decían que los buques de la Transatlántica Española se habían convertido en transportes de cadáveres — cadáveres por anticipado, que la mayor parte de aquellos soldados no regresarían a España. ¿Cuánto mejor no habría sido desarrollar una política liberal, de reformas, que permitiese la colonización rápida, con aquellos mismos hombres, pues esos eran los tiempos de la gran emigración española a la República Argentina, México y el Brasil? Ellos preferían otros métodos: les gustaba más la "colonización militar", que ensayarían, según sus cálculos y sus ideas vagas, brumosas, después del exterminio de la población campesina.

Decimos que cada soldado, puesto en Cuba, costaba \$1,250. Para el cálculo total de los gastos de la guerra, en este renglón solamente, hay que restar el costo del transporte y otros gastos iniciales en los soldados que ya estaban en Cuba; añadiendo, sin embargo, las cantidades totales para los que como refuerzos se agregaban. Así, 1895-96 costó \$50.000.000; 1896-97, \$75.000.000; 1897-1898, \$100.000.000 aproximadamente, según los cálculos más moderados.

De acuerdo con los datos publicados en España, había, al estallar la revolución, 13,000 hombres. Hasta el 24 de febrero de 1896, llegaron nueve expediciones, con un total de 117,795 hombres, distribuidos así:

Generales	33
Jefes	514
Oficiales	4.623
Sargentos	3.257
Cabos y soldados	109.362

Las expediciones trajeron los siguientes hombres:

8,593; 7,477; 4,008; 2,961; 9,601; 29,055; 26,639; 9,033 y 18,001, además de 1,400 hombres de Puerto Rico. En la séptima expedición llegaron 2,017 hombres alistados en el Brasil, Uruguay y Argentina.

Las bajas de muerte que reconocían los partes oficiales, durante ese mismo periodo, fueron:

Generales y asimilados... ..	3
Coroneles y asimilados... ..	4
Tenientes Coroneles y asimilados	3
Comandantes... ..	17
Capitanes	51
Primeros Tenientes... ..	101
Segundos Tenientes	54
Capellanes... ..	9
Sargentos... ..	80
Cabos... ..	161
Soldados... ..	3.394
Total... ..	3.877

La distribución que daban a estas bajas era:

En operaciones... ..	286
Por heridas... ..	119
Fiebre Amarilla... ..	3.190
Otras enfermedades... ..	282

En estos cálculos no se consignan las bajas sufridas por guerrilleros y voluntarios, que debieron ser muy graves, principalmente en las provincias de La Habana y Matanzas, donde, en época de Martínez Campos, se produjeron verdaderos estados de pánico, que determinaron muchas deserciones, según dice el capitán general. La indisciplina de los "movilizados" debió ser muy grave, y, por tanto, las bajas en tales contingentes numerosísimas.

Evitaban publicar estadísticas completas de heridos, que pueden calcularse en el cuádruple de los muertos, por lo que se puede apreciar que el primer año hubo unos 15.000 hospitalizados entre las fuerzas de línea, correspondiendo, por tanto, el total de bajas a unas 18.000 o 19.000. Esto explica el aserto de los escritores contemporáneos de que para hacer operar a 50.000 hombres había que disponer de 150.000.

Después de tomar posesión Weyler, le enviaron nueve expediciones, con un total de 111.938 hombres y 40.000 de julio a noviembre de 1896. Esto aumentaba considerablemente, por encima de los cálculos preliminares, los gastos de las operaciones.

En cuanto a las bajas de muerte, reconocidas en los partes oficiales españoles, se admite que en marzo de 1896 hubo 1.000 muertos, número que no se mantuvo constante durante toda la campaña. De conformidad con estos cálculos, resultarían las bajas morta-

les del período de Weyler triple de las que se padecieron en época de Calleja y Martínez Campos. Admitiendo las cifras de Weyler, tendríamos, pues, que hasta el mes de marzo de 1897, habrían tenido, justificando la demanda constante de refuerzos, 12.000 muertos y 48.000 hospitalizados.

Un periódico de Madrid, *El Resumen*, refiriéndose al envío de 40.000 hombres más, en 1896, dice:

"Si nuestros informes no son equivocados, sólo en el hospital de La Habana el movimiento diario es de 150 y hay por término medio 2.000 enfermos, al menos ahora. Si se tiene en cuenta que en estos momentos no es La Habana (julio de 1896) la provincia donde existe mayor actividad militar, se comprenderá que no exageran los que afirman que los 40.000 hombres que van a enviarse en agosto o septiembre, sólo podrán cubrir las bajas producidas desde marzo último, y eso que se trata de los seis meses mejores para la salud de los peninsulares".

27/43

con la...



HEROES Y MARTIRES IGNORADOS

Al pronunciar los nombres de aquellos verdaderos libertadores, que lo sacrificaron todo por darnos patria, debemos como un eco o ritmo sagrado, llegar con el pensamiento a esa legión de mártires y héroes ignorados de nuestra historia patria, de los que no se sabe, ni se conservan detalles de sus martirios y ofrendas. Entre ese gran número, los hay, que perdieron hacienda y porvenir, y al verse en la miseria, sin ánimo para luchar contra lo imposible, sucumbieron de pena, contemplando horrorizados el triste fin que aguardaba a sus familiares. Otros, sin atreverse a demostrarlo, tenían para Cuba un altar en el corazón, aprovechando todas las oportunidades para contribuir a la independencia patria, pero sin recavar el certificado del Comité, para demostrar patente de patriotismo (que hoy muchos explotan).

De los que sí recuerda la historia, en sus páginas más horripilantes, pero en conjunto, porque es imposible entrar en detalles, es de aquella terrible reconcentración ordenada por el carnicero Weyler, y cuyo suceso se celebró con un solemne "Te-Deum" en la catedral de la Habana, en que Weyler, (que en el infierno esté) fué recibido bajo palio por la iglesia de Roma; tanto fué el entusiasmo que despertó ese decreto, del cual se esperaba el exterminio, no sólo de la revolución en armas, sino también de todos aquellos elementos adictos o simpatizadores de la Independencia.

¿Qué pluma sería capaz de describir las escenas que se sucedieron desde el principio al fin de aquel triste episodio? Aquellos infelices campesinos expulsados de su amado bohío, que dejaban con vertidos en ceniza, y de aquellas tierras que tantas veces surcó con el arado y regó con el sudor de su noble frente, arrancados de aquellos lugares en que se habían sucedido de padres a hijos, en

donde las mies de los campos y abundancia de aves y ganados les ofrecían ricas provisiones, para ser lanzados sin caridad alguna a pueblos y ciudades, sin más recursos que los que ellos mismos podían proporcionarse, porque el odio al cubano sólo podía ofrecerles medios de destrucción y muerte, pues hasta la Iglesia del Estado entonces (y hoy semi-oficial), había cerrado sus puertas a la misericordia, para entregarse el clero, en su ardor patriótico, a arrancar los secretos de la revolución, aprovechándose del confesonario, y elevar preces al Altísimo, por el triunfo de las armas españolas, mientras sus obispos se dedicaron a organizar en sus respectivas diócesis, batallones de voluntarios que vinieran a Cuba a luchar con los cubanos, porque, como dijo el Obispo de Oviedo, P. Martínez Vigil: "el triunfo de la insurrección redundaría en perjuicio no sólo de la patria, sino también de la religión católica, cuyas cruces coronaron siempre nuestras banderas".

¡Qué días tan terribles para los cubanos! Por todas partes sólo se veía desolación y muerte. Jamás olvidaremos aquellos cuadros de miseria y horror que hubieran podido ablandar corazones de piedra, si los tiranos pudiesen tener corazón. Como llegaban aquellas familias a las poblaciones formando caravanas, y cargadas con lo que habían podido salvar de la rapiña de los guerrilleros, que a título de patriotas arrasaban con cuanto podían. Agotados los recursos al poco tiempo, se lanzaron a pedir limosnas, para recibir en lugar de pan, groseros insultos de la canalla, que al implorar la limosna, les contestaban: "**anda a trabajar, mambí**", sin que el infeliz pudiese contestar: ¿cómo trabajaré, asesino, si me lo impedís? Fueron tantos los insultos, que los hombres determinaron quedarse en casa y que las mujeres saliesen a pedir limosna, creyendo que

eglesia
Cuba
de la...

con ellas las hienas serían más compasivas, y se lanzó a la calle aquella procesión de espectros, cargando con sus moribundos hijos, para inspirar compasión. Pero de aquel cuadro de miseria se aprovechaban los desalmados para procurar saciar sus apetitos animales, y procurar a cambio de pan, la deshonra de esas santas mártires, que entre el hambre y la muerte, esperaban algunas, a cambio de su cuerpo, salvar la vida de padres, hermanas o hijos, sin pensar la infeliz, que una vez realizado el ultraje a la mujer cubana, sucumbiría de miseria y vergüenza, sin alcanzar compasión del victimario.— ¡Miserables!

Varias veces repartimos entre aquella multitud, raciones de comida, lo mejor condimentada posible a cien o doscientos reconcentrados, que esos días mitigaban un tanto el hambre:—testigos nuestros vecinos en Matanzas—Pero, ¿qué era esto para tantos y luego el peligro que políticamente significaba darle de comer al reconcentrado? Otra vez fuimos al "Palmar de Junco" (Matanzas) a donde se había construido un barracón de madera, para almacenar como fardos a los reconcentrados, para que no diesen el horrible espectáculo de morir en las calles o portales de las casas, y allí nada se les facilitaba; sólo esperaban la muerte y el carro de la lechuza, que dos veces al día iba a recoger, los que la muerte más piadosa que los verdugos, los libraban de sufrir; nos acompañaba mi esposa, mi hermano Manuel y el señor Eduardo López Centellas, hoy empleado en el Gobierno Civil de Matanzas. Lo que allí presenciábamos no es para describirlo: cuanto llevábamos destinado para limosnas, y cuanto en el bolsillo había, allí quedó, mientras que nos llevamos en el corazón, para no olvidarlo jamás, las desgarradoras escenas que allí presenciábamos.

Otra vez, en el Cementerio de San Carlos, entonces en poder del clero español, infinidad de cadáveres permanecían insepultos, esperando de los familiares supervivientes, los derechos de enterramiento, de los que habían muerto de hambre; y en la fosa común, sin respeto a sexos o formas en que caían los cadáveres, paletadas de tierra cubrían para desaparecer eternamente, a esos mártires y héroes ignorados de la horrible reconcentración.

Los grabados que ilustran este trabajo histórico, dan a conocer a la presente generación mejor que lo que puede hacerlo la pluma, las escenas que tratamos de describir, y pueden recordarle a los que disfrutando del festín nacional, han olvidado con las glorias del triunfo, el via-crucis andado para llegar a la libertad, y recordarles que sobre las conciencias de los que explotan y degradan la patria, a títulos de profesionales del patriotismo, irá a pesar ese gran crimen que conmovió al mundo por la magnitud del sufrimiento que representó.

Jamás la Historia, escribirá las páginas necesarias para conservar lo sucedido, porque es imposible para el historiador penetrar en los secretos del hogar, o en el torturado corazón de la mujer que vendió su honor por un pedazo de pan, ni en las penas de la madre, que ve a su hijo morir de hambre, sin otra esperanza que la de ir pronto a reunirse con él, despedaza el alma. Jamás la patria podrá pagar tanta pérdida, ni hay empréstitos posibles, porque no hay oro bastante en el mundo, para indemnizar sufrimientos y ofensas morales, que si se fueren a justipreciar, perderían todo el valor que representan, y la historia sus páginas más valiosas, para demostrar al Mundo, que Cuba, cuenta con un martirologio tan digno para al-

canzar su libertad, como cualquiera otro pueblo del mundo, por grande que se considere, y por el mismo que no podemos indemnizar tanto dolor, tenemos el deber de pedir en memoria de tanto sufrimiento, con respeto y decoro para la República, que tan caro costó; que no se diga nunca para baldón del patriotismo, que aún algunos cubanos traidores que explotan la patria, empañan el ideal, pretendiendo erguirse en casta privilegiada, para lanzarse como buitres sobre la República para venderla o prefieren la anexión extranjera antes que conservarla libre; ni se diga con verdad, que la República subvenciona a unos aún húmedas de sangre cubana, o plumas, que siempre escribieron para ultrajarnos y ofender a la siempre heroica y digna mujer cubana.

Recordamos con gratitud algunos soldados españoles que partían su rancho con algunos reconcentrados, pues entre el elemento de tropa, hubieron muchos que obligados a la fuerza tomar las armas contra hombres que reclamaban un derecho, no estaban conformes con la crueldad y despotismo de sus jefes. También las sociedades misioneras de la **Iglesia Episcopal**, por mediación de la distinguida señora América Goicurria, en la Habana y del Rvdo. Pedro Duarte, en Matanzas, auxiliaron y salvaron de una muerte moral o material a muchas personas. Del Asilo de la Iglesia Episcopal en Matanzas, aún hay señoras que ocupan buena posición social, que si llegan a leer estas líneas tendrán un recuerdo de agradecimiento para los que colaborados en la santa caridad facilitaron los medios de remediar sus apremiantes necesidades.

Ya que nuestro inmenso jardín tropical no tiene flores suficientes para poder adornar las tumbas de tantos mártires y héroes ignorados, consagremos con el recuerdo de tanto sacrificio, el propósito inquebrantable de ser dignos de la libertad que a tan caro precio se conquistó y que los "pinos nuevos" sepan el precio de su libertad.—F. Díaz



Víctimas de la Reconcentración ordenada por Weyler.



Víctimas de la Reconcentración ordenada por Weyler.

Actitud del Ejecutivo al ocupar Weyler
el f. de Cuba

- X Agregar más de la actitud antieubana de Olney 241-243
- X El Pte Cleveland trata de anular la actitud del Congreso 177
- X Informe al Pte 178
- X Opinión pública 179
- ↳ Prensa etc 180 (buscar conf. prof. notables)
- X Compendio del Pte y el f. de España 182-186
- X Nota Olney 4 ab 1896 186, 192-200
- Actitud capitalista Atkins 148, 160, 188, 230, 231
- ↳ X Retirada del Consul Mathans 190
- Formamiento del Consul Lee 191.
- X Instrucciones de Olney a Lee 191
- X Lee ante español 191
- X La Cancillería US vs Cuba Lee 191, 192, 241-243
- X Nota Olney 4 ab 1896, 186, 192-200
- X Actitud de España ante la nota 200-205.
- X El f. de España aliado de España, persecución y peticiones 204-209

lo chusma de ~~mis~~ mis
ganado, ~~descepcion~~ indiscipli
nada y hombres escandalos
con ellos.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

- 63
- X Cien saló electo Mc Kinley 269
 - X Hanna, el millonero por lo hizo
Pte 271
 - X Gabinete 271, 273
 - X Política respecto a Cuba 270,
272, 274 271
 - X Consejo de Reed, 271, 291
 - X Lee ratificado Consul General.
275-276.
 - X Situación embarazosa de Sur
Jay del ^{nº 74} por 277
 - X Atkins sigue acensuando 278.
 - X Reencantación
284 - - - 307.

X Alusiones directas a Weyler
213-217, 218, 227, 228, 229, 233
234, 235, 236, 237, 238, 239, 241, 242
247, 248, 276, 278-284, 307, 340

X El diplomático y periodista inglés Akers
reconoce pyzansa Rev. 212-217

X El Weyler en su antecesor, Brooks, reconoce
pyzansa R.L. 217-218

Opinion de Lee sobre las trochas 220

La clase ultra-arbana con el R.L. 222-

X Informacion de Lee a Olney 220-221

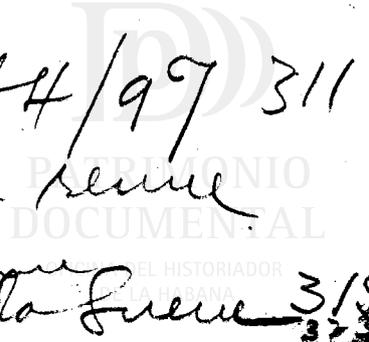
~~El Reconocimiento
276, 281, 307~~

X Cambio actitud Lee vs. C.L. 310
después del fracaso de
Weyler

— incapacidad de España oct 4/97 311

— El día antes de ir a Weyler se reúne
Asamblea La Jaya, 312 ^{después}

— Woodford en finis de la guerra 315



Informantes de Olney en Cuba:

Aters (212-217)

Brooks (217-218)

Placé (219)

Plum (220)

Consul Lee (#220 y sigs):



U
 Verdad de Montoro y los autas 186-188
 221, 230, 231, 232, 233, r
 239, 291

Cruzma eno yea vs Cuba Libre 209-212

The Papers of Richard Olney, in The Library
 of Congress, Washington D.C.



PATRIMONIO
 DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
 DE LA HABANA



JULIO ROMANO

W E Y L E R EL HOMBRE DE HIERRO

Un volumen ilustrado
con láminas: 5 ptas.

Este general español tiene su nombre envuelto en las más terribles leyendas de crueldad y fiereza. La guerra de Cuba es él. Y la guerra es siempre crueldad, odio, sombras, que en esas épocas pasionales naturalmente caen sobre los caudillos enemigos. Y, sobre todo, en los caudillos terribles y peligrosos como Weyler. Hombre admirado por muchos, odiado a muerte por otros, ¿qué fué en realidad? El libro de este maestro de la biografía moderna, que es Julio Romano —recordemos que su libro *Pedro Antonio de Alarcón, el novelista romántico* mereció el premio Fastenrath de la Academia—, ha logrado darnos la visión más real, humana y sincera de este hombre, que fué un gran carácter.

El libro de Julio Romano no sólo es el relato anecdótico, supremamente ameno, de la vida del héroe en sus años primeros, en sus fantásticas luchas de las maniguas cubanas, en sus intervenciones en la vida política española, sino un buceo hondo en aquel espíritu sencillo y fuerte, que no sabía temer. Esta biografía, como las más admirables de los modernos biógrafos franceses, no retrocede ante la intimidad familiar y amorosa, aunque siempre sea respetuoso y comprensivo, y esta sinceridad íntima da un mayor calor de humanidad a la biografía. Las debilidades amorosas del caudillo, las genialidades de su mal carácter, las pequeñas manías que se reflejaban en su vestir desaliñado, en su cicatería financiera, aumentan el interés agradable de esta nueva obra.

Ha sido publicada en la admirable colección de "Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX", y está ilustrada con láminas.

Del mismo autor y en la misma colección: *Pedro Antonio de Alarcón, el novelista romántico*, 5 pesetas.

El panorama del siglo XIX, visto a través de sus personajes más representativos, adquiere en estos libros una vitalidad extraordinaria y apasionante interés.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

68

**"WEYLER, EL HOMBRE DE
HIERRO"** Por Julio Romano.
Colección "Vidas Españolas e His-
panoamericanas del siglo XIX".
Editorial Espasa-Calpe. Madrid.

Este general español, sin duda una de las más destacadas figuras de su ejército en la Restauración y al largo del tempestuoso período final de la historia colonial española, llega al fin a la etapa en la cual el juicio crítico se ejerce sobre su personalidad con garantías de imparcialidad y serenidad que no podía tener en vida. Sobre todo en relación con él, sus contemporáneos no pudieron ser jueces fidedignos. La guerra de Cuba en su fase semi final, fué personalizada, justa o injustamente, en él. Y la guerra por sí misma es cruel, pasional, culminación de odios, negación casi siempre de todo impulso de justicia y generosidad. Weyler, así, admirado por muchos, fué odiado por muchos también. Y su nombre estuvo envuelto en sombras de leyenda —casi siempre sombría y adversa—. ¿Qué hubo de verdad en esos juicios? Empezará ahora a ser posible dilucidarlo.

Julio Romano ha abordado noblemente esa tarea. Del relato anecdótico, extraordinariamente ameno, que es este libro, resalta la vida del general español al hilo de su carrera espectacular, con relieve viviente. Sus campañas en la manigua cubana, su gobernación en Filipinas, sus intervenciones políticas en España y todo el fondo bizarro de una naturaleza de suprema integridad —aún al precio de muchas otras grandes cualidades frustradas en ella— aparece con claros perfiles. Hasta la intimidad sentimental del general, escasamente conocida por el público, halla su proyección en la biografía.

Esta, sin duda, apasionará a miles de hispanos que, en los últimos períodos de la historia colonial española, vieron por muchos años el nombre de Weyler destacado con caracteres luminosos, unas veces execrado, otras exaltado por admiradores y adversarios —todos coincidiendo en el reconocimiento de su personalidad briosa, singular, excepcional.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

POR EL DR. BENIGNO SOUSA.

Weyler, Patilla de Mono
 Weyler, Verdugo mio,
 tu ves como yo no lloro.
 (Rumba de la época).

El noble pueblo cubano
 con ser libre se consuela,
 olvidando a Fonsdeviela,
 y al canalla Valeriano.
 (Copia popular).

Mi querido Valeriano
 cuando te vayas de aquí
 te llamarás Valeri
 por que habrás perdido el...
 (Copia guajira).

EL LIBRO

HACE unos días llegó a la librería de Valentín, a "Minerva", uno de los tomos, el último de esas biografías que con el rótulo de "Vidas Españolas e Hispano Americanas", publica la Empresa Editorial "Espasa-Calpe".

El título del tomo, Weyler, la vida de aquel personaje, ridículo y siniestro a la par, mejor, infinitamente mejor, o peor conocido en Cuba que en la tierra de su nacimiento, atrajo nuestro interés y nos hizo leer el libro.

Jamás, en ningún trabajo histórico de los publicados en la Península, sobre nuestras guerras de Independencia, y conste que los hay saturados de mentiras formidables, jamás, decimos, se ha enhebrado por un escritor, sarta más fantástica, más disparatada, de hechos imaginados, que nunca han sucedido, mayores incongruencias, dislates más garrafales, desconocimiento tan absoluto, no ya de la geografía de los lugares, de la cronología de los hechos, de los sucesos, de lo que son combates modernos, sino hasta de los mismos personajes españoles, citados por el autor.

WEYLER, UN ROCAMBOLE.

Weyler, no aparece en los capítulos de la obra del señor Julio Romano, autor del libro, como un personaje de carne y hueso. La serie de sus falsas aventuras, increíbles, sólo se pueden encontrar referidas en la Iliada, o, más bien, en los ínfimos novelones polichinos: Rocambole es un niño de teta frente a Don Valeriano y para encontrarle a éste su digno pendant, sería preciso hojear las páginas más grotescas de un Salgari; juntar y barajar a matasietes, espadachines, bufones, mozas de partido, pugilistas, iyambas, diablitos y hasta souteneurs, todo ello en revoltijo con el Cid Campeador, el Empecinado, Pata Cumbá, Boves, Don Juan Tenorio y que sé yo con cuántos per-

sonajes más. El ajíaco resultante, ése sería Valeriano Weyler, pintoresca especie de cagot, al que, encerrado en su mugre, hemos conocido todos en Cuba por su remoquete. Patilla de Mono. Nosotros los cubanos sí podríamos apuntarle, a su erudito biógrafo, muchos y muy regocijados episodios, de los acaecidos a Don Valeriano en su larga vida, no sólo en Cuba, sino en la misma España y que olvida o desconoce el autor.

Naturalmente, no se comentan las fantasías, y fué por eso, y a pesar de la indicación de algunos amigos, que renuncié a notar los errores amontonados en este volumen, y no quise desmentir sus trápales probablemente sopladas al oído del ingenuo señor Romano, por su protagonista, el trapalón más grande que jamás haya existido en ningún país. No, este libro, remedo bufo de la Iliada y de los libros de la Caballería, no se podía tomar en serio. Los combates actuales, con el fusil Mauser, difieren un poco de los descriptos por Homero, y era, o es todo el libro, la más desmorecida guasa, la más divertidísima chunga, desde el principio hasta el fin.

Pero el ejemplo del distinguido escritor cubano, señor Roig de Leuchering, anotando el libro, tomándolo en serio, me indujo a rectificar mi propósito y a echar, también mi cuarto a espadas, tomándolo por el otro lado, por el reverso, por el de la risa. Aquel chisgaravis, cubierto de oro y medallas, perfecto rey y señor del bluff, yendo y viniendo, coleando y estercoleando como una Salamandra, entre los incendios, robos, destierros y ejecuciones, nunca logró asustar, en-

tristece, y menos hacer llorar a nuestro buen pueblo, a Liborio. En el climax de su proconsulado, las negradas jubijosas canturreaban por las calles, muertas de risa:

Weyler, Patilla de Mono,
 Weyler, verdugo, mio,
 tú ves como yo no lloro.

WEYLER, POLICHINELA

Así, pues, lo primero que disuena, antes de abrir este libro, en su carátula misma, es el título aplicado por el biógrafo al exiguo, al recortado retoño de judíos alemanes y mallorquines. Lo llama "Hombre de Hierro". Vamos, no nos haga reír, Don Julio, Weyler o Gilelejea, otro de sus apodos en Cuba, fué, más bien que éso, un polichinela de hoja de lata y esta sustancia, maleable y vulgar, estuche de

aceites y de conservas, este substratum de pacotilla, es la más adecuada, sentaría mucho mejor para refundir a su hombrecillo, que no el hierro, heróico y marcial.

Y le voy a explicar, querido señor: Weyler, tomado por lo serio en la España de la Restauración, no seguramente por los Pi y Margall, los Estévanez, los Morotes, los Burell, los Reparaz y otros, sino por los Julios Romanos, fué en Cuba tenido, sépalo bien por un tipo de relajo, choteado hasta lo infinito, asordado a trompetillas por un tal Maceo en Pina, del Río y al que otro tal Máximo Gómez clavó, junto al final de su nombre, sucio y mal oliente, allá por la Reforma, un rabo a trece meses de jargo.

Todo se explica porque ustedes ahí no conocieron a Weyler sino por la parte de afuera, por el pellejo, y nosotros aquí, por todas partes, encueros vivos, por fuera y por dentro, por su interior, por el intestino, como quien dice, y sabemos mejor que nadie lo que encerraba dentro de sí el homúnculo, tan incensado por su pluma.

LA RELIQUIA RESERVADA

Aquí, en este país, en Cuba, cuando la segunda guerra por la Independencia, en el 96, se le amputó a su apelativo el Valerí y se quiso dejar para regodeo de sue idólas, tras, (¿lo es usted, Julito?), el resto de su nombre y éso, como un homenaje rendido, como una reliquia reservada a los practicantes de su culto, que parece aún, tiene feligreses. Pero todo es ¡Ay! frágil, deleznable, movedido en este mundo sublunar y, por desgracia, este respetuoso deseo no cristalizó, no se pudo llevar a cabo, por culpa de un otro tal, de un Quintín Banderas. Arremetió este Quintín sobre las tres letras que le habían dejado al General, sobre la cola,

se puede decir, y no le dejó sana, siquiera para remedio, una sola de esas tres letras, y le explicaré, buen amigo, cómo aconteció este estupro irreverente.

En cada ocasión, cuando el insigne soldado, émulo de Gonzalo Hernández de Córdoba en Barleta, tras largas horas de meditación poliorcética, de polémicos insomnios y de la versión de profusas millonadas, levantaba, digo, alguna de las 17 trochas por él construidas, maravillas de la fortificación, entonces, cuando ya estaban terminadas, guarnecidas y lis-

tas, surgía guason, por donde menos se le esperaba, el maldito negro, éste Quintín de los diablos, seguido por la salvaje legión, por sus compañeros; caía sobre estas portentosas obras del ingenio militar y no les dejaba, créame, amigo mío, un pliegue sano, pasándolas y repasándolas a su antojo y cuántas veces lo quiso. Nuestro Gran Capitán, como todos saben, salió de Cuba rico, muy rico; pero, como hemos visto, sin el Valerí y sin el resto y pasado por la piedra, moralmente, se entiende, por Quintín. Como tal vez no comprenda usted este dicho cubano, puede informarle su significado el señor Manuel Serafín Fichardo, Embajada de Cuba, Madrid.

ALGO EN SERIO

Ahora, algo en serio, por respetos a usted, señor Romano, y no a su Tersites, mal disfrazado de Aquilés. Pasemos por alto las inexactitudes consignadas sobre la campaña de Santo Domingo y rectifiquemos sólo dos de ellas. Desde luego, es falso que muchas veces durmiera Weyler bajo el mismo techo que Gómez, Oficial, no del Ejército Español, sino de las Reservas Dominicanas, porque es sabido cómo al partir La Gándara de Bani, fué Máximo Gómez nombrado Secretario del Ayuntamiento de San José de Ocoa, donde era Corregidor el Brigadier Heredia, y nunca tomó, por tanto, parte en las operaciones llevadas a cabo por las columnas españolas.

Su otra inexactitud: esas hazañas de Weyler en Monte-Cristi, cuyo lugar y hecho de armas, no se adivina, por el contexto del libro, si ocurrió en Cuba o en Santo Domingo, y en donde aparece Weyler, Teniente Coronel de Caballería, grado conferido de seguro por usted, pues sólo era uno de los cuatro Comandantes de Estado Mayor, concurrentes al sitio y rendición de la plaza. Usted lo proclama el héroe de ese porfiado sitio, y la verdad es que no lo menciona, una vez siquiera, en su detallado relato, el Teniente General La Gándara, que fué quien tomó a Monte-Cristi, y no el obscuro Comandante, a las órdenes de su Jefe entonces, el Coronel de Estado Mayor Don Félix Ferrer.

CAZADORES DE VALMASEDA

Los Cazadores de Valmaseda fueron organizados por Weyler, sí, es verdad, y operaron bajo su mando, cuando la Guerra Grande, pero no fue formado este batallón, como dice, por negros, sino por licenciados de presidio, vagos y parásitos, casi todos peninsulares y, por lo tanto, blancos. La guerrilla de este batallón, esa sí se reclutó entre hombres de color, y jamás estuvo Weyler por la Ciénaga de Zapata, lugar apenas mencionado en la Guerra de los 10 años.

Dice usted: (página 48.) "Los cazadores de Valmaseda se distinguen en los combates por su arrojo y crueldad; está formada esta milicia por unos cientos de hombres, que sienten la voluptuosidad de matar, y el placer del riesgo constante...—Weyler persigue con sus hombres, como galgo a la liebre, al jefe insurrecto Máximo Gómez, que le disputa el terreno y la nombra, día... Poco después, Máximo Gómez dejaba el Campamento y huía con sus soldados"...

Estas loas y estos juicios los comentará, elocuente, el hecho real, histórico, escueto y sin comentarios, tomado de las mismas fuentes mi-

litares españolas y que pasamos a relatarle:

La primera y única vez en su vida, que se topó en la manigua ese 'arrojado y cruel' batallón de Valmaseda con Máximo Gómez, lo fué en la tarde del día 2 de Diciembre de 1873, en el Sao de Palo Seco. Nunca pudo suceder este acontecimiento antes, porque la zona de este Batallón lo era el Este de Camagüey y las Tunas, y hasta ese año 73, año de la muerte de Agramonte, no pisó Máximo Gómez la tierra Camagüeyana; hasta entonces no había salido nunca de Santiago de Cuba, donde se conocía por el Pino de Baire, Ti Arriba, La Socapa, La Indiana y por "La Chamusquina", que así bautizaron los insurrectos a la Invasión de Guanátamo. Nunca se vieron Weyler y el Caudillo cubano en la del 68.

EL SAO DE PALO SECO

En este día y en este año se tropezaron, por la primera vez, se conocieron, fué la presentación, se puede decir, del uno y de los otros, de la "tímida liebre", Máximo Gómez, y "los fieros galgos" del batallón de Valmaseda. ¿Y sabe el señor Julio Romano, un tanto ignorantacci de la campaña de Cuba, lo que allí pasó? ¿No? Pues yo se lo voy a contar, o mejor, prefiero que se lo diga en su opúsculo sobre la Guerra de Cuba el Brigadier del Ejército Español, Acosta y Albear, actor en esa campaña del Camagüey. Dice este General español en su página 27:

"Entre tanto seguía su natural curso la guerra, habiendo tenido lugar el día 2 de Diciembre de 1873, la acción de Palo Seco, en la cual la columna del Teniente Coronel Vilches, compuesta del batallón de Cazadores del Valmaseda, (oiga bien, Julito) y de 175 guerrilleros, fué atacada y destrozada por Máximo Gómez, muriendo aquel jefe, un Comandante, 26 oficiales y más de 400 individuos de tropa, (fueron 507 el número exacto de los macheteados), siendo hecho prisionero el

Comandante Vicente Martitegui que con 50 hombres más (fueron 60), que pudo reunir, se refugió en un fuerte en ruinas, con ánimo de defenderse... el enemigo, honrando su valor, le trató con la mayor consideración, y le devolvió la libertad, así como a todos los prisioneros, sanos y heridos".—Observe Julito el "odio de Gómez a los españoles" de los cuales jamás fusiló un solo soldado prisionero en las dos guerras.

CORRIERON MAS QUE LOS CABALLOS

¿Conoce el señor Julio Romano por qué he dicho, "la única vez", sabe por qué no volvieron a encontrarse después los fieros cazadores y el tímido General mambi? ¿No? Pues también se lo voy a decir. No se encontraron, mi amigo, ya más nunca, porque los cazadores de Valmaseda desaparecieron para siempre del mapa de la guerra. El Capitán, General Jovellar disolvió, rayó de los cuadros esta unidad, ya que sólo escaparon con vida, en la sabana de Palo Seco, diez o doce cazadores, y eso, porque a pesar de ir a pie esos bravos, fueron más veloces, corrieron más deprisa que los caballos de Gómez. He aquí, querido historiografo del tantas veces nombrado batallón, un bello epitafio para estos "tigres", y una hermosa etiqueta para los que se salvaron: Huyendo, corrieron más que los caballos.

NOTA

La Columna de Gómez, la componían 300 caballos y 200 infantes. Tuvo en esa función tres muertos y quince heridos, ni uno más ni uno menos. La verdad es, querido Romano, que la liebre se trasmutó en lobo, y los galgos en tímidos conejos.

¿CUANTAS LAGRIMAS SE HUBIERA AHORRADO!

Yo me permitiría sugerirle que en su próxima segunda edición, imlente al General Jovellar; suprima todo ese canto épico, entonado a los bravos cazadores, y ponga en su lugar alguna otra cosa de mayor veracidad, v. g. que Quintín estaba castrado, o que Manuel García era hermafrodita. Eso sería muy bello y, sobre todo, original.

Caida la cortina sobre Palo Seco, reflexionemos. Fué una desgracia para España (¡cuántas lágrimas se hubiese ahorrado la noble nación!), que no estuviera Weyler al frente de su cazadores en esta jornada; y digo una desgracia, porque si se encuentra él ahí, no le valen marrullerías ni Julios Romanos. Se queda entre el espartillo, para pasto de las Auras y de los Jibaros, con el cráneo abierto de un machetazo, como le pasó al infortunado y valeroso Vilches, su sustituto en el mando de la columna; de haber estado él allí, tal vez no ocurren para España la pérdida de sus colonias, ni la humillación de París, frutos, a no dudar, del maldéfico juicio mallorquín.

Y como para muestra basta un botón y son tan veraces como éstas del "Batallón de Valmaseda" las 221 páginas del libro, queda éste

desmentido en todo y en parte, de una sola vez y para siempre, con este episodio, con la decapitación de Agramonte, lo de Castillo, lo de la "Loma de Candela", la aventura trucejenta con la hermosa cubana, los frustrados asesinatos y los ataques nocturnos. Jamás marcharon de noche, por lo menos en el '95, las tropas españolas. No ha leído usted un solo parte oficial de la guerra, la Prensa de entonces, ni siquiera "Mi Mando en Cuba". ¡No ha leído nada, Julito!

LO PARIÓ SIN CONSULTAR CON NADIE

"Weyler" es el fruto, la concepción, el parto de milagrosa partenogénesis. Lo concibió, gestó y parió usted solito, sin ayuntamiento alguno, sin una sola consulta, sin consejo de nadie. Y esto es más curioso cuando se considera, que este modo de concebir, se creía hasta ahora sólo propio de ciertos insectos. Es usted un fenómeno, Julito; es el primer humano que se transforma, por mérito de su obra, en insecto, pero la imaginación no es la facultad más propia para obras históricas. Tendría usted más éxito, amigo Romano, en la novela de aventuras. Salgarí es buen modelo.

DECAPITACION DE AGRAMONTE

Todo este capítulo, desde el principio hasta el fin, es una ristra de enormes infundios, recogidos, seguramente por el autor, de la propia boca de Weyler. Agramonte no fue "salvaje", "estúpido", "cruel" ni "fanfarrón". Ignacio Agramonte, jovencito, (usted debe ser muy joven, señor Romano; aquí en Cuba no lo hemos oído nunca mentar) fué abogado prestigioso, orador brillante e ídolo de la juventud cubana, por sus excelesas virtudes en la corta, pero gloriosa trayectoria de su vida; no tiene, en la Historia de Cuba, más que un rival o un compañero, y ése es un señor llamado José Martí, al que, supongo, conocerá usted, aunque sea de oídas. De éste "salvaje", de éste "estúpido", en parangón con Céspedes, dijo ese Martí en famoso discurso: "De Céspedes el ímpetu y de Agramonte la virtud. El uno es como el volcán que viene tremendo e imperfecto de las entrañas de la tierra, y el otro es como el espacio azul que lo corona... De Céspedes el arrebató, y de Agramonte la purificación..."

¡Vamos! qué más querría usted para sí Don Julio, con todo de no ser "salvaje", que después de su sensible fallecimiento, cuando éste ocurra, bocas consagradas en su país dijieran de usted lo mismo dicho por Martí de ese "estúpido" de Agramonte.

Con referencia a la muerte de éste, causada, como todos saben, por el azar, no tuvo Weyler más intervención sino la de organizar, escoger las unidades y formar la columna del Teniente Coronel Rodríguez de León y transmitirle órdenes para su salida, de acuerdo con sus funciones, de Jefe de Estado Mayor del General Fajardo. Jefe a su vez de la División del Centro. Cumplió, pues, un trámite reglamentario nada más. No estuvo, como se ve, en Jimaguayú donde cayó Agramonte, ni tampoco los de Valmaseda; fueron los tiradores de la sexta Compañía de León los que dieron muerte a nuestro Bayardo; sí, Bayardo, Julito, aunque usted lo tilde de salvaje, estúpido y fanfarrón.

ECOS DEL AGUACATE

Antes que se me olvide, Romano, debo explicarle algo, referido por usted en la página 117. Usted dice: "Weyler expelía un tufo acre y repulsivo; con él hería al que se le aproximaba".

Lo creemos: siempre fué él, por lo menos en Cuba, donde son muy populares los baños de aseo, su enemigo jurado. Aunque tal vez lo del tufo, acre y repulsivo, pudo depender de sus miseros intestinos. El General sufría, todos lo saben, de una vieja y rebelde Colitis, adquirida en Filipinas; y como era terriblemente goloso y fervido dilectante del Aguacate, sus médicos tuvieron, aquí, en la Habana, que proscribir de su mesa a la detonante fruta. Tal vez esos tufos, señalados por el biógrafo, serían aromas del Escatol, residuos del Aguacate. Esto de los gases de Weyler, tiene gran importancia, Julio, aunque usted lo dude. Si dijo Zola que "una piedra en la vejiga de Napoleón III y viene abajo el Imperio", muy bien se puede decir de Weyler que unos cuantos vientos atravesados, uno cefirillo infecto, que dijo Quevedo, y se pierden las colonias. Esa pertinaz dolencia intestinal explica, como la fístula de Luis XIV, su política antillana y su "Mando en Cuba". Nueva sugerencia, Julio: para su otra edición. ¿No sería mejor sustituir la viñeta de la portada, el guantelete de acero, por un Aguacate?, eso sí, maduro por aquello de ¡Aguacate maduro!, etc., etc.

EL JAGUEY DE CABANIGUAN

Romano, pág. 176... ¿y es cierto, mi General, que volvían trayendo agrarradas por los pelos las cabezas de sus contrarios? ¿Es verdad o no que ensartaban a los niños en las bayonetas?

Weyler.—¿Qué cree usted que es la guerra?... En la guerra los hombres no tienen más que una consigna: matar..."

Vea usted, querido Julio, ya esto es harina de otro costal, ya se ajusta usted a la verdad, mejor dicho, esta es la sola, la única verdad deslizada, escapada de sus manos, parece, en esas 221 páginas de su amenisima historia. La columna de Weyler sí fué terror de las pacíficas poblaciones, como bien dice usted y de los lugares por donde aparecía. Muchas mujeres cubanas, algunas, señoras distinguidísimas, las señoras de Mola, exterminadas a machetazos, junto con sus menores hijos; las 28 mujeres—algunas embarazadas—muertas a machete en "El Infierno", muchas, muchas fueron asesinadas; pero nadie parabamientes en eso, en medio de aquella guerra salvaje y sin cuartel, como lo fué la de los Diez años. Pero el suceso ocurrido el día 4 de Octubre de 1871, en el Jagüey de Cabaniguan, ése no tuvo igual, y fué funesto para Weyler, como se verá después.

LAS MUJERES CUBANAS, FUSTIGADAS

En ese día sorprendió la columna del Brigadier en una ranchería de este lugar, a los dueños de aquel gran predio, a los sobrinos de Francisco Vicente Aguilera, a los jóvenes Eugenio y Augusto Odoardo, macheteados en el acto en unión del negro calesero y del peón de ganado de la finca, negro también; fueron apresadas, además, varias familias, junto con el anciano don José Palma, Pepe Palma, rico hacendado y su hija Herminia, joven, hermosa y distinguida señorita de la mejor sociedad de Bayamo. En marcha para Tunas la columna ordenó el Brigadier pusieran en cueros a todas las mujeres prisioneras, orden cumplida en el acto, con fruición, por sus guerrilleros, más que por nadie, por Herminia, bellísima mujer, de familia acaudalada, como le dije. Las mujeres, entre súplicas y llanto, echadas en el suelo, se negaban a levantarse, y menos a caminar en las filas de los soldados, entre las burlas atroces de los guerrilleros. Airado el Brigadier, dió orden entonces para azotar a estas infelices, hasta hacerlas obedecer, y a latigazos las hizo marchar, desnudas, al

paso de su columna. A poco llegó la noche y acampados en "Mal País" fueron violadas, todas estas pobres mujeres por la guerrilla de la columna. la primera entre todas, Herminia, y ésta lo fué casi en presencia del anciano Palma, amarrado junto a ella, y cuyas quejas y lamentos oía el infortunado padre. Al otro día, en marcha para las Tunas se tropezaron con el General español Morales de los Ríos. Indignado este caballeroso militar, increpó duramente al Brigadier, se hizo cargo de las mujeres, las hizo vestir con trajes de sus soldados, y desfiladas, desplomadas las miserables criaturas, sin poder marchar apenas, las dejó subir el piadoso General sobre las carretas de la impedimenta, llegando a la caída de la tarde, con su lastimosa caravana, a las Tunas. El viejo Palma había enloquecido en el trayecto, y su hija Herminia murió a los cuatro días de Peritonitis; horriblemente lastimada, desgarrada, en aquella noche abominable. Sobre ella se encarnizaron los guerrilleros, bien por su belleza, por castigar sus frases contra el Brigadier, durante esa mañana, y también por humillar, con estos ultrajes, a su orgullosa parentela, toda ella mambisa. Don José vivió muchos años en Manzanillo, donde acabó sus días sin recobrar la razón; recuerdo, vivo en aquel poblado de la lúgubre tragedia, del repugnante episodio weyleriano don de murió la interesante niña, muy conocida en la sociedad manzanillera.

—Aquí tiene usted, Julito, nombres, fechas y acontecimientos auténticos para poder completar en su próxima edición, este capítulo de su obra, vivida y coloreada.

EL SÁDICO BRIGADIER

—Sin embargo esta pobre hazaña, buen Romano, fué censurada, aún en medio de aquella guerra salvaje provocó acres comentarios entre Jefes del Ejército español, y tal indignación, que se impuso más tarde destituir al sádico y degenerado Brigadier. Estas, y no las que usted señala, fueron las causas de su salida de Cuba.

—En honor a la verdad, y por el decoro de la raza, la violación, aún aislada, no fué un delito frecuente en ninguna de las tres guerras de Independencia, lo mismo en cubanos que en españoles; pero así, pública, impuesta como un castigo, ordenada por la autoridad, como sanción punitiva, jamás sucedió sino en este caso que le refiero, amigo Julito. Estaba reservado a su héroe establecer este "record", explicable y muy común entre alemanes, pero muy raro, es lo cierto, entre los de la raza española.

—Usted, que tan bien conoce la historia de los hombres de su país y de América, usted, que es muy inteligente, infiero, por su libro, convendrá conmigo que para arrastrar, para seducir a las gentes nuestras, digo así, nuestras, porque no creo a usted, Julio, un chuetá, para ello es preciso otras cosas, otros gestos.

Cruelés fueron Boves, Morillo, Molina, pero se justifica la admiración de sus mesnadas, porque fueron hombres de pelo en pecho, hicieron hombradas. El león es cruel, pero es león, y lo que se disculpa a este animal no se le puede pasar a la garduña, y perdone, amigo Romano, que con esta historietita me haya olvidado de mi primera oferta, la de no tomarlo en serio; pero hasta el mismo Molière callaría sus burlas ante Herminia Palma, la casi des-cuartizada virgen.

LAS FALSAS VIRILIDADES

Romano, pág. 48. "Weyler significaba para ellos (para los cazadores) la síntesis, la concreción de la virilidad."

Romano. Pág. 52. "No era un jefe el que los miraba, era la virilidad" y varias citas más, todas por el estilo, todas viriles.

—Yo creo más bien, Julio, que esas virilidades, su obsesión, parece, y sobre las que tan complacido insiste a cada paso, yo pienso que no sería en ellas, probablemente, todo áureo fulgor, y para aclararle el proverbio, tal vez no fueran glándula pura, vamos, masa limpia; algo debía andar por allí metida el agua; serían más bien virilidades, no a secas, sino con hidrocéje.

—Razonando sobre el mismo interesante tema, tocado por usted, también se puede lógicamente inferir, por ciertos antecedentes, conocidos en la Habana, de muy posibles errores ópticos: esas "virilidades" residen, usted lo sabe, en la penumbra, y los bravos cazadores tal vez admiraron, sin sospecharlo, a otros órganos menos nobles; a los turgentes paquetes hemorroidales del General, botados para afuera: todos saben en Cuba cómo Don Valeriano sufría cruelmente de aquello que en el argot francés se denomina "oeillet" (clave), herido o mejor, deshojado por tan molesta afección; era ésto tan del dominio público que, cuando el General ordenaba cinco o seis fusilamientos de un golpe, la gente lo explicaba: "hoy tiene el paquete endemendiado, hoy se levantó con el tomate afuera, etc., etc." Y esta versión es muy plausible; pudo tener lugar este fenómeno de ilusión, Usted sabe, Julio, que con un poco de buena voluntad, a cada rato se trasmuta un órgano en otro.

LO BOTO DE CUBA ESTEVANEZ

Vamos a referir cómo y por qué causa ocurrió la salida del Brigadier Weyler de Cuba en Agosto del año 73. Dice Romano, pág. 65: "El caudillo hace falta en su patria... la fama de Weyler llena las bocas de adjetivos laudatorios."

—Estos motivos están muy lejos de haber sido la causa de su marcha para España. Era el Ministro de la Guerra de la República Española un gran español, honor, como Pi y Margall, de la raza; Don Nicolás Estévanez. Conocía Don Nicolás Weyler como a sus propias manos; fué su compañero en Toledo, juntos hicieron la campaña de Santo Domingo y sabía de él muchas cosas por sus amigos de Cuba.

—Recibió cierto día Estévanez la correspondencia del Capitán General entonces, Don Cándido Pieltain. Informaba éste de la marcha de la guerra de las operaciones, y al reseñar las de la columna Weyler, no ocultaba que "las duras represiones del Brigadier, de pábulo, muchas veces, a nuestros enemigos para la crítica, etc., etc." Don Nicolás, sabedor, aunque tarde, de lo del Jagiey, y de otras cosas, por el relato de compañeros, decidió en el acto liberar a la Gran Antilla del peligroso antropoide, e incontinentemente, denó por el cable, a Pieltain, la destitución de Weyler y su embarque para la Península. Este incidente, rigurosamente cierto, lo he oído de la boca misma del austero Don Nicolás. Weyler, como de costumbre, haciendo de "oso", anunció al llegar a la Coruña sus protestas y los periódicos locales recogieron sus amenazas. A preguntas de un su interlocutor, nos dijo Estévanez, grave y reposado, como lo era aquel profeta de la Libertad:

—Pues nada: si llega hasta el Ministerio de la Guerra y me pide explicaciones, se las doy en el acto. Le hubiera dicho: Señor Brigadier, con esto que yo he hecho, con arrastrarlo a usted de Cuba, con eso solo, he servido con creces a mi país y he justificado mi paso por este Ministerio. Ya me puedo retirar satisfecho, y ahora ¡vuélvase de espaldas, para aplicarle un puntapié en el trasero! Como el cagot conocía de sobra cómo se las gastaba Don Nicolás, optó por no visitarlo; esto fué, con rigurosa exactitud, lo sucedido. "Don Nicolás lo destituyó de su mando en Cuba" y a nadie que haya conocido a este venerable varón, se le puede ocurrir, que siendo él Ministro de la Guerra, llamara a la Península, como salvador de España, a un ente a quien cordialmente despreciaba.

LO DE MACEO

Romano, pág. 90: "El cabecilla estuvo dos veces preso en España, una en Ceuta, otra en Mahón," etc.

—Ya el doctor Roig de Lauchering le rectificó: Antonio Maceo no estuvo jamás en España. Sus hermanos José y Rafael, si estuvieron. José, fugado de Cádiz, se refugió en Tánger y desembarcó en Gibraltar, con menosprecio del derecho de asilo, lo entregó el Comandante de la plaza al Gobierno español y fue recluido en el Presidio de Ceuta. Las interpeleciones hechas al Gobierno británico en el Parlamento por James O'Kelly, autor de la "Tierra del Mambi" y miembro de la Cámara de

los Comunes, y las reclamaciones inglesas, trasladaron a José a la ciudad de Pamplona. Juan Gualberto y sus amigos españoles, por una parte, con la Legación británica, y el tenaz Kelly con sus gestiones por otra, lograron transferir a José para Mahón, de donde le fué fácil escapar, poniendo así término a una situación enojosa del Gobierno español con el Gabinete inglés. No sabemos cómo se ovidó al doctor Ortiz apuntar este noble gesto de Kelly en el erudito y bien documentado prólogo a su traducción de "La Tierra del Mambi". En cuanto al infortunado Rafael, león enjaulado en las Chafarinas, murió el año 82 en aquellos islotes y allí yacen sus restos, en humilde tumba, sin que a nadie se le haya ocurrido, por decoro nacional siquiera, trasladar las cenizas de este Maceo, muerto en el exilio, a su tierra natal.

ANTONIO MACEO.— INSOLENTE, SONRISA SALVAJE

Romano, pág. 97. "Quería humillar la cerviz de Antonio Maceo, de aquel Capitán insolente que enseñaba su salvaje sonrisa, etc., etc."

¿Que va usted a saber, Julito, de Antonio Maceo, cuando no pudo conocer a Weyler, viéndolo a diario y en calzoncillos. Ese Antonio Maceo, hombre arrogante si los hay, admirablemente conformado, orgulloso y soberbio ejemplar humano, con todo el porte y la refinada elegancia de un dandy, no tenía la "geta" ni la "sonrisa salvaje". Lo que más seducía precisamente, el atractivo mayor de aquel coloso de seis pies, acribillado a balazos, eran sus modales tan suaves, su sonrisa acariciadora, su palabra, de dicción lenta y cariñosa. Cuando en la Acera se le veía discurrir, o sentarse a la mesa con los Generales españoles, sus amigos, que lo admiraban sí, Julito, al valor lo admiraban los españoles; Santocildes, Lachambre y otros, la verdad es que a la gallardía de aquel gran mulato no la eclipsaban los rutilantes uniformes ni el esmalte de las Grandes Cruces.

Dentro de su cráneo, por la mensuración de su capacidad, tomada por la comisión antropológica que hizo el estudio cuando la exhumación de sus restos, cabían, no uno, dos cráneos Valerianescos; y en cuanto a las tan manoseadas "virilidades", este mulato, don Julio, en postura de Cojoso de Rodas, si su aglándulo amigo, perdone la palabra, muy estirado, muy derecho, le cruza por entre las piernas, por mucho que se empinara no le hubiera llegado a la cruz de los pantalones.

Vamos, Romano querido: este salvaje hizo cosas un poco más difíciles que hacer un mal libro; hizo la guerra por largos años; si hubiera cambiado su oficio, porque tenía talento, si se pone a escribir libros, los hubiera hecho iguales, o quien sabe si mejores que los de usted, y no se ofenda, Julito.

—Créame Julio, este mulato si era un héroe de cuerpo entero; éste si se podía clasificar en la Iliada, éste si, con 22 heridas estampadas en su cuerpo de bronce, éste si era un Ayax Talamón y no del cachín de su amigo.

—Cuando Weyler lo cercaba en el Rubi y dirigía sus tropas sobre imgenario Maceo, él se encontraba en la provincia de la Habana, a las puertas de la Capital, para "sonarlo" duro y bien. Pero en Maceo como en Bolívar, dije en otra parte, el héroe estorbaba algunas veces al Capitán. La casualidad lo hizo morir, cuando iba a infamar a su enemigo, arruinando en unos minutos un año entero de fortificaciones, de promesas y millones gastados, tomándole en su retaguardia a Mariano. Esa casualidad quiso dirigir su último balazo, entre los muchos recibidos, hacia sitio mortal; pudo haber caído antes o, como Martí, en el primero.

MACEO LE PUSO UN INRI

—En toda esta campaña de Vuelta Abajo puso Maceo ignominioso Inri sobre la testa de Weyler, y en cuanto a que Maceo "negro ingenuo y valeroso desconoce el valor de la ciencia estratégica de la guerra"... olvida usted, Romano, que Maceo se graduó de General con casi todos los que lo fueron en el Ejército Español durante más de 25 años.

—El plan de guerra Weyleriano no pudo ser, perdone Julio, más absurdo ni más estúpido. Descuidó durante un año-casi a Maceo y a Gómez; los dejó en libertad de hacer los que les viniera en ganas, de completar tranquilos la organización de sus fuerzas, mientras él acumulaba sus tropas disponibles sobre la Habana y Matanzas, fáciles provincias (cuarenta y dos batallones), mientras destinaba a "cuidar" a Maceo en Pinar del Río, que era el temible, sólo ¡once! No aprendió la lección apuntada por Cánovas; no se incor-

poró aquello de "la guerra de Cuba sólo es cuestión de dos balazos felices", casi la única verdad dicha en toda su vida por el estadista máximo de la Restauración. El azar quiso, que un anónimo soldado de San Quintín, disparara uno de los dos balazos, pero como no pudo dar sus órdenes al azar, se fué para España, cansado de esperar el otro balazo; y eso que dijo en famoso telegrama de redacción maritornesca, pitorreada por "Gedeón": "No me chocaría que cayera Gómez", etc., etc.

—Pero concluyamos; este artículo se hace ya muy largo; ni Weyler ni el libro, obra festinada, merece tanto papel; ya lo dijo Esquijo, Ju-

lito, el tiempo no perdona lo que se hace sin su concurso.

—En resumen; lo que más resalta de su lectura, es su tesis, su obstinada labor para convencer a todos que fué Weyler algo fantástico, algo así como un suicida ante el peligro. En sus páginas aparece como un hombre temerario, de osadías increíbles, de vigor descomunal. Destripa con sus mandobles a los mambises por docenas, no ya en sus verdes años, sino hasta en el 96; es un Empecinado. Sus pugnas personales con los negros insurrectos, sus fieros machetazos, sus certeras trompadas, son más de admirar cuando se considera que las Hadas alrededor de su cuna, no fueron generosas más que con su querida; lo hicieron desmedrado, ruín, chiquitín; no le asignaron más dimensiones que las de una vil cagarruta.

SU VALOR A 36 KILOMETROS

¿Cuál fué el juicio de sus contemporáneos de los años mozos, cuando hierve la sangre en las venas, sobre los arrestos y bravura de este ejemplar, israelita más que español? Para terminar, para llegar a conclusiones positivas sobre esta tesis de Romano, para saber si fué o no Matamoros Weyler, hay que recurrir a estos testigos. No tuvo él, como Maceo, para no tener que probarlo, 24 heridas; no le mataron como a Gómez en la Invasión, amén de los balazos recibidos, cinco ca-

ballos en unos cuantos días. No, él mismo confiesa, modesto, "las balas me han respetado". Y la Historia anota. No ha corrido más sangre suya que la vertida en sus crisis hemorroidales.

—Hay pues, que buscar los testimonios de "visu" donde los haya, hojear otros documentos, reducir a coeficiente este imponderable: la bravura de Weyler ante el fuego. En esta búsqueda ansiosa, nos sale al paso una ilustración, para nosotros concluyente, por su alta autoridad.

—Cuando salió el Capitán General rodeado de sus 30 batallones, 40

escuadrones y cuatro baterías, en
Febrero del año 97, para atacar a
Gómez en la Reforma, exhortaba
un periódico al General para que no
arriesgara su preciosa vida: él era
el General en Jefe, no era ningún
Teniente...

—Don Nicolás Estévez, que sí
fue un bravo soldado, su excompa-
ñero en la milicia, como antes dije,
disipó los temores del medroso pe-
riodista, con la reflexión siguiente:
“No, no abrigue esos temores: nada
pasará al General: para que éste
pueda correr peligro sería preciso
que el machete de Máximo Gómez
tuviera 36 kilómetros de largo, y los
informes son, que es un machete co-
mo todos los demás.” (Esto se lo
apropió Bonafoux). He aquí, pues,
la distancia, la zona heroica, para
Valeriano, la medida lineal, en ci-
fras, de su valor. Era un valor a ¡36
kilómetros de distancia! Tableau.

16

WEYLER Y MACHADO

Finis

Cuando a finales de 1934 y comienzos de 1935 publiqué en la revista habanera Carteles una serie de artículos críticos sobre el libro de Julio Romano - apoteosis de Valeriano Weyler -, tuve por de contado que se hicieran a mis trabajos dos géneros de observaciones, que en el fondo coincidirían, aunque las animara diversa y opuesta intención. Y tal como lo pensé, ocurrió.

Aunque fueron numerosas las adhesiones recibidas, semana tras semana, no sólo de la República, sino también, algunas, de Hispanoamérica, reveladoras de la satisfacción e identificación con la índole y alcance de dichos trabajos, no faltaron entre esos mismos encomiásticos juicios la alusión a Machado, en un paralelo que se juzgaba inevitable en aquellos momentos al escribirse sobre Weyler. Y tanto por cartas como personalmente, me formularon esta pregunta: "Ya qué está usted poniendo de relieve y criticando los crímenes cometidos por Weyler en Cuba, ¿por qué no completa su labor refiriéndose también a los crímenes de Machado?" Y algunos iban más allá en este paralelo de vidas delictuosas, enjuiciando inmediatamente el grado de crinosidad entre uno y otro de dichos gobernantes que Cuba padeció: "Machado fué mucho más cruel y sanguinario que Weyler, y hasta dejó chiquito a éste en las víctimas ocasionadas y en el daño hecho a Cuba".

Quienes así pensaban y razonaban eran desde luego, cubanos, y en su gran mayoría jóvenes, opositores a la tiranía machadista cuando ésta existía y, por lo tanto, verdaderos y sinceros revolucionarios; o aprovechados seudorevolucionarios, de los que se lanzaron a la calle el 12 de agosto de 1933, dedicándose únicamente a la conquista de puestos burocráticos, como antes habían sido mercantilistas mantenedores de la tiranía, por acción directa en favor de ella o por omisión de todo acto contra la misma, hasta el día en que dejaron de disfrutar los beneficios que les prodigaban Machado y su camarilla.

Pude registrar también otra clase de observaciones a esos trabajos sobre Weyler. La de ciertos españoles radicados en Cuba, que no han podido, a pesar del tiempo transcurrido, desprenderse de la rancia intransigencia de los tiempos coloniales, que tan fatal fué para la causa del mantenimiento de la soberanía española en Cuba. Estos comentaristas no podían negar la realidad de los crímenes de Weyler en Cuba, pero les desagradaba que se recordasen; y, no siéndoles dable justificarlos, presentaban como impugnación a mis críticas, el desesperado recurso de preguntarme: "¿Por qué usted en lugar de hablar de Weyler no se ocupa de Machado, tanto o más criminal que aquél?".

Porque es asunto que no ha perdido interés en nuestros días, recojo aquí algunas de las manifestaciones que acerca de ese paralelo entre Weyler y Machado, hice en el número de 17 de febrero de 1935, de la revista Carteles.

¿Puede, en realidad, sin apasionamiento, ni de cubanos antimachadistas ni de anacrónicos españoles intransigentes, afirmarse que son vidas paralelas las de Weyler y Machado?

Sin vacilación alguna, contesto: no.

Es bueno que recuerde, ya que en Cuba se olvida pronto, que me precio de ser de los primeros entre los primeros que demostraron públicamente y de manera reiterada y constante su oposición a Machado desde los mismos inicios de su primer período presidencial. Esclarezco este punto, simplemente para dar mayor fuerza a mi argumentación en contra de esa pretendida identidad entre dos gobernantes criminales como fueron Weyler y Machado.

Y necesito también, con el mismo propósito, dejar constancia de la total ausencia en mí, por temperamento y por ideología, de toda hostilidad hacia el extranjero, ya sea un hombre, un pueblo o un Estado, de tal manera que me mueven sentimientos diversos al estudiar y censurar los defectos, vicios y males de nuestra patria o de otras patrias, porque lo único que veo son esos defectos, vicios y males en sí, por lo que tienen de daño que sufren hombres, importándome poco que esos hombres hayan nacido en esta Isla o en otras tierras. Por los mismos motivos, cuando ataco la actuación de un hombre público, gobernante, político, militar, no me detengo a descubrir, primero, la patria de ese mal gobernante, político o militar, ni aquella modifica tampoco la mayor o menor severidad en mis ataques. Es la nefasta actuación del hombre público, su mayor o menor delictuosidad atropellando y explo-

tando, valido de su cargo, a otros hombres, la base única de mi enjuiciamiento del personaje estudiado. Y en el problema de nuestra historia colonial, lo español no juega en mis trabajos históricos, por ser español, sino por la realidad misma, imprescindible de tener en cuenta y estudiar, como sostendría el propio Pero Grullo.

Weyler y Machado son dos representativos de la crueldad en España, en Hispanoamérica, y en Cuba. Y para no referirme, porque sólo ello me interesa ahora, más que a Cuba, nuestra historia, desde los primeros días de la conquista y colonización hasta los presentes republicanos, es una lucha, ruda y encarnizada, de unos contra otros por abrirse paso en la vida. Ayer, eran los conquistadores que en busca de fortuna acompañaron a Colón en su temeraria empresa. Después, los gobernantes que la Metrópoli enviaba a regir esta tierra y que sólo persiguieron también hacer fortuna. No han transcurrido suficientes generaciones ni se han realizado radicales renovaciones educativas y étnicas, para lograr la total desaparición, entre nosotros, de la crueldad hispana.

La crueldad de Weyler es la congénita de los conquistadores y los gobernantes metropolitanos. Como bien dice Francisco Figueras en su admirable obra Cuba y su evolución colonial, "el Descubrimiento fué una obra en buena parte encomendada a exgaleotes y a penados; y la conquista, a aventureros de todas las categorías, desde el fraile ignorante y fanático, para el cual la hoguera era tan buena como el sermón en la redención de los

Machado, que como afirmé y demostré en uno de los capítulos de mi libro de 1935, Historia de la Emienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana, fué siempre, lo mismo en la revolución libertadora, en su vida política, como en el gobierno, un sujeto de baja contextura moral, y aunque muchos de sus antiguos incondicionales servidores, transformados en revolucionarios, afirmen, para exculpar su servilismo de ayer, que Machado los engañó, ello es absolutamente falso, porque Machado jamás pudo engañar a nadie. Veterano sin relieve alguno en la última guerra de independencia, y, por el contrario, con delictuosos antecedentes personales y de familia como abigeo reincidente y hombre sin escrúpulos para suprimir drásticamente a quienes estorbaran la realización de los propósitos que perseguía, llegó a la presidencia de la República envuelto en inmoralidad tan notoria como fué la compra realizada al Presidente Zayas del apoyo gubernamental en esas elecciones, mediante la entrega de varios millones de pesos que garantizó con parásitos el ricacho español, socio de Machado y suegro de Viriato Gutiérrez Valladón, señor Laureano Palla Gutiérrez; millones que fueron extraídos durante los cuatro primeros años de su gobierno, por el Presidente, de los fondos de la Lotería Nacional. Y comenzó su gobierno Machado apropiándose desde el primer día los productos de ^{las} esas colecturías, ^{de billetes} no solo para cubrir el compromiso contraído con el doctor Zayas, sino también para su disfrute personal y el de sus amigos, correligionarios y congresistas, y asimismo, para sobornar algunos grandes diarios

habaneros que fueron hasta el mismo día de la caída del dictador, sus más serviles panegiristas.

Pero además, el Machado sanguinario al que tanto se atacó en los dos últimos años de su gobierno, y tanto se cuataqueó en los cuatro primeros, y a quien, ya caído, se denigró con las gruesas frases de "el carnicero", "la bestia", "el animal", por aquellos que más lo apoyaron, beneficiándose, comenzó su larga lista de asesinatos a los tres meses exactos de su toma de posesión, el 20 de agosto, en la persona del periodista Armando André, sucediéndose desde esa fecha, ininterrumpidamente, los crímenes cometidos en las ciudades y los campos con obreros y campesinos, así como la aplicación de la ley de fuga a presos comunes. Y cuando se inicia, con motivo de la reforma constitucional y prórroga de poderes, la campaña oposicionista por el Grupo Minorista, de intelectuales y artistas habaneros, estudiantes y por algunos políticos agrupados en la asociación Unión Nacionalista, y la campaña va creciendo y extendiéndose a otras clases y otros sectores de nuestra sociedad, entonces la represión sangrienta de Machado afecta a los estudiantes, periodistas, políticos, y junto a él se agrupan aquellos individuos poseedores, como él, de perversos sentimientos de sanguinaria crueldad, tales como Zubizarreta, Ainciart, Arsenio Ortiz, Crespo, Jiménez, etc., y militares, policías y porristas, caterva de asesinos y de locos que se convierten en dóciles ejecutores de los deseos malvados del dictador o en actores por iniciativa propia de sus perversos instintos.

Machado y su pandilla, asesinaron y torturaron, persiguieron y encarcelaron. El clamor de protesta contra su crueldad cruzó el océano y fué recogido en el mundo entero y su nombre puesto en la picota de la mundial condenación como uno de los más crueles asesinos de los tiempos actuales...

Pero... no pued , a pesar de ello, igualarse machado con Weyler, aunque Machado sea hijo espiritual de Don Valeriano. ¿Cuántos crímenes realizaría Machado en sus ocho años de gobierno? ¿1,000? ¿2,000? ¿3,000? Aún en el caso de que le abonáramos en su trágico haber de tirano sanguinario 5,000 crímenes, no es posible establecer justa identidad entre Machado y Weyler. Este, sin contar los fusilamientos en consejo de guerra, los fusilamientos en la manigua insurrecta, las penalidades y muertes de los presos y deportados, los asesinatos realizados en los campos y en los pueblos, mató en la reconcentración, según testimonios oficiales españoles, por ya citados en este trabajo, de 300,000 a 400,000 personas.

Y en cuanto al género de muerte aplicado por uno y otro sanguinario gobernante, tampoco puede afirmarse que sean iguales machado y Weyler, porque si bien es verdad que Machado dió tortor a numerosos estudiantes, obreros y políticos, Weyler aplicó en la reconcentración el máximo tortor de la muerte lenta por miseria, hambre y enfermedades, y martirizó también a prisioneros revolucionarios y a presos políticos. Y si Machado hizo sufrir y persiguió y encarceló a mujeres opositoristas a su gobierno, Wey-

ler se ensañó de manera especial, en la reconcentración, con mujeres y niños, torturándolos y asesinandolos por centenares de millares. Y su cobarde ensañamiento con la mujer y el niño, ya vimos lo comenzó a aplicar desde su estancia en Cuba durante la guerra del 68, en aquellos dantescos episodios que reproduje del artículo de Luis Victoriano Betancourt y en esa otra repugnante página de insaciable crueldad del Jagley de Cabaniguán.

Como el lector comprenderá, no son vidas paralelas las de Woyler y Machado. No seamos, ni benévolos con aquél ni excesivos con éste. Que cada uno cargue con sus culpas en el grado y forma en que las cometió, que ya tiene cada uno bastante para pasar a la historia de Cuba en sus respectivas épocas, colonial y republicana, como máximos representantes de la crueldad, de esa crueldad que, según ya afirmé, llena las páginas todas del descubrimiento, la conquista y la colonización españolas en Cuba y no ha sido extirpada totalmente, por desgracia en la República.



El Actual
rancio
Habana 19 de Feb. de 1935

84

Sr. Emilio Roig de Leuhsring
Ciudad.

Estimado futurista y rancioso Sr. Roig;

Estimo oportunísimo mandarle el adjunto recorte de un diario local, seguramente V. lo habrá leído, con ese desden de enterado; pero por si no lo ha leído, para que se entere como se expresan los descendientes de españoles, sobre el descubrimiento la colonización española, y la herencia que tanto parecen afectarle a V. y demás ecobios.

Sabemos que V. no tiene cura, rancioso y con prejuicios arraigadísimos, hallara disculpa en sus fracasos a la herencia española, que tan a menudo se la endilga a todos los cubanos.

Le advierto que tengo hijos y no se preocupan de tales prejuicios, están orgullosísimos de sus padres, y de la tierra de sus progenitores, que V. sin saber por que tanto detesta.

Posiblemente sea en parte por estar educados a la española, esto es en escuela de fraile, con religion y buenas costumbres decencia, moral, y todas estas cosas que al parecer V. tanto detesta.

Ellos aman a Cuba, por que yo les he enseñado a quererla como yo he querido a mi patria; conocen la historia de España - y muy especialmente la de Cuba, saben digerir las distintas historias y saben de colonizaciones; ellos, para V. equivocados, piensan que los españoles, si no los mejores, han sido algo excepcional en la colonización de America.

V. se basta con sus Weillerías, sus Fonsdevielas, y sobre todo su botafumeiro a Martí, Maceo, Gomez y demás martires; es este un negocito muy explotable, de algunos escritores como V. al uso; el empeño es facil y luchativo, y sobre todo, le damos a esos "gallegos" en el suelo, que al fin ahora no pueden, al menos en Cuba, ni replicar.

Le aconsejamos repita otra seccion de calaveras, y la cantidad que desee de caricaturas denigrantes para España, y para los españoles que leen esa revista que V. ~~lucra~~; poco a poco, conseguiran su objetivo; aconseje como represalia el asalto a los gallegos, esto tambien lo aceptamos; dias vendran, que se acabara el calvario de Cuba para la emigracion española.

No faltaran entonces cuando otras garras aprieten la presa, comisiones de languidos compatriotas suyos, de caras flacidas, que vayan a España en busca de justicia, como cuando el Machadato; no recuerda? en tanto siga tocando su violon, sus cascados sonidos quibas segun V. cree, revolveran la agria y rancia bilis de estos veteranos españoles, ya que la juventud española lo oira tocar a V. desde lejos, pero no acudira a sus sonidos.

Queden para V. y sus huestes todo lo que en Cuba crearon los españoles, y tengan cuidado, no vayan mandarnos otra vez un general prestigioso como lo era en aquel tiempo Menocal, a buscar españoles, para luego despojarlos; y mucho menos no nos vayan a buscar para que vengamos a nuevo descubrimiento, y menos a colonizarlos; dejen en paz en nuestra tierra, o en Africa, donde se nuestra menos desagradecidos.

El mismo David Lopez

en 74 J. a favor de 20. 85

frontera en Cuba New York 3/4/34

Sr. Roig de Leuchsenring.

El que escribe, ha venido leyendo con interés parcial (no nacionalista) su acertada crítica sobre el libro "Weyler el hombre de hierro", que acaba de publicar en España el Sr. Julio Romano; cuyo libro por desgracia para los que se entretienen en leer la historia de los países coloniales del Caribe, ha caído en New York. Esto indudablemente no tiene nada de particular, pero lo que sí tiene de particular es que el único periódico que habla hispana que se imprime en esta, le de tan buen anuncio a tan degradado librito.

Aquí le adjunto el recorte del periódico "La Prensa" del Lunes 4 de Marzo de 1935.

No tome esto como un chisme de un criollo, es por si puede hacer algo más en beneficio de la Ciudad para aquellos que en esto se interesan por problemas.

Muchas gracias Sr. lector y amigo
Alberto Solís

Remedios, 23 de diciembre de 1934.

Sr. Dr. Emilio Roig de Leuchsenring

Revista Carteles.

Habana.

Estimado doctor:

Siendo un asíduo lector de sus "Páginas" he leído con verdadera satisfacción lo que en este número de esa revista publica acerca del libro de Julio Romano sobre en nunca bien calificado general Weyler.

Estoy de completo acuerdo con Vd. en lo que dice de que los que dirigen los destinos de la nación española hoy son los hijos espirituales de los Cánovas ^{me} y Sagasta. Calvo Sotelo y Gil Robles son los menos llamados a dirigir una nación que derramó su sangre en un gesto de heroísmo al sacudirse el yugo de varios siglos de monarquía y reaccionarismo....pero no hablemos demasiado alto acerca de estos puntos no sea que los de allá se enteren y nos digan..... que estamos a 29 iguales.

El objeto de estas mal hilvanadas líneas es la remisión de la caricatura que le acompaño y decirle que sin tratar de defender a Julio Romano por las falsedades y errores que dice Vd. comete en el curso de su libro, encuentro que si no como historiador, como español podía perdonársele que tratara de obscurecer las verdades históricas y ^{en} cubrir las crueldades cometidas con los infelices reconcentrados por el autor de "Mi mando en Cuba"; pero lo que sí es algo que contrasta con la lógica y es un sarcasmo para la obra revolucionaria del 68 y el 95 es que todo un señor Ministro de nuestro país en Madrid se haya expresado en la forma que lo hizo el Dr. Mario G. Kholy y que se censura en dicha caricatura que recorté hace años de la desaparecida revista "Gráfico" y que conservo como documento precioso del aprecio que muchos cubanos tienen de los sacrificios de nuestros antecesores por conquistar la independencia patria, con el fin de que esas cubanas se conserven.

vechado con largueza del producto de esos sacrificios, arrastrando por salones aristocráticos y embajadas los faldones de sus fracs y recibiendo pingües emolumentos de un gobierno cubano que estaban en el deber de haber representado de una manera más.....cubana.

Otras muchas cosas pudiera decirle sugeridas por la caricatura de marras; pero no quiero distraer sus muy ocupadas horas con esta charla insulsa pudiendo Vd. dedicarlas a más útiles labores.

Sepa que le admira por su cubanismo siempre demostrado y le felicita por la publicación de sus "Páginas" su muy atto. S.S.

Pedro Jiménez y Pérez.
Pedro Jiménez y Pérez.

S/C. G. de Quesada #24.

P.S.- ¿ Le molestaría que le rogara la devolución de la caricatura; Me gustaría seguir conservándola. Gracias.

Habana 23 de Enero de 1935.
Sr. D. Emilio Roig de Leuchsenring
Ciudad.

Soy lector asiduo de Carteles, revista que considero muy aceptable y en varios aspectos la mejor de Cuba, soy español, casado en Cuba - y tengo hijos cubanos, resido en este pais desde 1896, y conozco al - go los acontecimientos, de la guerra del 95 y la post guerra.

Quiero referirme a su Seccion de comentarios sobre un li - bro publicado en Madrid por un llena cuartillas, Julio Romano; es, la - mentable que por tal motivo V. se proponga llenar varias veces su - seccion comentando tal acontecimiento, que solo puede interesar a - personas desocupadas o despreocupadas.

Julio Romano es un escritor al uso como lo son el 95% de - Vds. en este caso es el "Ciego de España" que toca el violin y ento - na la copla, para halagar los sentimientos del pueblo bajo, nadie se asombra del "Ciego de Cuba" que bastantes hay por cierto, en España tales ciegos no mueven a nadie al comentario.

Weyler es un personaje del pasado, aunque V. trata de presen - tarlo como un expermento, nunca ha sido tal cosa, fue un generalote mas, bastante conocedor de su oficio, fue valiente, mas valiente en su profesion que el 95% de los periodistas al uso y de un porcentaje - grande de escritores, ambos a mi juicio, causa de los grandes males - que padecemos universalmente.

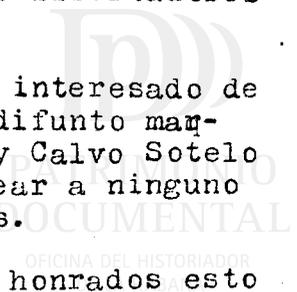
Recordara que pertenecia al Estado Mayor y tenia la osadia de llevar una escolta de 200 cubanos al frente, gente de color, esco - gida entre la juventud de este pais; su parte mala fue la reconcentra - cion sin una previa preparacion, ya que V. mismo reconoce que obedecia a gobiernos no preparados y desconocedores de Cuba.

Muchos periodistas Cubanos y escritores, recordando la ultima tirania de Cuba y la post tirania, reconocen que fue un niño de teta comparado con los patriotas cubanos que implantaron la pasada tira - nia; la guerra de Cuba era impopular en España, y costo mas vidas a - España que a Cuba misma, el defecto de los nuestros es no saber per - der nunca, España perdio toda la America, pero no asi a como quiera - en todas partes hizo resistencia, por que V. no puede negar que las - guerras coloniales, tienen muchos pasos dramaticos, pero tambien los - tienen de comedia, los personajes muy amenudo se disfrazaban de liber - tadores, cuando no de realistas.

Tampoco se hicieron estas revoluciones con el pensamiento - unanime de cada pais, ya que V. mismo reconoce que muchos pueblos de nuestra America todavia hoy no tienen pulso, y mal lo podian tener - entonces, militares españoles amargados han sido grandes libertadores y viceversa.

La comparacion que V. hace al aparecer el libro interesado de Romano, escritor seguramente pagado, por familiares del difunto mar - ques de Tenerife, entre Sagasta y Canovas y Gil Robles y Calvo Sotelo es lamentable, mucho mas cuando V. jamas podria parangonear a ninguno de los hombres publicos de su pais con tales personajes.

Canovas y Sagasta fueron notables y sobre todo honrados esto



es, no ladrones, como lo fueron y son en este país la total mayoría de los libertadores que tuvieron mando en Cuba, le bastara presentar al general Menocal, patriota vencedor al decir, de Victoria de las Tunas, que le cuesta a Cuba mas de 50 millones de pesos, jamas Sagasta y Canovas dieron tal espectáculo en España.

Sagasta y Canovas fueron politicos españoles notables en su época, de bastante cultura general y muy adaptados a la política de aquella época, quizás hayan desconocido o querido desconocer los problemas de ultramar, pero presentar a tales personajes como personas reprobables ante los ojos de sus conciudadanos, es error lamentable en un escritor como V.

Gil Robles, aunque a V. se le antoje lo contrario, no tiene su país un político con quien parangonearlo, Calvo Sotelo apesar de su pedanteria, jugo con los millones de la benevola dictadura del gran Primo de Rivera, y no salio apestado de millones, ni siquiera robo el millon que dijo Carteles, de Landa, en los 4 meses de su paso por la Hacienda Cubana.

Si Sr. Roig de L. es lamentable que un escritor tan avisado como V. pierda su tiempo en comentar cosas tan baladies como el libro necio de Julio Romano, que a buen seguro, nadie le presta la menor atención en España, donde todo lo que huele a las pasadas guerras coloniales es recordado con cierto asco.

Su país actualmente ofrece un panorama amplisimo para que los escritores como V, demuestres su envidia, orientando a este pueblo depauperado por los libertadores y por los cubanos, muy especialmente por los titulares, escritores y periodistas.

Los garrafales errores y las mentiras que al parecer contiene ese libro, son motivo suficiente para cuando mas tirarle una dentellada y dejarlo en el olvido, no para hociocar en él y a su vez morder en la sensibilidad de España y mucho menos de los españoles, que naturalmente todavia conservamos algun rubor en las mejillas.

Estoy seguro que el tal libro lo leeran los familiares de Weyler y algun niño ignorante que se lo hagan leer a la fuerza, que en España el pueblo hila algo mas fino que todo lo que V. supone.

Sobre algunos particulares que trata de la guerra del 95 le rebatiré en otra ocasión; y sobre la apreciación que hace V. de los españoles y su espíritu, como la lamentable que hizo en otro número del cubano, llena de defachateces, así como que la culpabilidad de que cuanto acontece de malo en Cuba se lo debemos a la descendencia de los españoles, cosas estas que desdican, de un supuesto literato como V. a quien hay que reconocer buen número de conocimientos..

El hurgar en los archivos, nada dice muchas veces sobre la verdad de las cosas, la historia esta llena de enormidades; los mismos libros de texto sobre la creación de la patria cubana, dicen muchas injusticias sobre España y mas sobre los españoles, a nosotros la colonización de estos países nos costó muchas lagrimas, mucho esfuerzo, y ninguna raza sufrio los trabajos que los españoles pasaron y todavia pasan en esta su América, ante la callada de V. y los suyos que debiera horrorizarles la vergüenza; pero que al parecer encuentran mejor y mas facil tratar del libro de Julio Romano y del Sanguini-

nari Weyler, cosa muy comoda para seres acomodaticios como lox son la mayoria de los escritores y periodistas que padecemos en la actualidad en Cuba.

En epocas como la actual sin Weylers ni tiranos, ^aespañoles, en Cuba, se fuerza a separar del lado de sus mujeres e hijos; a muchos españoles que nada hicieron de malo en su vida que trabajar; muchos de ellos llevan a su patria natal, el fardo de su miseria, sus mujeres cubanas e hijos tan cubanos como V. sin que a escritores de su talla, se les ocurra ninguna protesta, esto es algo peor que la reconcentracion y que Weyler mismo, ya que al fin Weyler lo que pretendia era acabar con el espionaje a que se dedicaban casi todos los campesinos, medida brutal, pero de guerra, mientras que la de hoy en la paz y con el aplauso de Vds. es algo que hiere los sentimientos de cualquier esquimal.

Haga de esta carta el uso que quiera tirela al cesto, por que seguramente le ruborizaria el comentarla, siempre le sera preferible mejor embutir a este pueblo segun V. de analfabetos en su mayoria, pincelando a Weyler.

De V. atentamente

Jose Lopez Varela

J. Lopez Varela

En otra ocasion y con motivo de lo que vaya publicando tendre el gusto de refutar sus mentiras, por muy cientificas que a V. le parezcan y por muy rebuscadas que pretenda tenerlas, esto le servira cuando menos para saber que existen muchisimas personas que aun que se callan no comulgan con su actuacion; mas le valiera colaborar en el caos de su pais que entretenerse con tales falacias.

90

a favor ampliamente

Arecibo, PUERTO RICO,
Febrero 25 de 1935.-

Sr. Don Emilio ROIG DE LEUCHSENRING,
Habana, CUBA.-

Muy Sr. mio.-

No he podido resistir los vehementes deseos de dirigirme a Vd. para felicitarle calurosa y entusiasticamente por los valientes y patrióticos artículos que ha venido publicando en "CARTELES", en relacion con las actuaciones en CUBA, del sanguinario chacal, Valeriano WEYLER.-

El último artículo publicado por Vd. en el ejemplar numero 7 (Vol. XXIII) de "CARTELES", de fecha Febrero 17 en curso, merece ser especialmente citado porque en el mismo dá Vd. una severa y oportuna leccion a los exóticos que no teniendo talento y capacidad para discutir con datos historicos, como Vd. lo ha venido haciendo, si las actuaciones publicas del maldito WEYLER en la Isla hermana como representante del Gobierno Español, fueron justas y sanas, se valen de eufemismos puerciles e infantiles, sin saber que no tienen derecho a intervenir en los asuntos de "NOSOTROS" y al decir "NOSOTROS" me refiero a los nacidos en estas desgraciadas islas del Mar Caribe.

Tengo guardados todos sus articulos referentes a WEYLER con la idea de encuadernarlos para leerseles a mis hijos diariamente a fin de que cuando lleguen a hombres, sepan defender como Vd. sabe hacerlo, el honor y la dignidad de la tierra en que han nacido, cuando el honor y la dignidad son atacdos tan cruelmente como lo ha hecho el español Julio ROMANOS, al atacar veladamente a esa bella Isla, en su llamada apologia del vampiro WEYLER. Supongo que el tal ROMANOS habra recibido los numeros de "CARTELES" en que aparecen los articulos de Vd.-

Reiterandole el testimonio de mi mas viva simpatia, aprovecho la oportunidad para suscribirme de Vd. obsecuente amigo y SS.

Emilio Roig de Leuchsenring
Bermínio PADRO,
Apartado de CORREOS NO. 637,
Arecibo, PUERTO RICO.-

Dr. Antonio M. Bravo Acosta

Abogado y Notario

Hartmann, Baja No. 3

Apartado 202

Santiago de Cuba Febrero 7 de 1935.-

Sr Dr Emilio Roig de Leuchsenring.-

Habana.-

Distinguido compatriota:-

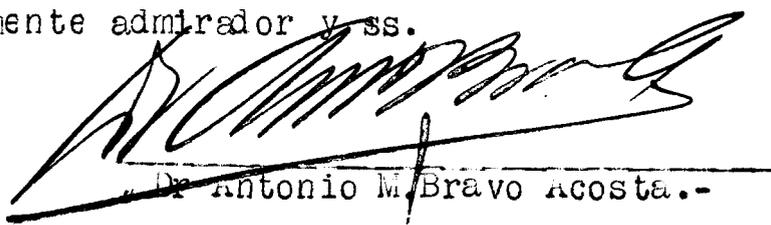
Enterado por el primero de sus meritisimos trabajos sobre la biografia de "Weyler" publicada por el señor Julio Romano en Madrid, escribi a éste remitiendole el discurso que hu- be de pronunciar en la Camara de Representantes el dia siete de Diciembre de 1932, y tratando de hacerle ver los erro- res en que, a mi juicio, habia incurrido el citado autor al - referirse a la personalidad de Antonio Maceo.- Créi que asi contribuía yo a restablecer la verdad histórica, defendiendo la memoria de cubano tan ilustre.-

Como verá Ud por la copia que le adjunto de la contesta - cion del señor Romano, éste confiesa que tenemos razon los - que afirmamos que él "no poseia acerca del Caudillo cubano "los antecedentes necesarios para hacerle extricta justifi - "cia", a la vez que afirma que, por encima de todo patriotis - mo, pone siempre la verdad y la justicia.-

El señor Romano, ademas, me anuncia la publicacion de una biografia del General Martinez Campos prometiendo que en ésta, al pasar por sus manos nuestro gran compatriota "no des merecerá del original".- Esperemos, pues, esa oportuna recti - ficacion.-

Escribo a Ud remitiendole la carta de referencia y propor - cionandole estos datos, por que no dudo que le interesaran - dada su conocida devocion por todas las cosas de la Patria.

De Ud atentamente admirador y ss.


Dr Antonio M. Bravo Acosta.-

Madrid febrero 1935

Doctor Aní

Distinguido señor y amigo: He
 24 del pasado diciembre, y el magnífico
 Cámara Cubana en honor de su ilustre
 tiene usted razón al afirmar que yo
 cubanos los antecedentes necesarios
 mi libro sobre Weyler. De haber es-
 toria sobre Maceo hubiera aprove-
 detalles. Por encima de todo patrio-
 tismo. Hay que procurar - hasta do-
 hombres - juzgar sin dañoso ap-
 que, ni aun por patriotismo, deben
 ¿Como no ha hecho usted mu-
 cho cubano, que con tanto valor e

la independencia
 los comienzos
 mis cosas del

Yo p
 Campos y le
 datos que pu
 siera conocer
 todos los han
 la seguridad
 ta, no desme

le r
 gretitud
 mis p

Su casa

Belén n.º

Madrid

(España)



PATRIMONIO
 DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
 DE LA HABANA

Madrid febrero 1935

Doctor Antonio M. Bravo Acosta
Santiago de Cuba

Distinguido señor y amigo: He recibido su amable carta del 24 del pasado diciembre, y el magnífico discurso hecho por usted en la Cámara Cubana en honor de su ilustre compatriota Maceo. Desde luego tiene usted razón al afirmar que yo no poseo acerca del Caudillo cubano los antecedentes necesarios para hacerle estricta justicia en mi libro sobre Weyler. De haber conocido su excelente pieza oratoria sobre Maceo hubiera aprovechado de ella muchos preciosos detalles. Por encima de todo patriotismo yo pongo la verdad y la justicia. Hay que procurar - hasta donde esto nos sea posible - los hechos - juzgar sin dañoso apasionamiento a los demás. Creo que, ni aun por patriotismo, debemos enriquecernos con la invención.

¿Cómo no ha hecho usted una biografía de Maceo? El Caudillo cubano, que con tanto valor e inteligencia supo luchar por

la independencia de su país, bien la merece. Su discurso es el bello comienzo de ese biografía, pero se queda uno con ganas de conocer más cosas del general Maceo.

Yo pienso hacer una biografía del general Martínez Campos y le agradecería si usted me facilitara los datos que pueda sobre Maceo en el "pacto de Zanjón." También quisiera conocer su carácter particular, doméstico, sus debilidades - todos los hombres tenemos algunas - y su vida de niño. Foyga usted la seguridad que el pasar por mis manos su gran competencia, no desmerecerá del original.

Le reitero a usted, señor Acosta, el testimonio de mi gratitud por su amable carta, y le digo cepto con mis fervorosos saludos el homenaje de mi estimación y afecto

Julio Romano

Suena

Belén n.º 11

Madrid

(España)

Actualidad Española

WEYLER

por Rafael Suárez Solís

HA muerto nonagenario don Valeriano Weyler, marqués de Tenerife, príncipe de la milicia española. Por un momento, casi apagada en la distancia, la noticia encenderá una llama de rencor en el alma cubana. Era el último superviviente de un resentimiento nacional. De ahí que esta sección debiera hoy titularse, más que Actualidad Española, Entre Paréntesis. Es imprescindible referirse a lo que él, en un libro, llamó "Mi mando en Cuba", y apenas algo a su mando en España, ya que allí, contra sus deseos, nunca llegó a mandar, al menos en la medida política de sus aspiraciones.

Porque Weyler fué ese único general español con categoría de Capitán General de Cuba que no llegó a influir en la política española. Mandó, en tal sentido, menos que Blanco, Polavieja, Martínez Campos y los demás gobernadores que desde el tiempo de Serrano ocuparon el mando de esta Isla como un tránsito para la gobernación de España. Le faltaban para ello arrestos, condiciones políticas, simpatía popular, don de mando, en suma. ¿Sin don de mando el hombre más autoritario, más duramente enérgico que haya padecido la colonia?

Así fué. La campaña del duque del Rubí en Cuba no puede exhibir como totalmente suya, como consecuencia de su imaginación, la calidad de cruenta con que se ha caracterizado. Este dicho no pretende negarle a Weyler la triste paternidad. Fué suya, pero condicionada al lamentable estado de ánimo de los últimos gobiernos españoles que tuvieron intervención en Cuba. Eran los años postreros, los más desesperados, de aquella idea de la agonía imperial que se caracterizó en el lema absurdo y antipatriótico de "el último hombre y la última peseta". Obligado a gastar estos dos signos últimos del caudal colonial de España: una peseta y un soldado enfermos,

al talento militar de Weyler, seco y frío, sólo se le ocurrió la reconcentración, la represión máxima, el terror desde el mando. A la vista de la situación de Cuba, perdida irremisiblemente para España, no hizo sino perderla totalmente, ya que se le obligaba a pagar el abandono al precio de la última peseta y el último soldado españoles. Hizo mal, sangrientamente mal, lo que Cervera y Vara de Rey hicieron bien, heroicamente bien.

Fué un mal político. Tan malo, tan corto de visión, que a pesar de su categoría militar, su historia guerrera, su lealtad a la causa borbónica, no consiguió sobresalir en la medida que otros generales pudieron, aun con menores cualidades, deseos y padrinos.

En España, Weyler, el feroz Weyler de Cuba, no pasó de ser un juguete del Partido Liberal, siempre zalamero con él para engañarlo, nunca propicio para dejarle intervenir en los intereses políticos del partido. Y como hombre popular sólo logró la divertida atención de las revistas festivas y las secciones periodísticas de caricatura. A costa suya, de su carácter e indumentaria, se plagaron de malos chistes las zarzuelas. Y sí, de trapiés en trapiés, fué a dar en la candorosa conspiración de la Noche de San Juan, fracaso revolucionario del tiempo de la Dictadura que lo llevó ante el Consejo de Guerra y Marina, en 1927, junto al teniente general Aguilera, otro alto militar con ansia de dominio y falta de facultades, que aspiró, nada menos, que a ejercer la dictadura en España, en lugar de Primo de Rivera. Los otros encartados en el proceso, por el simple hecho de tener algún talento político: Romanones, Melquiades Alvarez, Marañón... fueron eliminados del proceso. Weyler, inhábil, hubo de arrastrar sus 89 años hasta el banquillo para una absolución desconsiderada al manifiesto que quiso ser rebelde.

Después de Cuba, a Weyler no se le han encomendado grandes cargos. Ser ministro, capitán general con mando, inspector general del Ejército, ponente del plan de campaña africana cuando la época peligrosa de las responsabilidades no es ser nada si no implican las actividades en el cargo actitudes inapelables dada su importancia política. Esos car-

gos hay que ejercerlos mandando, más que obedeciendo. Su nombre era ese que suena cuando se busca con urgencia y de cualquier modo una solución de circunstancias. Momentos de crisis en los que hay que pensar en una continuación del partido en el gobierno o presidir un gobierno de concentración. Así fué el marqués de Tenerife varias veces "posible" presidente del Consejo de ministros.

Para Cuba y para España su muerte, aunque por distintos y contrapuestos sentimientos, no pasa de ser, a estas alturas, un suceso de curiosa actualidad.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Ayer tarde falleció el capitán general don Valeriano Weyler

El fallecimiento

Pocos minutos antes de las tres de la tarde de ayer lunes falleció el capitán general D. Valeriano Weyler, duque del Rubí y marqués de Tenerife. Al ocurrir la desgracia rodeaban al ilustre soldado sus hijos D. Valeriano, D. Fernando y D. Antonio, el doctor Huertas y varios amigos íntimos de la familia.

Como recordarán nuestros lec-

retario del ministerio de la Guerra, el capitán general de la región, el gobernador civil y otras autoridades y personalidades.

El parte de la desgracia.--Deseos del finado

En la portería del domicilio del marqués de Tenerife se colocó el siguiente parte:

«El capitán general Weyler ha fallecido a las dos y media de la tarde.

decida ante la obligación de dar cuenta del fallecimiento a Palacio, al Gobierno y a la funeraria. Otros deseos de Weyler es que no se le tributaran honores a su cadáver y que el entierro fuese de tercera clase y sin la asistencia de fuerzas de la guarnición y representaciones de los Cuerpos.

Datos biográficos

Don Valeriano Weyler y Nicolau nació en Palma de Mallorca,

el 17 de Diciembre de 1838, siendo de ilustre familia prusiana. El año 1853 ingresó como cadete en el Colegio militar de Infantería.

En 1856 era alumno de la Escuela Especial de Estado Mayor, y en 1862 alcanzaba el grado de capitán.

En 1863 iba voluntario, como comandante, a la isla de Cuba, y de allí a Santo Domingo, donde en las acciones de Bondillo, Managua y Paso de Fundación se acreditaba de bravo y de experto militar. En la toma de San Cristóbal es ascendido a teniente coronel, y su marcha de San Cristóbal a la capital, hasta el Jaina, con 120 hombres y seis caballos, es de tal audacia y mérito, que el comandante general ordena que se hagan honores de capitán general y se le concede la laureada de San Fernando.

En Cuba, Weyler, ya coronel, al frente de un Cuerpo de voluntarios, de 1.500 infantes y 100 caballos, organizado por el comercio de La Habana, se distingue de tal suerte, que es propuesto cuatro veces para general de brigada; cuando regresa a España, en 1873, lleva ya el entorchado de general de brigada.

La guerra civil da ocasión al general Weyler de tanto lucimiento, que en 1874 es mariscal de campo, y en 1878 logra los entorchados de teniente general.

Capitán general de Canarias, de las Baleares, director general de Administración y Sanidad Militar, capitán general de Filipinas, donde derrota a los insurrectos en varios encuentros; capitán general de Burgos y luego de Cataluña, su paso por todos esos altos cargos tienen indudable resonancia por la firmeza y prestigio del general Weyler, a quien el Gobierno ha hecho marqués de Tenerife.

En 1896, Weyler marcha a Cuba en momentos difícilísimos para España, y entonces Weyler sostiene y practica la política de la guerra con la guerra, y su campaña militar tiene durezas y radicalismos, que dan lugar a grandes discusiones y adversos comentarios y que traen como consecuencia su relevo.

En 1901 es nombrado ministro de la Guerra por vez primera.



tadores, la enfermedad que ha llevado a la tumba al general Weyler se inició el pasado verano en la finca que posee en Palma de Mallorca, dolencia que los médicos no han podido dominar dada la avanzada edad del paciente, cuya debilidad senil se iba acentuando por momentos.

Apenas ocurrida la desgracia fué ésta comunicada al Gobierno y a Palacio, y poco después se presentaban en la casa mortuoria los ministros de la Gobernación y de Trabajo, el subse-

Por expresa voluntad del finado no se invitará al entierro ni se recibirán coronas.

El teniente coronel, ayudante secretario del general, Sr. Sicaudo, que firmaba el parte, hablando con unos periodistas les manifestó que se había ocultado hasta última hora la noticia del fallecimiento por que en unas cuartillas que había dejado escritas el general se expresaba su deseo de que su fallecimiento no fuese conocido hasta que su cuerpo no estuviese inhumado, voluntad que no había podido ser obe-

PRIMONIO
UMENTAL
DEL HISTORIADOR
LA HABANA

En 1910 asciende a capitán general, y poco después publica su libro «Mi mando en Cuba», buscando la justificación de sus procedimientos bélicos.

El último puesto que desempeña es el de presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina. En 1920 es nombrado duque del Rubí.

Cuando los sucesos de la noche de San Juan, su actuación es bien conocida como firmante del famoso manifiesto redactado por Melquiades Alvarez. El Consejo de guerra le absolvió.

Weyler poseía las más preciadas condecoraciones militares y civiles españolas y extranjeras, entre ellas el Toisón de Oro.

Hombre de ideas liberales, hablando con un periodista dijo: «Mis entusiasmos de siempre son por la libertad y por la democracia».

Recientemente decía «El Socialista»:

«El capitán general D. Valeriano Weyler, que, como es sabido, está gravemente enfermo, mejoró ayer notablemente, hasta el extremo de que anoche, a las doce y media, incorporado en el lecho, tomó algún alimento.

Don Valeriano, hombre de temperamento político, preguntó a un amigo presente qué había de política.

El amigo, que no es persona de aficiones políticas, por contestar algo, dijo que se hablaba de un Gobierno Cierva.

El anciano militar, como quien ya no se asombra de ningún disparate, exclamó:

—¡Cualquier cosa, cualquier cosa!

Como síntoma es elocuente.»

Lo que dice el jefe del Gobierno

El presidente del Consejo manifestó anoche que por continuar muy acatarrado no había podido ir al domicilio del general Weyler para dar el pésame a la familia; pero que había enviado al general Goded para que lo hiciera en su nombre.

Confirmó el jefe del Gobierno que, por expresa disposición del finado, no se le tributarán honores y que el Gobierno no enviará representación por esa causa; pero que los ministros irán particularmente al acto del entierro, que será hoy, a las cuatro de la tarde.

En la capilla ardiente.--La voluntad del finado

En la capilla ardiente velan los restos del general Weyler los hijos del ilustre finado, sus ayudantes, el general Heredia y algunos íntimos.

La familia mantiene el irreductible criterio de que no se le rindan honores al cadáver, y uno de sus hijos manifestó que en lo único en que no se obedecerá la última voluntad de su padre será en lo referente al féretro donde han de guardarse los restos, que irán en un arca, si no lujosa, sí al menos bastante decente.

*Liberal
Oct 21/20*



MUERTO ILUSTRE

Ayer falleció en Madrid el capitán general don Valeriano Weyler

A las tres menos diez minutos de ayer tarde falleció el capitán general Sr. Weyler.

En los últimos momentos estuvo acompañado por sus hijos doña María, D. Valeriano, D. Fernando y D. Antonio; el doctor Huertas y otras personas de la intimidad de la familia.

Hoy por la tarde se verificará el entierro.

Los restos del príncipe de la milicia recibirán sepultura en la Sacramental de San Lorenzo, donde está el panteón de la familia.

Más detalles

A pesar de la reserva guardada por la familia sobre el fallecimiento del general Weyler, la noticia, como no tenía menos de suceder, llegó a los centros oficiales poco después de las tres de la tarde.

A la casa mortuoria acudieron inmediatamente los ministros de la Gobernación y Trabajo, el gobernador civil, el subsecretario del ministerio del Ejército, general Goded, y muchas personalidades más.

A las cinco y media de la tarde, y en vista de la insistencia con que circulaba por Madrid la noticia del fallecimiento, nos trasladamos al domicilio del general Weyler, donde el portero tenía orden terminante de no dejar pasar a nadie, y cuando se trató de comprobar por este servidor la verosimilitud del rumor, se limitó a decir que él no sabía nada.

Deja una disposición testamentaria para que no se le rindan honores.

Por cumplir una disposición testamentaria, hasta última hora de la tarde no se quiso confirmar por parte de la familia del anciano general Weyler la noticia de su muerte. En la casa se tuvieron abiertas las puertas durante toda la tarde, y el portero y la servidumbre tenían órdenes severas de no dejar pasar si no a aquellas personas que llevasen una representación oficial y además de que negasen rotundamente el fallecimiento del general.

A las cuatro de la tarde llegó el ministro de la Gobernación, que firmó en unos pliegos colocados en la portería de la casa del general Weyler durante su enfermedad, y ante los periodistas que allí se encontró recordó el ministro la gran amistad que le unía con el capitán general del Ejército.

Poco después llegó el ministro de Trabajo, quien manifestó a los periodistas que, según sus noticias, el general había fallecido sobre las tres de la tarde.



El capitán general D. Valeriano Weyler

No obstante esto, en casa del general continuaban guardando reserva; y preguntados los ayudantes, que salieron de ella momentos antes de las seis de la tarde, manifestaron que nada sabían.

Pero la noticia se había ya extendido por Madrid, con el detalle de que el general Weyler había dejado una disposición testamentaria de que no se hiciese pública la noticia de su muerte hasta que ya estuviese verificado el entierro.

El general Goded, subsecretario del ministerio del Ejército, llegó a casa del finado para ponerse de acuerdo con la familia respecto a los honores fúnebres.

El general Goded salió cerca de las siete, y bajó acompañado del teniente coronel Sicardo, que, como se sabe, era ayudante secretario del duque de Rubí.

A preguntas de los periodistas, el general Goded dijo que el Sr. Sicardo daría detalles de la defunción del general.

El teniente coronel Sicardo entregó entonces al portero un pliego que decía:

El capitán general del Ejército D. Valeriano Weyler ha muerto. Por disposición del finado, ni se avisará la hora del entierro ni se admitirán coronas."

El capitán general Weyler se hallaba en los momentos de su defunción, las dos y cincuenta y cinco de la tarde, rodeado de sus hijos y ayudantes.

Desde hace cuatro días asistía constantemente al anciano general un fraile de la Orden de los Camilos.

También este fraile se encontraba en el momento de la defunción. El general Weyler perdió el co-

nocimiento por la mañana, a las siete, y ya no lo volvió a recobrar. Señalaban en su casa la coincidencia de que hubiese muerto el mismo día del mismo mes y a la misma hora que una hija suya llamada María Luisa.

Frecuentemente, cuando el general Weyler se veía precisado a asistir a algún entierro, se le oyó mostrarse disconforme con tanto aparato, y más de una vez dijo a sus hijos y al teniente coronel Sicardo: "El día que yo me muera no quiero nada de esto. Lo más sencillo que sea posible, y con la menor concurrencia posible también."

En previsión de que este deseo verbal no fuese cumplido ante el probable deseo oficial de hacer honores, el marqués de Tenerife ha dejado escritas unas cuartillas que confirman lo anteriormente expuesto. Que quería el mayor secreto respecto a su entierro.

Existía la creencia de que el Gobierno respetaría esta disposición, y por tanto que el entierro se haría con toda sencillez.

En casa del finado se guardaba extremado secreto sobre la hora en que se ha de verificar el sepelio; pero por referencias que nos merecen entero crédito, el entierro se verificará, sin pompa alguna, a las cuatro de la tarde.

El Gobierno se informa de las disposiciones testamentarias

Desde la casa mortuoria, el ministro de la Gobernación se trasladó al ministerio del Ejército. Poco después llegó el ministro de Hacienda, y ambos ministros celebraron una conferencia con el presidente.

Hasta el jefe del Gobierno había llegado una referencia según la cual el duque de Rubí había dispuesto que no se le rindiesen honores. Para conocer lo que hubiese de cierto y preparar, en caso contrario, todo lo concerniente con el acto del sepelio, se acordó que fuese a la casa mortuoria el subsecretario de Ejército, quien, una vez en ella, confirmó la existencia de tal disposición y el decidido propósito de la familia de respetarla rigurosamente.

Pésame del príncipe de Asturias

El príncipe de Asturias llamó por teléfono a las cinco de la tarde a la casa mortuoria y se enteró de la defunción.

Poco después envió a la casa mortuoria a su ayudante marino, Sr. Bobadilla, quien dió el pésame a la familia en nombre del príncipe.

El entierro, de tercera

En la disposición testamentaria parece que el general Weyler expresa su deseo de que no asistan representaciones oficiales ni comisiones del Ejército y que el entierro sea de los de tercera clase. La conducción del cadáver se hará a las cuatro de la tarde, y recibirá sepultura en el panteón de familia, en la Sacramental de San Lorenzo.

Unas frases del general

Un íntimo amigo del general Weyler nos refirió que en su pasada enfermedad el general habló acerca de los entierros con honores.

—Son todo molestia—decía—. Luego, desde el más alto al más bajo que tienen que formar, dedican un recuercito al muerto. Yo no quiero que a mí me rindan honores. Y no me los rendirán. Bien es verdad que de ésta no me muero, porque no quiero morir. Aún tengo que ver muchas cosas.

La orden de la plaza

En la orden de la plaza se da noticia del fallecimiento del capitán general Sr. Weyler, inspector general del Ejército, y se advierte que por reiterada disposición del finado no se le rinde ningún honor oficial.

Los pliegos se llenan de firmas

Los pliegos colocados en la portería de la casa mortuoria se han llenado inmediatamente de firmas. Han desfilarado todos los ministros, generales, jefes y oficiales y personalidades eclesiásticas y políticas.

DATOS BIOGRAFICOS

La familia del general Weyler es de origen prusiano, y sus antepasados se establecieron en España a principios del siglo XIX, dedicándose casi todos ellos a la milicia.

Nació D. Valeriano Weyler en Palma de Mallorca el 17 de septiembre de 1839, y muy joven ingresó en el Colegio de Infantería de Toledo. Una vez conseguido el empleo de teniente, curso en la Academia especial para Estado Mayor, de la que salió con el número 1 de su promoción, y con el empleo de capitán.

Por aquella época había estallado la insurrección de Santo Domingo. Weyler marchó a campaña de voluntario, recibiendo su bautismo de sangre en el combate de Baudillo, donde fué muy felicitado por sus jefes, no sólo por el valor de que había dado pruebas, sino por su pericia en el mando de las tropas. Tomó parte después en las acciones de Managuabayo, Monte Fundación y toma de San Cristóbal, donde se distinguió de manera tan notable que fué propuesto para el empleo de teniente coronel. Pero su mayor mérito en aquella campaña fué la marcha realizada desde San Cristóbal a la capital, con 120 hombres y seis caballos, sosteniendo constantemente combates con un enemigo muy superior en número. De cómo pelearían aquellos hombres da idea el hecho de que al llegar al río Jaina no le quedaban a Weyler más que una media docena de soldados y un oficial dominicano, que era el guía. Fué verdaderamente milagroso que Weyler y sus seis soldados llegasen con vida a Santo Domingo.

Al llegar la columna, ordenó el

general de la división que el ejército formase y que se tributara al oficial Weyler honores de capitán general del Ejército. En la orden general de los ejércitos de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, fué publicado este hecho heroico por el cual obtuvo la cruz laureada de San Fernando.

Al iniciarse en 1868 la primera guerra separatista de Cuba, Weyler se trasladó a esta isla y prestó grandes servicios como jefe de Estado Mayor, particularmente en la toma de Bayamo, en la que aplicó un sistema propio de flaqueo, copiado después por numerosos generales para las guerras de colonias.

Weyler se encargó por aquel entonces del mando de 1.500 infantes y cien caballos, que había organizado el comercio de la Habana. Obró con tal eficacia al mando de su columna, que cuatro veces fué propuesto para el empleo de brigadier, el cual no se le confirió por ser demasiado joven.

Al mando de 40 soldados y 20 jinetes, presentó Weyler combate al cabecilla Vicente García, que mandaba mil hombres, y con su escasa fuerza derrotó al enemigo, perdiendo más de la mitad de los hombres que mandaba.

Siendo comandante militar de Holguín defendió la plaza contra los ataques de los insurrectos, que no pudieron tomarla, y continuó combatiendo en la isla de Cuba hasta que en 1873 fué nombrado brigadier, y se trasladó a España para tomar parte en la campaña contra los carlistas. Poco después de desembarcar entraba en fuego, derrotando al cabecilla Santés, en Bonaire, y asistiendo a otros numerosos hechos de armas en Cataluña y en las Vascongadas.

En 1874 ascendió a mariscal de campo por méritos de guerra, y tomó Vendrell, poniendo en fuga a las tropas del cabecilla Tristany, salvando a la población de un saqueo que se creía irremediable.

Al mando de la tercera división del ejército central, persiguió a los carlistas de Aragón, Valencia y Cataluña, impidiendo que las fuerzas absolutistas del Maestrazgo pudiesen pasar para ayudar a los defensores de La Seo.

Al concluir la guerra carlista fué nombrado teniente general, en 1875, pasando a desempeñar la Capitanía general de Canarias, donde estuvo varios años; por los servicios allí realizados se le confirió el título de marqués de Tenerife.

Después de una corta temporada, en que fué capitán general de Baleares, fué nombrado capitán general de Filipinas, en 1888. Hizo allí la trocha militar de Tukuran a Misamis (Mindanao), ocupó Parang-Parang, en la bahía de Poyot, construyendo varios cuarteles y un fuerte.

Los moros de Mindanao se habían declarado rebeldes hacia España, y contra ellos emprendió

Weyler una activa campana, que después terminó el general Blanco. Con 1.200 hombres, solamente derrotó Weyler a los moros en la bahía de Lanao, concediéndosele por este hecho de armas la gran cruz de María Cristina.

En 1891 pidió voluntariamente que se le relevara de su cargo, y regresó a España, donde permaneció de cuartel en una breve temporada, mandando después la sexta y cuarta regiones militares. Con motivo de los atentados anarquistas de Barcelona en 1894 y 95, tomó Weyler importantes medidas para la defensa del orden, que no llegó a alterarse.

Poco después estalló en Cuba la insurrección, que había de dar fin al dominio español en las Antillas. La opinión en la Península se hizo opuesta a la política que seguía el general Martínez Campos, a quien se le acusaba de débil, y empezó a demandar un general que procediera con más energía. Weyler entonces hizo sus célebres declaraciones, preconizando que a la guerra había que contestar con la guerra, y el Gobierno de Cánovas del Castillo se hizo solidario de este criterio, y nombró a Weyler generalísimo del ejército de Cuba.

En la memoria de todos están los hechos dolorosísimos de aquella época de nuestra historia. En la ocasión presente no queremos emitir juicio, y solamente diremos que los procedimientos de Weyler tuvieron y tienen grandes impugnadores. El sistema de concentración ideado por él en Cuba fué imitado después por los ingleses en la guerra que sostuvieron contra los bóers. Su célebre trocha, con la cual pretendía encerrar al enemigo en una región determinada y librar a la Habana de un posible ataque, resultó un absoluto fracaso.

Regresó a España en otoño de 1897, rodeado de una verdadera popularidad, y en aquel entonces se llegó a hablar de un golpe de Estado para que pudiese Weyler, sin

las trabas de la política, realizar sus planes coloniales. El desastre de 1898 hizo que poco a poco se fuera apagando aquella popularidad que muchos trocaron en aver-sión.

Cuando el movimiento de la Unión Nacional, en 1899, Weyler se puso a favor de él declarando que el país necesitaba Gobiernos fuertes, régimen democrático y Parlamento verdad.

D. Valeriano Weyler fué ministro de la Guerra en varios de los Gabinetes de los primeros años del reinado de D. Alfonso XIII, y siempre en el partido liberal.

En 1910 fué ascendido a capitán general, encargándosele del mando de la región catalana. Poco después publicó su célebre libro "Mi mando en Cuba", en que pretendía justificar sus actos, y en el cual lanzó la afirmación de que hubiera terminado la guerra felizmente para España si continúan sus procedimientos.

Posteriormente fué jefe del Estado Mayor Central, capitán general de Cataluña por tercera vez y presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Cuando hubo de abandonar el segundo de los citados puestos, en julio de 1920, por una discrepancia con el Gobierno, el Rey premió sus servicios nombrándole duque de Rubí, con grandeza.

El general Weyler, que ha tenido siempre un concepto muy rígido de la disciplina militar, no intervino en la política vocinglera de su tiempo; pero sus inclinaciones fueron siempre hacia los partidos liberales. Con ocasión de la dictadura de Primo de Rivera mostró en diversas ocasiones su respeto a la Constitución y su discrepancia con un régimen ilegal. Por eso pudo encarnar en él el movimiento de la noche de San Juan de 1926, donde por primera vez se exteriorizó el disgusto del pueblo y el Ejército. Weyler firmó con el general Aguilera el manifiesto constitucional que explicaba el carácter y finalidad de aquel frustrado movimiento. Es probable que si Weyler hubiera tenido edad más de acuerdo con la actividad que exigen esta clase de luchas, aquel acto hubiera desenlace distinto, muy de acuerdo también con la actitud del valiente general Aguilera. Weyler compareció ante el Consejo de guerra, y la Dictadura pudo añadir a sus vergüenzas la de hacer sentar en el banco de los acusados, no sólo a la más gloriosa representación del Ejército, sino a una de las personalidades nacionales más fuertes y respetables. Weyler declaró no haber firmado materialmente el documento, pero se mostró conforme con los conceptos del mismo que le habían sido previamente consultados. El Consejo de guerra le absolvió en aquella ocasión y condenó al general Aguilera, al coronel Gar-

cia y a varios oficiales.

Posteriormente, en declaraciones a un periodista, dijo: "Mis entusiasmos de siempre son por la libertad y por la democracia".

A raíz de una enfermedad, y al ser interrogado sobre la caída de la Dictadura, dijo que si fuera posible un nuevo dictador y él tuviese ocasión de hacerlo, no vacilaría en fusilarlo.

En octubre de 1928, siendo jefe del Estado Mayor Central, la Dictadura, estando en viaje oficial, lo desposeyó de su cargo.

Poco después cumplía noventa años, con cuyo motivo sus paisanos le hicieron muchos agasajos, y en el mes de diciembre del mismo año, al llegar a los setenta y cinco años de vida militar, fué objeto de muy expresivas manifestaciones de afecto por parte de numerosos elementos militares y civiles.

El marqués de Tenerife, duque de Rubí, era académico de la Historia, coronel honorario del regimiento de Infantería de Aragón, número 21; caballero del Toisón de Oro y de San Fernando; poseía las grandes cruces españolas militar y naval rojas, la de María Cristina, San Hermenegildo y Carlos III, y entre otras condecoraciones extranjeras, las de San Benito de Avis y el Cristo, de Portugal; el gran cordón de la Legión de Honor; la Pontificia del Santo Sepulcro y Bailío de Castilla de la citada Orden; el Elefante Blanco, de Siam; San Mauricio y San Lázaro, de Italia; el Mérito, de Chile; etc.

Deja escritas varias obras: "Memoria justificativa de las operaciones en Valencia, Aragón y Cataluña" (1875), "Mi mando en Cuba" (1910) y "Valor de la Historia en el arte militar".



EL CAPITAN GENERAL WEYLER

HA FALLECIDO EL DIA 20 DE OCTUBRE DE 1930

R. I. P.

Su familia suplica una oración por su alma.

Por expresa voluntad del finado no se invita al entierro ni se admiten coronas.



IONIO DOCUMENTAL

CEJUNA DEL HISTORIADOR JAVNA

El entierro del general Weyler

Traslado del cadáver al cementerio
Para cumplimentar los deseos del general Weyler, dos horas antes de la publicada en la Prensa se verificó el entierro, al que asistieron contadísimas personas.

A las dos menos cuarto, en el momento en que bajaban el féretro, llegó a la casa mortuoria el ministro de Fomento, D. Leopoldo Matos, que dió el pésamen a la familia.

El cadáver iba encerrado en una sencilla caja de caoba con aplicaciones de plata. Fué bajado a hombros de la servidumbre e inmediatamente colocado en un furgón automóvil completamente cerrado y del cual habían quitado las indicaciones de la funeraria que suelen llevar.

Únicamente asistieron al acto unas veinte personas; la familia había procurado despistar a todo el mundo sobre la hora del entierro. Antes de sacar el cadáver de la capilla ardiente, el padre Camilo, que lo asistió en los últimos momentos, cantó un responso. Al acto del sepelio no asistió el clero; únicamente el padre Camilo acompañó hasta el cementerio a la familia.

Se puso en marcha la comitiva. En un automóvil iban los parientes del finado; en otro de la Casa real, el general Goded, que iba en representación personal, como ayudante que fué del finado, y llevaba, como subsecretario del Ejército, la representación del ministro del departamento, y el general Jurado, que llevaba la representación del infante D. Alfonso. En otro automóvil iba el subsecretario de la Presidencia, D. Ricardo Ruiz y Benítez de Lugo, que, como se recordará, era el abogado del finado, y llevaba además la representación del presidente del Consejo. También iban el capitán general de la Armada, general Aznar; el almirante Fernández de la Puente, el general Meana y los ayudantes del duque del Rubí.

La comitiva, compuesta de unos catorce automóviles, se dirigió a la Sacramental de San Lorenzo, donde está el panteón de familia.

Llegados al cementerio, en la capilla del mismo el capellán cantó un largo responso, y después se trasladaron los restos al panteón.

Una vez allí, el capellán volvió a cantar otro responso y se le dió sepultura al cadáver.

Un hijo del general, D. Fernando, depositó sobre la caja unas flores.

Cuando se había dado ya sepultura al cadáver llegó el ministro de Economía, que iba a asistir al sepelio como amigo particular.

Junto al panteón se despidió el duelo. La presidencia la componían los hijos del finado D. Fernando y D. Antonio (D. Valeriano no asistió por estar enfermo), y los hijos políticos del marqués de Tenerife, Sres. Fernández Heredia y Sagredo.

De este modo sencillo han recibido sepultura los restos del capitán general D. Valeriano Weyler, cumpliendo su última voluntad.

A la hora que se señaló para el entierro

A las tres y media de la tarde empezaron a llegar a la calle del Marqués de Urquijo numerosos jefes y oficiales del Ejército, personalidades políticas y representaciones de los Cuerpos de la guarnición y de los distintos centros y dependencias militares.

Todos se dirigían primeramente a los pliegos colocados sobre dos mesas en el portal para recoger firmas, y que en su encabezamiento daban noticia de haber sido trasladado ya el cadáver a la Sacramental de San Lorenzo, donde recibió sepultura.

Poco a poco entre la multitud que llenaba la calle del Marqués de Urquijo circuló la noticia, que fué acogida con incredulidad.

El público continuó frente al domicilio del caudillo esperando la salida del féretro.

A las cuatro de la tarde se habían reunido frente al domicilio del ilustre general todos los generales, jefes y oficiales de Madrid y muchos centenares de personalidades de la política, de la industria y de la aristocracia.

La voluntad del general fué cumplida; pero también quedó expresa la manifestación del duelo que ha producido su muerte.

Weyler, juzgado por la Prensa norteamericana

Nueva York, 21.—Toda la Prensa

de los Estados Unidos dedica grandes artículos y editoriales a los ilustres españoles general Weyler y Sr. Díaz de Mendoza, fallecidos ayer.

Todos los periódicos publican biografías de estos dos españoles ilustres, a los que dedican en general entusiastas elogios.

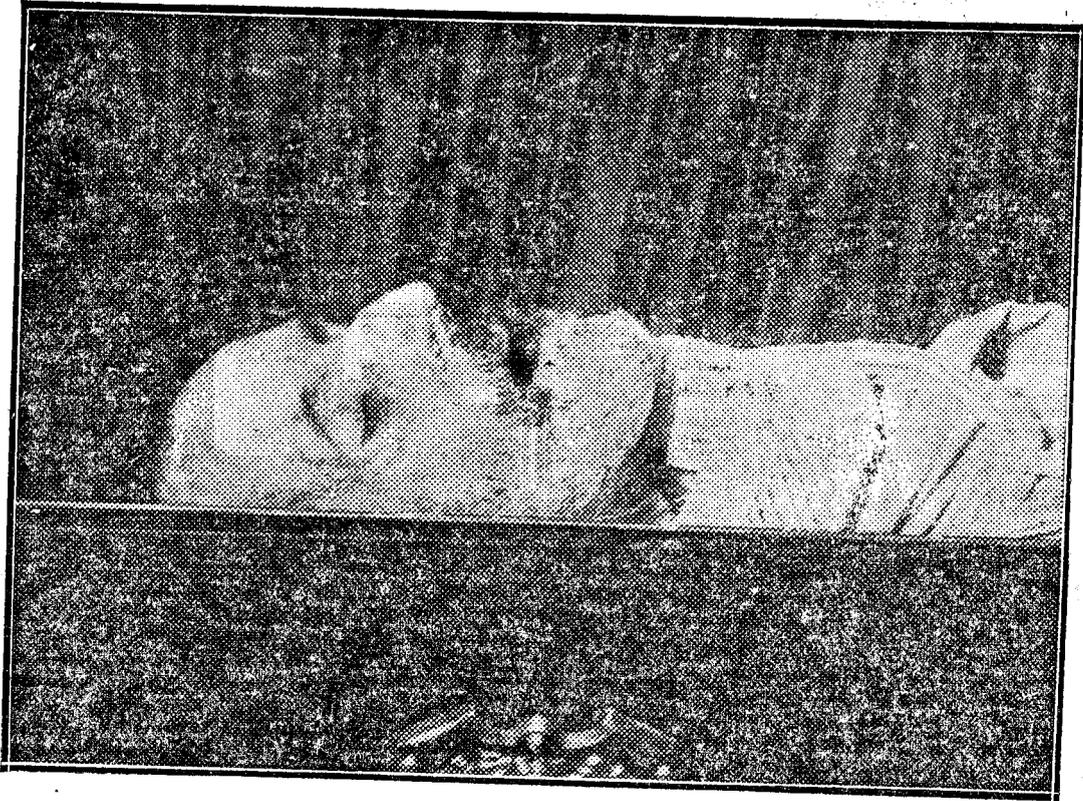
El «New York Times» publica un largo artículo sobre el general Weyler, en el que justifica la conducta del fallecido general en Cuba, diciendo que fué un español que sirvió con toda lealtad a su patria. Con este motivo recuerda el «New York Times» las palabras de Murat Halstead, quien reconoció que el general Weyler era el hombre que poseía una extraordinaria habilidad para conseguir lo que se proponía.

El «New York Times» recuerda que el general Weyler hablaba correctamente el inglés y en esta lengua hablaba a los corresponsales extranjeros que iban a entrevistarse con él, a los que relataba sus servicios como agregado militar con Sheridan en Vallsym, Virginia, y de la gran admiración que sentía por Sheridan y Grant. El «New York Times» recuerda el gran valor personal y sangre fría del general en diversas ocasiones de su vida, especialmente en los momentos en que corrió peligro de ser asesinado.

El «Herald Tribune» publica un editorial en el que afirma que el general Weyler no se merecía la leyenda negra que algunos periódicos y los enemigos políticos, tanto de España como del Extranjero, habían formado en torno a su actuación como militar. El «Herald Tribune» dice que el general Weyler no se había preocupado nunca de estas críticas. Seguramente la muerte hará que se le haga justicia y se le conceda en la Historia el puesto que dignamente se merece.

«Para nosotros—continúa diciendo el «Herald Tribune»—, el nombre del general Weyler va unido en el recuerdo con los de Dewey, Sampson, Schley, Shafter y Roosevelt, memorias envueltas entre el humo de los fusiles en la colina de San Juan, recuerdos de días de gran excitación, cuando los voluntarios partían para la guerra.»

Handwritten signature and date: 21/11/1901



El cadáver del general Weyler en la capilla ardiente

(Fot. Alfonso.)



Momento de recibir sepultura, en el cementerio de San Lorenzo, el cadáver del capitán general D. Valeriano Weyler. Asisten al acto sus familiares y un reducido número de amigos

(Fot. Alfonso.)

PATRIMONIO
 DOCUMENTAL
 INSTITUTO DEL HISTORIADOR
 DE LA HABANA

601

EN MI VIDA HE VISTO MUCHO DE LOS HONORES DE ESTE MUNDO Y SE QUE NO VALEN LA PENA-DIJO AYER V. WEYLER

POCO ANTES DE SU MUERTE—OCURRIDA A LAS TRES Y CINCO MINUTOS DE LA TARDE DE AYER—EL UNICO CAPITAN GENERAL QUE TENIA ESPAÑA HA DISPUESTO QUE SE LE ENTERRASE SIN HONORES Y DEL MODO MAS SENCILLO

ATAUD DE PINO LISO, EN UNA CARROZA DE 2 CABALLOS PARA CONDUCIRLO

**CABALLERO DEL TOISON DE ORO, GRANDE DE ESPAÑA, DUQUE Y MARQUES,
SOLDADO DE TREINTA CAMPAÑAS Y EN POSESION DE LA GRAN CRUZ LAUREADA
DE SAN FERNANDO Y DE OTRAS MUCHAS CRUCES, ERA DE SENCILLEZ MAXIMA**

MADRID, octubre 20.—(AP)—Poco después de las tres de la tarde de hoy, dejó de existir en esta capital el Capitán General del Ejército español, don Valeriano Weyler y Nicolau. Duque de Rubí y Marqués de Tenerife, a los noventa y dos años de edad, siendo la causa de su muerte una pulmonía que contrajo hace poco tiempo.

El general Weyler procedía del cuerpo de Estado Mayor y fué ascendido a Príncipe de la Milicia española en 1910. Casi todos los empleos militares los ganó en acciones de guerra y poseía numerosas condecoraciones, entre ellas la Cruz laureada de San Fernando.

El general Weyler murió siendo Capitán General, que es el grado militar más elevado del Ejército español y figuraba entre los militares que más se han distinguido en las campañas durante más de treinta años.

Era el general Weyler un veterano de las guerras coloniales españolas, considerado en España como uno de los más leales soldados.

Durante su mando como capitán general de Cataluña en 1920 el general Weyler fué designado Jefe de Estado Mayor del Ejército y recibió el título de Duque de Rubí.

Weyler, acusado de crueldad durante su mando en Cuba, dijo a un repórter que le interrogó poco después de ser retirado por el gobierno:

«He sido acusado de crueldad; pero no soy ni cruel ni inhumano. Es cierto que he ordenado la muerte de muchas personas, pero siempre les pedí con anterioridad que se sometieran. Todos los que se sometieron fueron perdonados, pero he sido inflexible con los traidores. Mi política se inspiraba en el amor que siento por España».

El general Weyler contrajo matrimonio con una joven llamada Teresa Santana.



General Weyler

Ha sido dos veces ministro de la Guerra, una en 1901 y la otra en 1905. Hasta su muerte tomó siempre una participación activa en los asuntos públicos. Fué uno de los más enconados enemigos de la Dictadura del general Primo de Rivera, siendo multado por aquél en 100,000 pesetas.

SERA INHUMADO EN SAN LORENZO

MADRID, octubre 20 (AP)—El cadáver del general Weyler será inhumado en la sacramental de San Lorenzo, en esta capital, donde la familia del general tiene un panteón, no habiéndose determinado todavía la fecha del sepelio.

Se tiene entendido que sucederá a Weyler en la Capitanía General del Ejército el general Ricardo Burquete Lana, perteneciente al arma de Infantería.

Entre las personalidades que comenzaron a llegar a la casa mor-

tuoria para dar el pésame a los familiares figuran el ministro de Gobernación, general Marzo, el ministro de Hacienda, don Julio Wais, el general Federico Berenguer, hermano del Presidente del Consejo y el sub-secretario de la Guerra, general Goded.

NO SE NOMBRARA SUCESOR INMEDIATAMENTE

MADRID, octubre 20 (AP)—El general Weyler vió la muerte muy de cerca cuando ganó la Cruz laureada de San Fernando. En aquella ocasión, por contribuir al triunfo del Ejército contra otra pulmonía que le tuvo al borde de la tumba.

El general Weyler es hijo de un general alemán que sirvió en España durante la guerra carlista y en la guerra de independencia contra la invasión napoleónica.

Se le harán a Weyler todos los honores correspondientes a su alta jerarquía militar.

Con el general Weyler desaparece el único Capitán General del Ejército español. El nombramiento de sucesor no se hará hasta después que transcurran nueve días de la muerte de Weyler.

«NO VALEN LA PENA LOS HONORES DEL MUNDO»

MADRID, octubre 20 (AP)—El cadáver del general Weyler se hallaba expuesto esta noche en una capilla improvisada en su residencia de esta capital.

Poco antes de su muerte, según ha podido saberse esta noche, el general Weyler agregó un codicilo a su testamento ordenando que se le enterrase sin honores y con el funeral más modesto posible.

«En mi vida he visto mucho de los honores del mundo—dijo Weyler—y sé que no valen la pena».

Antes de conocerse este condicilo el gobierno se disponía a hacerle unos funerales como correspondían a su alta jerarquía militar, pero en

cumplimiento de su última voluntad, será enterrado con la misma sencillez con que ha vivido. A menos de que los familiares del general Weyler desistan de hacer cumplir estrictamente la voluntad del finado, su cadáver recibirá cristiana sepultura, sin pompa ni ceremonia, mañana por la tarde en el panteón que posee la familia en la sacramen-

tal de San Lorenzo, donde están enterradas su esposa y su hija.

La fortuna del general Weyler se calcula en unos dos millones de pesetas, o sea aproximadamente unos 200,000 dólares al cambio actual. Deja también a cada uno de sus tres hijos una hermosa casa y una gran finca en la isla de Mallorca.

UNA NOTA DEL AYUDANTE

MADRID, octubre 20 (AP)—El teniente coronel José Sicardó Jiménez, ayudante y secretario de Weyler, publicó esta tarde la siguiente nota:

«El general Weyler falleció a las 3.05 de la tarde de hoy en su residencia de Madrid, rodeado de sus hijo Fernando, Valeriano, Antonio y María y por sus ayudantes, el comandante Francisco de los Ríos y otros».

ANECDOTA SOBRE LA SENCILLEZ DE WEYLER

MADRID, octubre 20 (AP)—El general Weyler era el prototipo de la sencillez, cosa que se le critica ba mucho. Se cuentan numerosas anécdotas acerca de la manera de ser del general, entre ellas, la de que estando en Filipinas, mientras Weyler usaba un uniforme en extremo sencillo, todo su Estado Mayor llevaba plumas y adornos elegantes. Al llegar a Manila el Sultán de Mindanao para entregar al jefe del Ejército español las capitulaciones, se negó a ponerlas en manos del general Weyler, a quien no podía reconocer por su traje, insistiendo en que deseaba entregar las personalmente al jefe. Al ver el general Weyler la resistencia del Sultán a creer que él fuera el jefe del Ejército español, llamó a uno de sus ayudantes, mejor vestido, presentándose al Sultán con las siguientes palabras: «Este es el generalísimo: hable con él».

SENTIMIENTO POR LA MUERTE DE WEYLER

MADRID, octubre 20 (AP)—El general Berenguer ha manifestado que respetándose los deseos de Weyler, no le serán tributados a su cadáver honores militares. El entierro será modestísimo, por deseo expreso del finado. Agregó el jefe del Gobierno que por la misma razón éste no asistirá oficialmente al sepelio del capitán general, aunque supone que los ministros irán con carácter particular.

El general Berenguer agregó que a causa del catarro que padece, no ha podido ir a casa de la familia Weyler a dar el pésame, pero que envió al sub-Secretario del Ministerio del Ejército, general Goded, para que lo hiciera en su nombre. Terminó Berenguer lamentando la pérdida que significa para el ejér-

cito la muerte del capitán general. El sepelio, como se ha anunciado, será a las cuatro de la tarde del martes.

Todos los periódicos publican en sus ediciones de la tarde grandes titulares diciendo que el fallecimiento fué a las 2 y 55 de la tarde del lunes, como informó The Associated Press.

SOLDADO DE TREINTA CAMPANAS

Se ha producido gran interés en redor del capitán general fallecido, que por su larga edad y por haber servido a siete jefes de Estado españoles fué siempre modelo de disciplina y respeto a las ordenanzas militares, siendo enorme su prestigio por dichos motivos.

Durante algún tiempo Weyler se mezcló en la política, pero pronto la abandonó, después de haber sido Ministro de la Guerra y uno de los más fuertes apoyos del partido liberal español. Respetó siempre la independencia de la prensa, no quejándose jamás ni contra los periódicos ni contra los periodistas en su prolongada vida, a pesar de que no le trataron muy bien ni los caricaturistas ni los escritores festivos y otros, que le hicieron a menudo objeto de sus críticas y bromas, algunas bastante fuertes y continuadas, sobre todo acerca de su modestia en el vestir.

Todos los honores que puede obtener un hombre en España, los había ganado el general Weyler. Grande de España, duque y marqués, caballero del Toison de Oro. Gran Cruz Laureada de San Fernando, por su valor, y otras muchas condecoraciones y títulos, fueron el premio de Weyler en las diferentes guerras españolas del siglo XIX en que participó. Se calcula que estuvo en más de treinta campañas y que asistió a más de cincuenta batallas y cien encuentros, todos sangrientos. Las guerras civiles y las guerras coloniales tuvieron por soldado a Weyler, que cayó herido de gravedad algunas veces.

LA MODESTIA PERSONAL

Una de las características de Valeriano Weyler era que no amaba la ostentación. Su traje era siempre el mismo. Las reformas del vestuario militar habidas en su larga carrera militar, le hicieron renovar más de veinte veces su uniforme de general.

La vacante que Weyler deja en el ejército español, de capitán general, tiene que ser cubierta con un teniente general que haya mandado tropas en campaña. En tal condición están en la primera escala el general Ricardo Burguete, presidente del Supremo de Guerra y Marina; el general Dámaso Berenguer, actual Presidente del Consejo de Ministros; y el general José Sanjurjo, director de la Guardia Civil. También lo está, en la segunda escala, el general Severiano Martínez Anido, y lo estaría, de vivir, el general Miguel Primo de Rivera.

De no amortizarse la vacante, ya

que en el ejército existe la idea de que solo haya un capitán general triunfante en una guerra, y actualmente no hay ninguno en esta situación, lo más probable es que se nombre al general más antiguo. Pero en el caso de que se resuelva no cubrir la vacante, será el rey Alfonso el único que llevará en España insignias de capitán general.

El sub-Secretario de la presidencia, señor Benitez de Lugo, visitó hoy a la familia Weyler, para darle el pésame oficial, en nombre del Gobierno.

WEYLER AMORTAJADO CON EL HABITO DEL SANTO SEPULCRO

MADRID, octubre 20 (AP)—El general Weyler ha sido amortajado con el hábito de Caballero del Santo Sepulcro, cumpliéndose con ello la voluntad del finado, que así lo había dispuesto en el testamento.

Weyler ha querido, antes de morir, congraciarse con la Iglesia Católica, a la que perteneció en vida, aunque con poco fervor.

El sábado, el Arzobispo de Tarragona, Cardenal Vidal y Barraquer, íntimo amigo del general Weyler, vino expresamente a Madrid para con fesarle y darle la comunión, y en los últimos días de su vida fué atendido por un fraile de la Orden Camila.

Se ha dispuesto que el entierro se celebre mañana a las cuatro de la tarde. Partirá en una carroza modesta, tirada por dos caballos. El cadáver ha sido encerrado en una caja de pino sin ornamentación.

Al entierro, de acuerdo con los deseos del finado, no asistirá representación oficial, y cuantos concurren lo harán como amigos del extinto exclusivamente.

BIOGRAFIA DEL GENERAL WEYLER

WASHINGTON, octubre 20 (AP) La embajada española publicó esta noche una nota biográfica acerca de la vida del capitán general don Valeriano Weyler y Nicolau, diciendo que el llamado «terror» en el sistema colonial español, mereció la mayor estimación como soldado leal.

«Acusado, sin pruebas, de excesiva severidad y de haber causado la miseria con la reconcentración de los campesinos cubanos, fué relevado del mando en 1897 cuando se decía que había pacificado las provincias occidentales y estaba seguro de pacificar el resto de la isla», dice la nota de la Embajada.

Agrega que el general Weyler desplegó genio militar en Cuba en 1868, siendo jefe de Estado mayor. En distintas ocasiones los comerciantes de la Habana, que formaban el cuerpo de voluntarios de la Isla pidieron en aquel entonces que se le designara brigadier del cuerpo, pero el gobierno se negó a acceder los deseos de aquéllos teniendo en cuenta que Weyler era muy joven.

Nació el general Weyler en Palma de Mallorca en 1839. Sus antecesores eran prusianos, los que por espacio de varias generaciones fueron ciudadanos españoles y soldados. Además de los brillantes servicios que prestó a España en Cu-

ba también se destacó en las guerras carlistas, en las Islas Baleares, Canarias y las Filipinas.

La Embajada española presenta al general Weyler como un soldado que ha conquistado una gloria militar duradera y agrega que jamás se distinguió como político. Después de su estancia en los ejércitos españoles de las colonias regresó a España en 1884 como senador, desempeñando un segundo período por la provincia de Málaga.

Sus actividades militares lo elevaron al empleo de Capitán General y sus acciones de guerra le conquistaron la Cruz Laureada de San Fernando, la Gran Cruz de María Cristina, la Gran Cruz de San Hermenegildo, la Gran Cruz del Santo Sepulcro, la Encomienda de Carlos III, la Medalla de Isabel la Católica y la Gran Cruz de Cambodge.

Además, fué declarado hijo adoptivo de Manila y de otras ciudades filipinas, mientras fué Capitán General del Archipiélago, donde entre sus principales hechos figura la represión de los moros de Parano-Parang y en Lanao Lagoon.

En 1896 fué trasladado a Cuba donde «trabajó sin descanso para extinguir la insurrección» hasta que un cambio de gobierno le obligó a regresar a España.

